

CULTIVANDO ENTRE LA CAÑA. FINCAS TRADICIONALES Y
RESISTENCIAS COTIDIANAS DE CAMPESINOS NEGROS DEL NORTE
DEL CAUCA FRENTE A LA EXPANSIÓN CAÑERA



MANUELA LEÓN ROJAS

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
POPAYÁN, CAUCA

2022

CULTIVANDO ENTRE LA CAÑA. FINCAS TRADICIONALES Y
RESISTENCIAS COTIDIANAS DE CAMPESINOS NEGROS DEL NORTE
DEL CAUCA FRENTE A LA EXPANSIÓN CAÑERA

MANUELA LEÓN ROJAS

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE ANTROPÓLOGA

DIRECTOR

GERMÁN MORIONES POLANIA

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

POPAYÁN, CAUCA

2022

Contenido

Agradecimientos.....	5
Introducción	7
El contexto.....	7
La pregunta.....	12
Los capítulos	17
Capítulo I.....	19
La finca tradicional. De la lucha por la tierra al reconocimiento étnico	19
De esclavizados a campesinado. El surgimiento de la unidad de producción familiar.....	20
El cambio de siglo: Política y lucha por la tierra	25
Desarrollo de la unidad de producción familiar.....	27
Política, decadencia de la finca y ascenso de la economía capitalista	32
Continuidad de la lucha por la tierra.....	32
Monocultivos y economía capitalista.....	35
Expansión cañera	39
La finca tradicional hoy, una nueva imagen y discurso	44
Fortalecimiento de la finca tradicional hoy	48
El papel de las organizaciones sociales	53
Capítulo II	57
Cultivando entre la caña. Transformaciones agrícolas e intercambio en la vereda La Munda...57	
La Munda, del cacao a la caña	60
La Munda hoy, dinámicas de la finca.....	67
La finca, un espacio para compartir	84
Capítulo III	94

“La caña no se come”. Resginificando la soberanía alimentaria en tiempos de pandemia en la vereda La Munda.	94
Autonomía y soberanía alimentaria, repensando el pancoger.....	96
La pandemia, cotidianidades y curación	104
La finca tradicional, fortalecimiento pos pandemia y alternativa	108
Conclusiones	116
Referencias citadas	121

Agradecimientos

Sin duda alguna, este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de mi familia y su valioso trabajo entre las comunidades negras e indígenas. Gracias a mis padres, Paula y Amador, por su apoyo constante e incondicional, a mis abuelos Hilda y Francisco, por sus conversaciones, a mis tíos Axel y Xochilan, por ser mi espacio seguro y aliados. Gracias a cada uno de ellos, porque sin ellos mi llegada a la antropología no hubiera sido posible, por darme ánimos y acompañarme en este proceso, por haber sido mi apoyo, por haber escuchado mis experiencias en campo, y haberme aconsejado. A ellos gracias por haberme impulsado a enamorarme del trabajo con la gente. A mi hermana Iris y mis sobrinas Ana Sofía y Andrea, por ser el impulso que me da la vida para lograr mis sueños, gracias a las tres por su apoyo incondicional.

En segundo lugar, quiero agradecer a la gente de La Munda, de la zona plana de Miranda, mi municipio, por abrirme las puertas de sus hogares, especialmente a Rosa Angélica, quien con sus enormes sonrisas y su gran carisma me recibió sin dudar en su hogar y me enseñó tanto sobre su finca junto a su esposo Juniel. A los miembros de la familia Altamirano que me acompañaron de inicio a fin, especialmente a Felisa y Oscar Emir. Gracias a Juan Carlos Balanta, que me permitió hacer parte de Palenques Juveniles. A ellos muchas gracias por permitirme conocer un espacio, unas experiencias, un sentir por la tierra diferente.

Gracias eternas a Germán Moriones, por ser mi guía académico, pero también mi amigo desde mis primeros pasos en la antropología, por cada uno de sus comentarios, por su lectura crítica y, sobre todo, por su paciencia en este largo camino. Infinitas gracias por haber estado en este proceso de formación, de escritura, de creación y por permanecer en los próximos espacios en los que coincidimos.

Quiero agradecer especialmente a Axel Alejandro Rojas, tío, profesor y amigo, gracias por ser mi guía, mi compañero desde el inicio de mi vida, mi mentor. Gracias por cada consejo, por haberme impulsado a enamorarme de la antropología, por su dedicación en cada comentario, cada enseñanza. Gracias por estar y por enseñarme a mirar el mundo con otros ojos.

A mis compañeras y amigas del Semillero Taller de Etnografía que me han acompañado en distintos momentos, gracias por el apoyo y por sus comentarios, a Camila Chávez, Leonela Lora,

Angie Agudelo, Vanessa Useche, y demás colegas y amigas, gracias por haber estado en este proceso y haber sostenido un diálogo permanente, espero siempre que el universo nos permita coincidir en más espacios de la vida y la academia. A Marcela Vallejo, gracias por permitirme enamorarme de la escritura.

Finalmente, y no menos importante, debo un enorme agradecimiento a los docentes que me permitieron construir como antropóloga, a Tulio Rojas por su exigencia y dedicación, a Cristóbal Gnecco por comprensión y comentarios, a Yohanna Orjuela por hacer parte de mi jurado evaluador, pero también por sus enormes aportes y sus constantes diálogos sobre intereses en común a lo largo de mi vida académica. A Diana Granados por sus constantes y valiosas correcciones, y su apoyo incondicional. A Enrique Jaramillo por ser amigo y lector, gracias por ser el primer impulso a problematizar un paisaje que me rodeó toda la vida.

A todos, gracias.

Introducción

El contexto

Una de las características históricas de la gente negra en la zona plana del norte del Cauca ha sido la finca tradicional.¹ Dentro de la vereda La Munda (Miranda, Cauca), la finca tradicional se refleja como un espacio familiar en el que se dan una serie de dinámicas que permiten evidenciar las formas cotidianas en las que campesinos y campesinas negras hacen frente a los cultivos de caña de azúcar.² Miranda, siendo un municipio con amplio impacto de la agroindustria azucarera, se enfrenta a una enorme serie de impactos socioambientales y económicos relacionados con el sostenimiento de este cultivo.

En medio del extenso mar de cuadrículas verdes de caña, que parecen infinitas, sobre el caluroso valle geográfico del río Cauca se avistan islas de ‘muros’ de nacedero y guadua circundados de frutales, cacao, árboles de pan, caimos, plátano y guayabos, paisajes ajenos a la agroindustria cañera que han sido construidos por un campesinado negro que hoy vive, cultiva y resiste entre la caña. En medio de las quemas, fumigaciones y deterioradas vías de acceso, se preservan unidades de producción campesina en La Munda, en el municipio de Miranda, al norte del Cauca.

Esta realidad, asociada a la resistencia y la presencia desigual del Estado, estuvo por ‘fuera’ de mi vista y mis pensamientos durante largos años. A pesar de haber vivido durante toda mi vida entre el paisaje de la caña, en el valle geográfico del río Cauca, la caña no había significado para mí un ‘problema’. ¿Por qué naturalizamos la expansión cañera y nos escandalizamos con otras

¹ A lo largo de este trabajo haré referencia al norte del Cauca a partir de los municipios en los que habita gente negra, es decir, Miranda, Puerto Tejada, Corinto, Caloto, Padilla, Villa Rica, Santander de Quilichao, Guachené, Buenos Aires y Suárez. Esto sin desconocer que el norte geográfico del departamento también acoge a los municipios de Jambaló y Toribío, y que en los municipios de Miranda, Corinto, Caloto, Santander de Quilichao, Suárez y Buenos Aires existe una fuerte presencia del pueblo nasa sobre las cordilleras Occidental y Central.

De la misma manera, al hablar de finca tradicional haré referencia a la unidad de producción familiar de gente negra, esta vez específicamente dentro de los municipios que conforman la zona plana del norte del Cauca, y sobre los cuales la finca tradicional tuvo un surgimiento y desarrollo diferencial. Este espacio es entendido como un espacio de producción familiar, definido además como un “refugio y una unidad agrícola familiar de las comunidades negras campesinas donde la naturaleza coexiste con la intimidad de las personas” (Jaramillo et al. 2015: 31).

² A lo largo de este documento mencionaré a un campesinado negro permitiendo hacer énfasis en la importancia que tiene esta figura dentro del contexto estudiado. Esto, teniendo en cuenta que un gran porcentaje de campesinas y campesinos de la vereda se reconocen como parte del campesinado y al mismo tiempo como gente negra que a la par es sujeto de derechos colectivos. Sin embargo, esta es una discusión sobre la cuál no profundizaré en este documento.

prácticas extractivistas?³ Esta pregunta fue el primer cuestionamiento sobre mi propio contexto y funcionó como guía para lo que sería mi trabajo de grado, luego de que un profesor la planteara en medio de un conversatorio a mediados de 2015. Normalmente, para quienes habitamos la región, la caña se percibe como un paisaje hermoso y la minería a cielo abierto como un profundo deterioro al medio ambiente y el orden social, desconociendo los impactos del desarrollo expresado de otras formas. Hoy, la caña es vista por vallecaucanos y nortecaucanos como parte de una identidad sobre la cual no voy a profundizar, un significativo impulso hacia el desarrollo de la región. Sin embargo, constantemente se ignora cuál es el costo de este desarrollo, mucho menos hay un interrogante sobre quiénes y de qué manera se asumen los costos sociales y ambientales de la expansión cañera.

Toda esta reflexión sobre lo que naturalizamos o problematizamos desde un lugar que podría afirmar de ‘privilegio’ me permitió pensar en la zona plana de Miranda, el lugar en el que había crecido, una zona en la que solo había visto caña, las quemas a lo lejos y los enormes aspersores que regaban y golpeaban fuerte la caña. Luego de visitar uno de los mercados que se realizan en el casco urbano, conocí una realidad distinta contada por las voces de tres mujeres que vivían esta realidad y relacionada con el ser campesino y campesina en medio de la caña de azúcar. Entonces decidí conocer lo desconocido, lo que empezaba a preocuparme, decidí visitar La Munda.

Llegué por primera vez a la vereda en diciembre de 2015 con una idea sobre la tierra, el territorio, la finca tradicional, llegué para conocer desde cero, y al llegar me encontré con cuatro de las hermanas Altamirano sentadas en una banca hecha de guadua en el corredor de la casa de una de ellas, la de doña Alfa. Una de estas hermanas, Felisa Altamirano, fue quien me recibió amablemente durante mis primeras visitas a la vereda. Llegué a La Munda asumiendo, luego de leer detenidamente a Mateo Mina (1975)⁴, que la gente había ‘perdido por la fuerza’ las tierras

³ Es importante aclarar que estas dos problemáticas son distintas y afectan de diferentes maneras las cotidianidades de las poblaciones que lo rodean, por esto no podría afirmar que una genere más o menos impactos. Sin embargo, es importante tener en cuenta que la caña de azúcar ha sido tan naturalizada por quienes la hemos visto diariamente en el valle geográfico del río Cauca que no la problematizamos o vemos como algo que afecte a quienes viven rodeada de ella.

⁴ Las primeras referencias que tuve sobre la finca y el norte del Cauca se remitieron a las líneas escritas por Michael Taussig y Ana Rubbo, bajo el seudónimo de Mateo Mina, en la década de los setenta. Para ese momento desconocía que los procesos se dieron de distinta manera en Miranda, por lo que las descripciones de Mina tienen un contexto y temporalidades distintas a las experimentadas en La Munda. Sobre esto ampliaré en los dos primeros capítulos.

que habían habitado hace cincuenta años y que hoy están sembradas en caña de azúcar. Sin embargo, la realidad fue que los campesinos decidieron vender por distintas razones, la mayoría estuvieron relacionadas con algunas presiones ejercidas por los cultivos, sobre las cuales hablaré en el segundo capítulo.

Varias veces ha pasado por mi mente describir la vereda como un parche de verde oscuro en medio de las opacas cuadrículas de caña que la rodean. El camino hacia la vereda inicia en el último barrio que conforma el casco urbano de Miranda hacia el occidente, *Suerte Cuarenta*, lo que hace años fue solo una “suerte”⁵ de caña hoy es un pequeño caserío. Allí termina la carretera pavimentada e inicia la vía destapada marcada por los pesados trenes cañeros y tractores que la recorren casi a diario. La vía continúa hacia el sur un par de kilómetros, antes de girar a la derecha entre los cañales. El paisaje no ha variado mucho desde que lo transité por primera vez. Durante la mayor parte del trayecto los árboles al borde de la carretera ofrecen sombra y ‘esconden’ la caña detrás de ellos. Las *suertes* nunca están en el mismo momento de siembra, ya que mientras alguna caña apenas está retoñando, otras están listas para ser quemadas. El camino es bastante solitario, en medio de la vía constantemente reseca a veces me topé con un motociclista, un vecino, de vez en cuando un carro desconocido, pero casi siempre algún trabajador de la caña, especialmente los encargados de los riegos, hombres con camisas de manga larga color beige, con cachucha y un pañuelo rojo amarrado al pantalón, muchas veces descansando, otras acomodando los enormes tubos que permiten el riego de la caña.

Este camino es una vía marcada por distintos paisajes, visuales, olfativos y sonoros. No hay un paso paulatino hacia la caña al ir avanzando sobre la vía, la caña aparece de pronto y no vuelve a salir del paisaje hasta que se llega a la vereda. El inicio de este recorrido de entre quince y veinte minutos no solo está marcado por el abrupto cambio de paisaje visual, sino también por los olores, el de la planta de tratamiento que se cruza cuando termina el casco urbano, por supuesto. También flotan en el aire el fuerte olor que emana el agua estancada que queda después del riego de la caña, el olor del bagazo⁶ y los restos de caña después del corte, el indescriptible olor a polvo que se levanta con el paso de los vehículos e incluso el olor a pesticidas que trae

⁵ Una “suerte” es el espacio sembrado en caña uniformemente y sin interrupción, lo que en mi descripción menciono como cuadrícula. Los cultivos de caña están formados normalmente por varias suertes.

⁶ El bagazo es la basura que queda después de que la caña es quemada, cortada y recogida. Este bagazo tiene un olor bastante fuerte, especialmente cuando se moja, continúa siendo un olor dulce.

consigo las fumigaciones. A pesar de que el borde de la carretera está acompañado por varios árboles, en días soleados el camino se hace bastante caluroso, especialmente si se transita en moto, como normalmente lo hago.

Este es un camino que inspira distintas sensaciones, una de ellas tiene que ver con cierta nostalgia, especialmente al imaginar el paisaje que fue, un paisaje relatado por los mayores y descrito por Michael Taussig en varios de sus libros, un paisaje que por supuesto nunca conocí. Otra sensación tiene que ver con la inseguridad, los robos constantes de los que casi a diario me advertían las mujeres de la vereda, una inseguridad que llegó a interrumpir mis visitas en varias ocasiones: “es mejor que no venga, esa vía está muy peligrosa”, “no se vaya a venir en una moto buena y sola”. Esta es una de las tantas situaciones que evidencian el ‘olvido’ en el que viven las planicies de Miranda, una vía solitaria, en mal estado e insegura, y sin transporte público, no más allá de los pocos moto-taxis y moto-carros que acceden transitar por la vía. Una zona que a pesar de ser un espacio que genera grandes ingresos económicos al municipio, es ajeno a la inversión que se supone debe ser realizada.

Después de un par de curvas, entre los cañaduzales, y cuando los árboles en los bordes de la carretera parecen más abundantes, empiezan a asomarse un par de matas de plátano entre la caña y el nacedero empieza a bordear la carretera, a mano izquierda aparece la primera casa, junto a ella un desvío entre cañales. Allí inicia el “centro” de la vereda, el espacio en el que conviven la mayor parte de los habitantes de La Munda. Las fincas empiezan a asomarse a los lados de las casas, al final de un corto camino, árboles frutales, maíz, frijol y habichuela toman el lugar de protagonistas del paisaje, dejando ‘atrás’⁷ a la caña. Al inicio de la calle pavimentada, junto a la imagen de la virgen que custodia la vereda, las casas aparecen cada vez más juntas, algunas solo las separan las paredes. A mano derecha del camino está una de las tiendas del lugar, en donde venden las famosas ‘cucas’ o galletas negras hechas por Estela Altamirano; frente a la pequeña tienda está la casa de su madre: Felisa Altamirano. Los y las Altamirano son, de acuerdo con mi conocimiento, la familia más extensa que hoy habita la vereda y están ubicados en distintos puntos de este espacio al que he llamado ‘centro’ de la vereda. Actualmente, la finca de la familia

⁷ Cuando menciono el ‘atrás’ entre comillas no solo me refiero a dejarlo atrás en el camino, sino también al lugar en el que continúa la caña, incluso cuando empiezan a tener espacio las fincas, es decir, la caña continúa detrás de las fincas.

continúa a cargo de Felisa, luego de que su madre Josefa, quien a su vez heredó de su padre Jeremías, falleciera en 2017. Al otro lado de la carretera, al lado de la casa de Alfa Altamirano está la entrada a la casa de Rosa Angélica Caicedo. Este paisaje, el parche de distintos verdes, termina al continuar el camino hacia el occidente, después de la cancha de fútbol continua al salón comunal a mano izquierda en el camino y junto a un cañal. En adelante aparecen un par de casas dispersas antes de llegar a la vereda vecina: Tierradura.

La Munda posee un ambiente ‘familiar’ que se relaciona al mismo tiempo con la finca y lo que en ella se produce. La finca ha facilitado los encuentros y el fortalecimiento de las relaciones de amistad y familiares, evidenciando otras formas de economía y trabajo. Aquí, el lugar más importante lo tiene el compartir de las cosechas y/o productos que nacen en las fincas tradicionales, incluso independiente de que exista un intercambio inmediato. Esta práctica, el compartir, se hizo más evidente a mis ojos cuando empecé a ser parte de ella. Felisa y Rosa compartían siempre algún producto de sus fincas, un zapote, una guayaba, una cucharada de dulce o un pescado recién picado del anzuelo. Este compartir, que se relaciona al mismo tiempo con la soberanía alimentaria es una de las prácticas que más fortalecen el vínculo con la tierra.

Con cada visita aprendí distintas formas y prácticas que se dan dentro de la finca tradicional y en medio de varias familias, especialmente los Altamirano y la familia Martínez Caicedo. Sin embargo, muchas de las conversaciones terminaban en la afirmación que me hizo entender una de las razones por las cuales, a pesar de los impactos diarios de la caña, algunas familias han decidido continuar viviendo en la vereda y sostener las fincas tradicionales, las tierras que heredaron de las primeras familias que poblaron la vereda. En medio de las conversaciones, surgió una idea esencial: sembrar su propia comida. La autonomía alimentaria tiene un lugar fundamental en la vida de los campesinos y campesinas que hoy continúan sembrando y cultivando en sus fincas. Esta postura va más allá de la caña, es una pelea contra el monocultivo que acedia las planicies y las montañas, de manera legal e ilegal. Rosa y su esposo Juniel me han mencionado en varias ocasiones su postura sobre la agroindustria que los rodea: “la caña no se come”.

En La Munda convergen una serie de prácticas asociadas a la finca tradicional de un campesinado negro que permiten entender que, en la cotidianidad de las familias, de quienes siembran y cultivan, pero también de quienes a pesar de no trabajar la tierra acompañan y apoyan la labor,

se evidencia la resistencia cotidiana descrita hace décadas por James Scott, una resistencia que a pesar de no ser tan visible es constante e implica un ‘freno’ a la expansión de la caña dentro de la vereda. Todo esto mientras al mismo tiempo se asoman las economías morales de las que habló E.P Thompson para la Inglaterra de hace un siglo. Estas prácticas son las que propongo hacer evidentes de manera implícita a lo largo de este documento a manera de etnografía y partiendo de experiencias durante mi trabajo de campo.

La pregunta

Durante mis primeras visitas surgieron varios interrogantes sobre el porqué a pesar de las adversidades los campesinos y campesinas continúan trabajando la tierra, qué hacía que permanecieran en un espacio sin buenas vías y al que llegan constantemente las fumigaciones y el humo de las quemas. Fue en medio de mi trabajo de campo que pude comprender que la finca tradicional constituye un espacio de resistencia en el que las prácticas cotidianas relacionadas con el trabajo de la tierra y las relaciones familiares y sociales son las que construyen el pilar de la resistencia, una resistencia cotidiana. Es por esto que a lo largo de este documento me he propuesto resolver el interrogante que me llevó a pensar la finca tradicional como espacio de resistencia: ¿Cómo, a partir de las prácticas cotidianas entre campesinos negros de la vereda La Munda (Miranda), se revelan modos de vida, relaciones y prácticas productivas que pueden ser entendidas como resistencias cotidianas a las lógicas capitalistas de la agroindustria cañera?

Para poder entender las formas en que la finca tradicional opera como una forma de resistencia cotidiana y responder a mi pregunta de investigación, tomé como base específica y foco principal la categoría propuesta por James Scott como ‘discursos ocultos de resistencia’. Es a partir de este fundamento teórico específico desde donde he analizado las prácticas cotidianas de quienes habitan y trabajan la finca tradicional en la vereda. Comúnmente la resistencia se ha asumido como una acción colectiva, como algo que resulta evidente, una especie de movilización, Scott propone pensar en la resistencia de una forma más “discreta”, no asociada a la acción colectiva, a la que me voy a referir como ‘resistencia cotidiana’, pero que él ha bautizado “discurso oculto”. La noción de ‘discurso oculto’ propuesto por Scott (2004 [1990]: 149-157) se convirtió en el pilar de esta investigación para entender las prácticas relacionadas con la finca tradicional, estos discursos ocultos aparecen de manera implícita a lo largo de este documento. Es importante

reconocer que estos discursos ocultos son una respuesta a la dominación, en este caso asumida por la agroindustria de la caña, y se da desde un grupo que se asume como subordinado (Scott 2000), esto asume que debe haber un opresor y un oprimido. Frente a esto, es importante entender que las relaciones de poder no son necesariamente visibles al público, y que al igual que las resistencias, se dan de manera cotidiana, en este caso, el de La Munda, los dominados utilizan su propia forma de cultivar como resistencia a la expansión cañera.

Las resistencias cotidianas son una forma o estrategia de luchar contra la desaparición de espacios sociales autónomos, lo que convierte justamente a la finca tradicional como un fuerte espacio de resistencia. Estos discursos ocultos se hacen evidentes con la producción de la finca, el fortalecimiento de redes y relaciones familiares y afectivas, e incluso el fortalecimiento mismo de la finca tradicional por medio de otros espacios como proyectos y organizaciones. Aquí, para retomar a Scott, la agroindustria cañera es quien domina, quién ejerce fuertes pero silenciosas presiones sobre el campesinado negro, decidir sembrar un cultivo alternativo al de la caña de azúcar ya es una forma clara de resistencia frente a la caña, sostener la finca tradicional y las prácticas alrededor de ella lo son de manera más fuerte.

La propuesta de Scott sobre un discurso oculto significa también resistir dentro y desde espacios en los que existe autonomía, y en los que no ha llegado el control, en este caso de la agroindustria cañera (Scott, en Roca 2017: 96-100). Por otro lado, estas resistencias cotidianas asumen una especie de silencio o encubrimiento que permite que pasen “desapercibidas”, es decir, no son realizadas de manera pública, sino discreta. Además, son conductas que vienen cargadas de un propósito o significado específico y conciencia ligados al campesinado (Scott 1985).

En medio de estas resistencias se mueven otras categorías secundarias sobre las cuales no profundizaré ampliamente, pero que son fundamentales para entender algunas prácticas que se desarrollan dentro de la finca. Estas categorías se relacionan con el trabajo y la forma en que se desarrolla la economía campesina. Para hablar del campesinado, el punto de partida es la teoría clásica de Alexander Chayanov (1979; 2008 [1976]), Eric Wolf (1971) y más adelante retomada por Sidney Mintz (2008). Teniendo como base a estos autores, es importante reconocer que el campesinado se mueve alrededor de la familia y el trabajo familiar, y que su principal objetivo es justamente la satisfacción de las necesidades familiares, distantes de la producción capitalista y enfocados en la producción agrícola que permite la subsistencia, más allá de una ganancia

monetaria. Pensar en la finca tradicional a partir de Wolf (1971) es fundamental para entender que la finca constituye un espacio familiar, un hogar, más no una empresa. Por otro lado, Wolf, plantea la idea de que el campesino no solo produce para satisfacer sus necesidades sino también para el intercambio, sin actuar como empresario. Estas prácticas económicas están dirigidas con la satisfacción de necesidades, sin la búsqueda de un enriquecimiento monetario (en Mintz 2008). Chayanov (2008 [1976]) propone las dinámicas del campesinado en relación con la familia y personas cercanas a ellas con quienes se establecen relaciones, un punto que ayuda a entender al mismo tiempo las economías morales.

Si bien el campesinado obtiene sus ingresos de otras formas, no es ajeno a las dinámicas de mercado, y un porcentaje de su producción está dedicado al intercambio, especialmente en mercados locales (Wolf 1966, en Mintz 2008). Alrededor de este intercambio, Sidney Mintz permite hacer evidentes las diferencias entre mercados, formas de comercializar y formas de campesinado, dándose incluso la posibilidad de que haya campesinos asalariados que no trabajan su propia tierra. Estas variaciones alrededor del campesinado permiten evidenciar que incluso dentro de la misma vereda se dan distintas formas de trabajar la tierra. Es fundamental retomar la idea de que el campesino está inmerso en un mercado capitalista con el que se articula dentro de los mercados, espacios en los que muchas veces se evidencian las fuertes desigualdades y cierto nivel de explotación debido a las diferencias de valor y precio respecto a los productos vendidos por productores a gran escala. Esta relación con los mercados es sumamente importante, pues es en estos lugares donde los campesinos adquieren lo que no pueden producir, estos terminan desarrollándose de acuerdo a las condiciones económicas de la ciudad y las zonas urbanas (Foster, en Ortíz 1979). De acuerdo con esto, los campesinos no siempre cultivan los productos más rentables, sino los más necesarios, por lo que su objetivo económico es totalmente distinto. La agroindustria cañera ha significado una fuerte competencia para la finca tradicional en cuanto a ingresos, incluso impulsando su decadencia. Esto tiene que ver, de acuerdo con Shanin (1979b), con la expansión de la agricultura a gran escala, comercializaciones que producen que los cultivos de la finca sean cada vez más difíciles de comercializar.

La comercialización de los productos de la finca, en dónde se comercializa y a qué precio, dependen en gran medida de relaciones sociales y familiares. Es a partir de esto que he propuesto una segunda categoría principal: la economía moral, propuesta por E.P Thompson (2000). Esta

noción, planteada por Thompson inicialmente, propone pensar en cómo los campesinos y trabajadores generan patrones económicos bajo lógicas morales asociadas a lo que consideran “justo” e “injusto” (Thompson 2000: 217, 230, 241), estas lógicas y disciplinas morales tenían como objetivo motivar la resistencia comunitaria que se enfrenta a la violación de derechos y costumbres (Thompson, en Larson 1992: 80-82).

El papel de las relaciones familiares y sociales es fundamental dentro de las formas en las que se mueve la economía y la producción agrícola dentro de la vereda, lo que nos llevó a abordar las prácticas cotidianas como resistencias cotidianas a partir de la categoría de “economía moral”, propuesta por Thompson (2000) Esta noción propone una forma distinta de economía guiada por la ética, la moral y los sentimientos, una noción que plantea pensar en cómo los campesinos y trabajadores generan patrones económicos bajo lógicas morales asociadas a lo que consideran “justo” e “injusto” (Thompson 2000: 217, 230, 241) y sobre la cual ampliaré de manera etnográfica en el segundo capítulo. Justamente es a partir de estas economías morales desde donde James Scott (en Larson 1992: 80-82) parte para hablar de una resistencia campesina y los valores emocionales de las cosas, y una forma de hacerle frente a una economía que atenta contra las prácticas económicas del campesinado (Scott, en Roca 2017: 96-100).

Las economías morales presentadas inicialmente por Thompson fueron retomadas por James Scott para explicar las normas de economías de subsistencia dentro del campesinado. Al retomar las economías morales, Scott (en Larson 1992: 80-82) la propuso como punto de partida para estudiar las formas de resistencia campesina y las formas en las que se mueven las inconformidades. Es fundamental tener en cuenta esta categoría dentro de esta investigación, pues permite entender las estrategias que utilizan actualmente los campesinos y campesinas para enfrentar el riesgo de desaparecer como trabajadores agrícolas, incluso si esto, como dice Scott (en Larson 1992: 80-82), signifique violar costumbres o normas “tradicionales”. Este tipo de economía tiene que ver al mismo tiempo con la amenaza a su subsistencia, creando innovaciones que permitan continuar con su finca tradicional (Scott, en Roca 2017: 96-100).

Es a partir de estas teorías desde dónde empecé a cuestionarme las situaciones que me encontré durante mi trabajo de campo, el campesinado, las economías morales y por supuesto, las resistencias cotidianas son el foco de esta investigación. Este trabajo de campo a pesar de que

inició hace varios años, no fue tan extenso como desde el inicio había propuesto, en parte por situaciones como las que describiré en el último capítulo.

Cada una de las preguntas o cuestionamientos que surgieron durante la investigación hacen parte de un re-descubrir. El trabajo de campo, por otro lado, resultó de suma importancia tanto para aclarar la pregunta que buscaba formular, como para darle respuesta. La “respuesta” que logré darle a esta pregunta de investigación se logró a partir de un trabajo de campo que inició en 2017 y culminó en 2022, con pausas y dificultades. Mis visitas constantes permitieron el desarrollo de un interrogante, y la posible solución a él, estas visitas estuvieron centradas en dos familias u hogares: Rosa Angélica y Felisa. Mis conversaciones con ellas fueron claves en la elaboración de este documento. Por otro lado, tuve la posibilidad de acompañar otros espacios y núcleos familiares que me permitieron explorar temas que no había planteado desde el inicio de la investigación, y que lograron plasmarse en el último capítulo de este trabajo de grado.

Mi primera conversación con las mujeres que posteriormente hicieron parte de mi trabajo de campo fue en 2015, sin embargo, el desarrollo del trabajo de campo inició hasta 2017 cuando inicié con una serie de visitas más frecuentes. Mi llegada a la vereda, a diferencia de la mayoría de investigaciones, no estuvo guiada por una pregunta de investigación, sino por un interés en la zona plana del municipio. La pregunta de investigación surgió a medida que escuchaba relatos y sentires en mis visitas. Por supuesto, el proceso de elaboración de la pregunta tuvo varios momentos, y solo logró consolidarse hasta 2019, por lo que el trabajo de campo más valioso para mí se dio a partir de ese año. Uno de mis objetivos iniciales se centró en lograr establecer una relación con la vereda sin que las relaciones que ya existían de la comunidad con mi familia llegaran a mediar. Las relaciones que se tejen en campo resultaron para mi formación como antropóloga uno de los puntos más importantes en la investigación, y esto tiene en gran medida relación con mi decisión de incluir un capítulo en el que se evidencien este tipo de relaciones.

El desarrollo de trabajo de campo tuvo varias dificultades en distintos momentos, especialmente entre 2019 y 2020, paros, bloqueos y una pandemia ocasionada por el virus Covid-19 entorpecieron mi proceso, mis salidas de campo, y en ambos años frenaron mi estadía en la vereda. Sin embargo, al mismo tiempo estos momentos de crisis me permitieron reflexionar sobre la pregunta, y sobre la posible respuesta a ella. La pandemia jugó un papel fundamental en el análisis de esta investigación, y fue sin duda lo que me permitió replantear y desarrollar la

escritura del segundo y tercer capítulo. Por esto, me resulta de suma importancia reflexionar alrededor de los contextos que me abordaron durante mi trabajo de campo a lo largo de mi investigaciones, desde las relaciones que se tejen hasta las crisis que no llegaron a sentirse en la vereda.

Los capítulos

La estructura de este documento está dividida en tres partes, en las que poco a poco propongo mostrar las distintas resistencias de manera implícita, es por esto por lo que he incluido en esta sección un lugar especial para lo que me acompañó como marco teórico a lo largo de esta investigación. El primer capítulo titulado “*La finca tradicional. De la lucha por la tierra al reconocimiento étnico*” está dedicado a una revisión bibliográfica que parte de cuestionarse cómo se ha construido y entendido el propio concepto de “finca tradicional” desde la literatura etnográfica e historiográfica. Partimos de la premisa de que la finca no siempre ha sido la misma, por lo que identificamos tres grandes momentos: desde sus inicios en las fugas y la abolición de la esclavitud; su auge y consolidación entre mediados del siglo XIX y principios del XX, y su posterior decadencia durante las década de los cuarenta y setenta del siglo pasado; y finalmente presento las últimas décadas enfocadas en el fortalecimiento de la finca tradicional desde el discurso étnico que surge luego de la Ley 70 de 1993, que reconoce a la gente negra como grupo étnico. Por otro lado, la segunda parte de este trabajo, titulada “*Cultivando entre la caña. Transformaciones agrícolas e intercambio en la vereda La Munda*”, da paso a una descripción etnográfica del espacio en el que decidí trabajar, haciendo énfasis en las prácticas agrícolas y económicas, evidenciando, al mismo tiempo, las transformaciones particulares que ha sufrido la vereda desde las voces de sus habitantes. El tercer y último capítulo lo he dedicado a la descripción y análisis de lo que he considerado el pilar de sostenimiento de la finca tradicional: la autonomía. Para evidenciar esta autonomía y su importancia desde dentro de la finca, pero también desde otras miradas y organizaciones, describo cómo la crisis sanitaria ocasionada por el coronavirus permitió evidenciar la importancia de este espacio familiar y sus prácticas cotidianas, mientras al mismo tiempo impulsó el fortalecimiento de iniciativas relacionadas con la autonomía alimentaria como Palenques Juveniles.

Cada uno de estos capítulos está escrito con el fin de evidenciar las resistencias cotidianas de manera implícita. Es a partir de las prácticas cotidianas desde donde se piensan los discursos

ocultos propuestos por Scott, siendo la autonomía alimentaria un factor fundamental en el sostenimiento de estas prácticas agrícolas, económicas y de relacionamiento que facilita la finca tradicional. Es claro que problematizar ciertas situaciones desde un lugar que parece privilegiado es un proceso que requiere pensar en lo que nos rodea, permitirse entrar en las fórmulas propuestas por Roberto Da Matta: “(a) transformar lo exótico en familiar y/o (b) transformar lo familiar en exótico” (1999: 174). Mi trabajo consistió en permitirme llevar a la práctica la segunda fórmula, y permitirme entender cómo se vive, cómo se cultiva en medio de los extensos mares de caña de azúcar.

Capítulo I

La finca tradicional. De la lucha por la tierra al reconocimiento étnico

Si bien desde las organizaciones, e incluso desde la academia, se habla constantemente de la finca tradicional de gente negra en el norte del Cauca, es fundamental reconocer que esta no es algo dado, no siempre ha estado allí y como concepto tampoco ha estado permanentemente. Es decir, hubo todo un proceso socioeconómico y político que permitió la aparición de un complejo de tierras cultivadas por campesinas y campesinos negros en el valle geográfico del río Cauca hacia mediados y finales del siglo XIX, que luego de la década de los setenta del siglo pasado empezó a ser llamado como ‘finca tradicional’, y que hoy se constituye en parte fundamental de la reivindicación política constitutiva del discurso étnico por la defensa de la tierra y el territorio. Para entender todo este proceso de transformación que hoy permite que la finca tradicional esté anclada a un discurso étnico es importante visibilizar este proceso de transformación de la gente negra; sin embargo, al mismo tiempo resulta fundamental entender el proceso de expansión cañera, evidenciar que este proceso no se dio de la misma forma en todas las zonas y que llegó de manera tardía al norte del Cauca.

Así, en las siguientes páginas me propongo conceptualizar la finca tradicional, que para efectos descriptivos he identificado tres periodos a partir de los cuales se puede rastrear su transformación. El primero va desde la esclavitud hasta el auge y consolidación de la finca tradicional; el segundo describe la estabilización y decadencia de la unidad de producción y el inicio del auge cañero; y finalmente, el inicio de la década de los noventa y la implementación de la Ley 70 de 1993, mejor conocida como ‘Ley de Comunidades Negras’, cuando surge un discurso étnico que recoge la finca tradicional, y que ha permitido un “resurgimiento” de esta categoría. Cada uno de los apartados está basado en literatura escrita por distintos autores en distintos momentos, que son fundamentales para entender la evolución de la unidad de producción familiar de campesinas y campesinos negros en la zona plana del norte del Cauca. Al mismo tiempo, es importante presentar esta literatura de forma crítica para poder entender la evolución del discurso alrededor de la finca, pero también la transformación del sentido mismo que le ha dado la gente negra a través de los años, evidenciando que hay una transformación que pasa de la lucha por la tierra a una lucha que acoge derechos étnicos.

Esta descripción alrededor de la finca tradicional permite entender cómo se ha transformado no solo la forma en la que se produce y trabaja la tierra, sino también cómo se percibe por la comunidad y los campesinos. Es decir, el análisis crítico del concepto “finca tradicional” permite entender que lo que inició como una lucha por la tierra, hoy también hace parte de los argumentos políticos y socioculturales de la lucha por los derechos étnicos otorgados con la Ley 70 de 1993, e inclusive una lucha por la conservación del medio ambiente. Este paso, esta evolución, es justamente lo que pretendo plasmar en las siguientes páginas.

De esclavizados a campesinado. El surgimiento de la unidad de producción familiar

La conquista de América, el establecimiento de nuevas comunidades y culturas y el inicio de nuevas formas de producción y relaciones comerciales implicaron múltiples cambios en el “Nuevo Mundo”. La gente negra que llegó desde África en condiciones de esclavitud, al igual que sus descendientes, sufrieron y han sufrido cada una de las transformaciones que implicó la tecnificación, el trabajo, la comercialización y las relaciones sociales y económicas que constituyeron y transformaron lo que hoy conocemos como Colombia. Si bien el proceso de esclavitud no es el foco de este capítulo, es pertinente iniciar con la descripción de los espacios y momentos en los que la gente negra aprendió el oficio de cultivar y trabajar la tierra en lo que actualmente se conoce político-administrativamente como el norte del Cauca, y cómo estos procesos dieron paso al desarrollo de las unidades de producción familiar y la lucha por la tierra.

Esclavitud y post esclavitud

La llegada de la gente negra en condición de esclavos a América es una historia que se ha contado ya varias veces y de distintas maneras. Fueron traídos por europeos que necesitaban mano de obra para los procesos de colonización y producción en las tierras “recién descubiertas”, debido a que la mano de obra indígena era cada vez más escasa. Los y las negras africanas esclavizadas fueron catalogados como bienes, los compraron y vendieron como objetos para luego ponerlos a trabajar en las minas, las enormes plantaciones, los cultivos de ganado y en el servicio doméstico de las haciendas de la Nueva Granada, incluyendo la actual región que conforman el sur de Valle

del Cauca y el norte del Cauca⁸ (Taussig 1993: 72; De Friedemann 1986: 2; Zuluaga 2003: 103). Este proceso de esclavitud propició que el norte del Cauca tuviese un fuerte poblamiento de gente negra a partir del siglo XIX, dándole incluso a la región un núcleo denso de población negra.

Los africanos en condición de esclavos empezaron a llegar al norte del Cauca a principios del siglo XVI, alrededor de cien años después del inicio de la Colonia, teniendo como principales labores el trabajo en las minas, en las haciendas y el trabajo doméstico. Para el siglo XVIII el flujo e introducción de negros africanos aumentó fuertemente en número, lo que produjo que la mayor parte de la población de esta región fuese negra (Colmenares, 1972; De Roux y Yunda 2001:141). El norte del Cauca albergó algunas de las haciendas esclavistas más importantes de la región, las cuales comprendían tierras de bosques tropicales, espacios que posteriormente se convirtieron en un lugar de refugio para los negros cimarrones (De Roux y Yunda 2001:143). Si bien la región tenía solo alrededor de diez haciendas esclavistas y cubrían el 85% de la tierra, la cantidad de tierras que se utilizaba era bastante reducida; de ochenta mil hectáreas que cubren la región, cada hacienda solo utilizaba no más de 150 hectáreas (De Roux 1983: 3).

Por lo tanto, la llegada de la gente negra a la región permitió el fortalecimiento de las haciendas y enclaves mineros que se extendían por el valle geográfico del río Cauca. Estos lugares fueron el centro de la economía de la región, especialmente durante los siglos XVIII y XIX, razón por la que esta zona que hoy conocemos como norte del Cauca albergó alrededor de un 60% de los esclavos liberados en 1952, quienes en un buen número de este porcentaje estuvieron en manos de la familia Arboleda, principales terratenientes y esclavistas del actual departamento del Cauca (Colmenares 1991: 9-10).

La Provincia de Popayán albergaba, en esa época, las familias más adineradas de la región y dentro de ella se establecieron varias haciendas que, para ese momento, a inicios de siglo XIX, eran distintas a las de otras regiones que tuvieron una alta presencia de negros en condición de esclavos. Por ejemplo, mientras que en Cartagena predominaba la ganadería, en el actual norte del Cauca existían un buen número de trapiches que se dedicaban especialmente a la agricultura, aun cuando se criaba ganado en menor medida (Colmenares 1990: 17). Fue durante este periodo

⁸ Si bien la gente negra fue llevada a otros sitios del país, que en ese momento tenía un territorio aún más extenso, teniendo en cuenta que estas son las regiones de interés de este trabajo, mi enfoque se limitará a describir las situaciones en estos espacios.

que se establecieron distintas haciendas como Japio, Guayabital, Güengüé, San Fernando, La Bolsa, Quintero, García Abajo y Pflamo, ubicadas dentro de los actuales municipios de Caloto, Corinto, Villarrica, Miranda e incluso Florida (Valle del Cauca), todas estas pertenecientes a las familias Arboleda, Zambrano, Eder, Tejada y Camacho (Cabal 1975).

La minería de oro y el trabajo en los enclaves mineros dieron paso al poblamiento de algunos lugares por parte de gente negra, especialmente en Santander de Quilichao, Caloto y Suárez. A mitad de siglo, algunos poblamientos de campesinos negros alrededor de las haciendas y la orilla del río Palo empezaron a “legitimarse”, dando paso a un nuevo proceso (Colmenares 1990: 21). Por otro lado, algunas acciones de rebelión y formación de palenques permitieron la aparición de otros poblados como Puerto Tejada y Padilla.

Sin embargo, el panorama sociopolítico para estos esclavistas fue transformado a partir de la llegada de José Hilario López a la presidencia en 1849; esto significó el inicio de la decadencia de las haciendas. López llevaba dos años en el poder cuando firmó la abolición jurídica de la esclavitud en 1851, un proceso que permitiría la libertad de los esclavos a partir del 1 de enero de 1852. Esta decisión afectó fuertemente a los esclavistas y a la Iglesia, produciendo además un enorme malestar dentro de la familia Arboleda, para ese entonces en cabeza de Julio Arboleda. La oposición de los Arboleda, los demás esclavistas y la Iglesia produjo al mismo tiempo algunas revueltas en las que participó la gente negra que se oponía a regresar a la esclavitud. Estas revueltas incitaron una relación entre negros y el Partido Liberal, asociando el liberalismo con la idea de libertad (De Roux 1991: 4-5). Esto produjo que familias como los Arboleda y los Mosquera se opusieran fuertemente a la liberación de los esclavos, intentando hacer que volvieran a estar bajo su poder, pero sin tener éxito.

Este proceso de “liberación” produjo que los hacendados buscaran nuevas formas de asegurar el trabajo dentro de sus tierras, ofreciendo a los antiguos esclavos un pedazo de tierra a cambio de su fuerza de trabajo, dando paso a lo que se conoce como el *terraje* o *aparcería* y el *concertado*, prácticas que iniciaron previamente a la abolición de la esclavitud, pero que posterior a esta se hicieron recurrentes. El terraje consistía en que los negros libertos podían ocupar predios de las haciendas a cambio de trabajo en las mismas, o pago en especie y también en dinero, procesos que se dieron inicialmente en haciendas como Japio y Quintero (Cabal 1975:19; Taussig 2019). El concertado consistía en trabajar a cambio de una pequeña porción de tierra en la que podrían

cultivar su propia comida (Taussig 1993: 73-74). Posteriormente, la familia Arboleda acomodó este sistema para conservar algunos trabajadores

y para ampliar la producción sin recurrir a la política de producción con arrendatarios por la que optó Joaquín Mosquera. Se repartieron trescientas treinta hectáreas de selva virgen entre la mayoría de los ex esclavos de Quintero, a quienes se proveyó también de “pan, ropa y un techo”. Las posesiones constaban de dos partes: una para el lugar de la villa y la otra para cultivo, tanto para ellos mismos como para las siembras de la hacienda. Su tarea consistía en desmontar la selva y pagar sus rentas, conocidas como “terrajés”, con cinco a diez días de trabajo para la hacienda cada mes, la cual junto con Japio tenía 50 hectáreas de caña de azúcar, 20 hectáreas de platanales y 21 hectáreas de cacao (Taussig 2019: 700).

Mediante estos procesos descritos por Taussig comienza a gestarse el poblamiento del actual de sur del Valle del Cauca y el norte del Cauca, dirigido en gran medida por el recorrido del río Cauca y sus afluentes como La Paila y El Palo, siendo un proceso de colonización disperso y paulatino (Almario 2013: 69). Gran parte de los concertados trabajaron en lo que antes fue selva virgen en el norte del Cauca, cercana a las corrientes del Cauca. Antiguos esclavos de haciendas como Quintero tumbaron la selva para sembrar y empezaron a pagar renta (Taussig 1993: 75). Una vez liberados, y en condición de concertados, dependieron nuevamente de los hacendados; sin embargo, estos hacendados tuvieron una fuerte crisis debido a la falta de mano de obra, mientras los negros empezaban a sembrar su propia comida, a convertirse en campesinos (Taussig 1993: 76).

Se dice que este proceso es único en la historia agraria de Colombia porque a diferencia de otros lugares del país, donde la colonización adquirió la forma de apertura de frontera e incorporación progresiva de baldíos, en el norte del Cauca se colonizaron haciendas, unidades ya establecidas, desde adentro, aprovechando la inestabilidad política y las continuas guerras civiles del siglo pasado que debilitaron el poder de hacendados conservadores en una zona predominantemente liberal, impidiéndoles defender de facto posesiones de jure [Sic] (De Roux 1983: 5).

En este sentido, el inicio del campesinado negro nortecaucano podría ser enmarcado durante y posterior a la manumisión, sin desconocer que mucho antes ya algunos esclavos habían comenzado a fugarse y establecer pequeños poblados llamados palenques. Por ejemplo, los bosques tropicales fueron el lugar de refugio de estos esclavos que escapaban de las haciendas, permitiendo una apropiación clandestina de la tierra en la que se fueron estableciendo poco a poco, y en la que desarrollaron actividades como la caza, la pesca y la recolección. Es en estos espacios en los que podría enmarcarse un desarrollo no consolidado del campesinado negro; un proceso que inicia en 1770 con el cultivo de tabaco que se comercializaba de manera ilegal con comerciantes de la ciudad de Cali y al margen de las dinámicas económicas de las haciendas (De Roux y Yunda 2001: 143).

Tanto el proceso de cimarronaje como el posterior proceso de poblamiento de mediados y finales del siglo XIX llevó al surgimiento de un campesinado negro que, con el trabajo en las minas y la agricultura, se fueron apropiando de tierras en la zona plana del valle geográfico del río Cauca. Tal y como lo mencionan Hurtado y Urrea (2004: 362), “el periodo comprendido entre 1851 y 1920 configura un ciclo de gran consolidación demográfica y económica de la población negra rural en el norte del Cauca”, dando paso al campesinado y el surgimiento de poblados como Puerto Tejada. En este sentido, los nuevos campesinos negros se instalaron en tierras de sus antiguos dueños, saliendo de su condición de esclavos, terrazgueros y arrendatarios.

Para el caso específico de esta etnografía, puedo introducir que la actual vereda de Santa Ana, en predios del actual municipio de Miranda, hizo parte de este proceso. Para 1899, este poblado era uno de los puntos más importantes de la región, sin embargo, ese mismo año dejó de ser una “cabecera municipal” mientras se daba la fundación de Miranda como municipio y de un proceso de decadencia de la vereda. Un buen porcentaje de gente negra se estableció en los alrededores de Santa Ana, cerca de la antigua hacienda San Fernando, propiedad de la familia Eder. En esos puntos se organizó la gente negra para establecer terrenos comunitarios en los que sembraron cultivos de pancoger, cacao y tabaco (Almario 2013: 78). La compra de productos no era habitual, por lo que la mayoría de alimentos se obtenían dentro de las fincas, y aquello que se compraba consistía en productos que no se podían obtener de la finca, como la sal y la ropa (Mina 1975: 88). Miranda es evidencia de distintas transformaciones políticas, sociales y demográficas, y en

gran parte estos cambios estuvieron ligados a procesos de adaptabilidad a los que se vieron sometidos los campesinos negros (Almario 2013: 77).

Dentro de lo que hoy se conoce como Miranda y municipios cercanos, se establecieron haciendas como El Espejuelo, Perodías, Guayabital y García; haciendas no tan grandes, aun cuando sí importantes para la historia del municipio (Almario 2013: 77). Estas haciendas propiciaron también el poblamiento de gente negra a sus alrededores, durante la esclavitud y posterior a ella. La guerra de los Mil Días fue utilizada por Julio Fernández Medina, dueño del Espejuelo, para despoblar Santa Ana y trasladar la cabecera municipal, dando permiso de poblar y construir dentro de sus tierras por donde pasaba el camino real que comunicaba Santander de Quilichao con Popayán, Buga y Cartago. Esto se convirtió en una estrategia ante la decadencia de las haciendas, permitiéndole reproducir un orden social jerárquico que puso a la gente negra en la base inferior de la pirámide social. Sin embargo, los negros libres no estuvieron de acuerdo con Fernández, especialmente porque el deseo de la mayoría estaba ligado al ser campesinos y campesians independientes, por lo que continuaron poblando las zonas aledañas a las haciendas y los bosques, permitiendo el desarrollo de la actual finca tradicional, recuperando incluso tierras que estuvieron en manos de la familia Eder, como la hacienda San Fernando, donde hoy existe el corregimiento El Ortigal. En este punto, fue Sinecio Mina quién se enfrentó a los Eder, haciendo presión y logrando apropiarse de dichas tierras, tema que abordaremos en mayor detalle a continuación (Almario 2013: 77, 79-81).

El cambio de siglo: Política y lucha por la tierra

Posterior a la Guerra de los Mil Días, y con el General Reyes en el poder, los hacendados empezaron a resurgir con el apoyo del presidente, incluyendo la recuperación de sus tierras. Para 1912, algunos campesinos fueron expulsados de distintos puntos como El Pastal; ocho años después ocurrió lo mismo en Puerto Tejada. Por esto, las primeras dos décadas del siglo pasado se convirtieron en un momento fundamental para la lucha por la tierra y la lucha agraria (De Roux y Yunda 2001: 146).

Es en este escenario de inicios del siglo pasado que personajes como Cinesio Mina, Natanael Diaz, Alejandro Peña y Gonzalo Herma impulsaron la lucha por el mejoramiento de la clase campesina negra. Algunos de ellos desde la esfera política nacional, como el caso de Natanael

Díaz, mientras que otros conformaron grupos rebeldes para ir en contra del poder y los conservadores, como fueron Cinesio Mina, Murgueitío Posso y Honorato Barriga, quienes asaltaban pueblos y haciendas, y fueron bautizados como ‘Cuadrilla de Malhechores’ (Almario 2013: 77).

Cinesio Mina ha sido, sin duda alguna, uno de los personajes más representativos de la lucha por la tierra por parte de la gente negra en el norte del Cauca, aun cuando de acuerdo con algunos relatos cometió grandes errores, y su posición no fue percibida como campesino negro pobre, sino más bien como un “hombre acomodado” (Cabal 1978). Este líder, para el caso específico de Miranda, encabezó varias revueltas en contra de la familia Eder, quienes estaban en contra del asentamiento de gente negra en la hacienda San Fernando (Almario 2013: 79), permitiendo que los Eder cedieran parte de sus tierras para los asentamientos de gente negra. Sobre esas tierras se fundaría en 1908 lo que hoy es el corregimiento El Ortigal, en la parte plana del municipio (Calvache 1999: 53).

Este tipo de enfrentamientos entre propietarios y campesinos negros son fundamentales para entender la lucha que se dio a finales del siglo XIX e inicios del XX, una lucha direccionada por el derecho a la tierra que al mismo tiempo tenía que ver con la autonomía y la posibilidad de autoabastecerse con la producción dentro de sus parcelas; es en este punto donde los discursos y las peleas toman un carácter político. Para este momento se habían dado discusiones entre campesinos y terratenientes; “sin embargo, por esa época se empezó a hacer más evidente la presencia de otros actores sociales” (Almario 2013: 80).

A pesar de que posterior a la esclavitud se desarrollaron fuertes tensiones entre gente negra y terratenientes, los antiguos esclavos lograron conformarse como campesinos e iniciaron una economía que logró consolidarse durante la primera mitad del siglo pasado; el sur del Valle del Cauca y en norte del Cauca se convirtieron en un centro de acopio, tejiendo relaciones comerciales con Cali, dándole al norte del Cauca un enorme lugar en la producción y comercialización de cacao, café, tabaco y plátano (Hurtado y Urrea 2004: 363).

Al mismo tiempo, las luchas por la tierra durante las primeras décadas del siglo pasado provocaron distanciamientos entre la gente negra del norte del Cauca y la del centro del país; esto debido a que, por un lado, porque se enfrentaron al poder y sus intereses, y por otro, porque

fueron excluidos de ciertas decisiones. Este fue otro de los factores por los que la relación con la tierra se fortaleció fuertemente (De Roux 1991: 6).

Teniendo en cuenta lo escrito, podemos afirmar que las fugas de los esclavos desde el inicio de la colonización, la compra de libertad por trabajo, la posterior manumisión de vientres en 1821 y luego la abolición de la esclavitud en 1852 fueron claves en el proceso de poblamiento de la gente negra en la región objeto de estudio, quienes se organizaron de acuerdo a los grupos familiares que se iban constituyendo en la medida en que iban poblando el valle geográfico del río Cauca (De Friedemann y Arocha 1986: 21; De Friedemann 1976: 152). Así, el poblamiento de la gente negra en la zona plana del norte del Cauca estuvo a cargo de antiguos esclavos, de remanentes, palenques y cimarroneras y los descendientes de los esclavos (Hurtado 2001: 10). Durante esta época, entre finales del siglo XVIII e inicios del XX, el esclavo negro presenta una transformación lenta hacia lo que podría considerarse una sociedad campesina (Colmenares 1990).

Desarrollo de la unidad de producción familiar

Como he venido relatando, el poblamiento de la gente negra se dio de a poco en las riberas fértiles y la selva que estaban “fuera” del alcance de los hacendados⁹, lugares que no eran deseados por sus antiguos amos, alejados de sus órdenes, en humedales, zonas descuidadas por los terratenientes (Collazos 2017: 22). Allí, empezaron la siembra de plátano y maíz, además de algunos cultivos para el comercio, especialmente el cacao y el tabaco, que en ese momento iniciaban su auge; establecieron sus fincas basadas en una idea de subsistencia, y en unas tierras sumamente fértiles (Zuluaga 2003: 106). Esa selva húmeda se convirtió en el lugar de protección de los esclavos fugados y posteriormente también para los liberados, una zona en la que cada cultivo se daba fácilmente y abundante en especies que podían ser cazadas para el consumo humano (Taussig 1993: 85).

La tenencia de tierras, la territorialidad y el sentimiento hacia el espacio de producción agrícola, han sido fundamentales en el desarrollo de la identidad negra en el norte del Cauca, pero al mismo tiempo ha permitido el desarrollo del movimiento social (Hurtado y Urrea 2004: 359). La lucha

⁹ Algunos se establecieron en tierras que fueron adquiridas a cambio de trabajo en las grandes haciendas (Mina 1975: 50).

por la tierra se da desde el momento de su liberación, y se refuerza con los distintos momentos en que vieron amenazada su permanencia en sus tierras, especialmente con ciertos desarrollos económicos ligados a la siembra de monocultivos. La primera mitad del siglo XX significó el desarrollo del campesinado, una ‘época de gloria’ para el norte de Cauca, “una etapa de prosperidad económica de los campesinos negros y de consolidación de la región con liderazgo político y autonomía económica” (Hurtado y Urrea 2004: 360).

La gente negra empezó este proceso luego de la abolición de la esclavitud y continuó creciendo; los cultivos eran suficientes para su subsistencia. Los indivisos y tierras comunitarias fueron sumamente importantes para la consolidación del campesinado negro, especialmente porque permitían la autonomía económica y/o alimentaria. Por supuesto, hubo fuertes disputas con los hacendados a quienes les pertenecían las tierras, especialmente a inicios del siglo XX, cuando el mercado internacional empezó a tener un lugar importante en el país. Sin embargo, el mayor porcentaje de esos indivisos nunca fueron legalmente de la gente negra, es decir, no había un respaldo del gobierno que permitiera a los campesinos adueñarse legalmente de esas tierras, aun cuando fuesen consideradas comunitarias (Taussig 1993: 86). Las prácticas culturales, incluyendo las agrícolas, que la gente negra adoptó luego de su “liberación” fueron una serie de combinaciones de prácticas aprendidas en distintos espacios, incluyendo las haciendas en las que fueron esclavos (Taussig 1993: 87).

La conformación del campesinado nortecaucano está ligado a dos hechos principales: a la persistencia de los negros en su lucha por acceder a la tierra y a la presencia del cacao, que potencializó su territorialización pues como cultivo permanente enraizó definitivamente el hombre a la parcela y facilitó [Sic] la conversión del bosque primario en finca por su adaptación ecológica a las condiciones de penumbra, humedad, y presencia elevada de humus, propios del bosque natural (De Roux 1983: 5).

Es importante reconocer que no hubo una forma homogénea de construcción del campesinado negro luego de su liberación, Fueron campesinos, jornaleros, terrazgueros, algunos no pudieron volver a ser campesinos o nunca lo fueron, incluso a fines del siglo XIX e inicios del XX unos pocos lograron legalizar sus tierras, “estos últimos son los que aún hoy en día no se acaban de proletarizar” (Cabal 1975: 48).

Si bien un “buen” número de gente negra optó por trabajar bajo jornales, durante esta época, a inicio de siglo, la mayoría dedicó su trabajo al sostenimiento de la finca, a la agricultura tradicional campesina, la siembra de cultivos diversos en sus parcelas que variaban de tamaño; cacao, frutales, plátano y café fueron los principales cultivos que suplían las necesidades familiares e incluso comunitarias. Dado que las fincas se establecieron en espacios de antiguas selvas, los árboles continuaron como una de las principales características del paisaje; existía una enorme variedad de verdes, la vegetación resaltaba en la región (Zuluaga 2003: 106). Los espacios y bienes colectivos permitieron el fortalecimiento de redes entre familias, espacios que hicieron productivos para su sostenimiento, “había grandes parcelas de tierra llamadas ‘indivisas’, ‘proindivisos’ y de ‘comuneros’, donde los campesinos guardaban sus animales y cultivaban un poco de maíz y arroz” (Mina 1975: 86).

Lo que fue en aquella época el norte del Cauca, la abundancia de cultivos, la selva y los humedales, está solo en el relato de los más ancianos y en las historias que las generaciones pasadas contaron a sus hijos de acuerdo a los relatos de Mateo Mina (1975) y Carlos Alfredo Cabal (1978). Estos relatos añoran la época del campesinado que criaba gallinas, que tenía caballos, vacas y extensos cultivos de frutales y hortalizas. Para ese momento, es decir, inicios del siglo pasado, la vida en el pueblo no era un deseo, la autonomía sí lo fue (Cabal 1975: 36).

El trabajo dentro de las parcelas era siempre en familia, colectivo, existían “la minga” y el “cambio de mano”, formas de trabajo que permitían que todos trabajaran de acuerdo a una especie de “turnos”, mientras unos araban la tierra o cosechaban, otros sembraban o alimentaban a los animales; costumbres que fueron desapareciendo en la segunda mitad del siglo XX (Mina 1975: 87). Los campesinos negros, como he descrito ya, establecieron sus indivisos en tierras de los hacendados, quienes cercaron sus terrenos, rompiendo con las tierras colectivas que la gente negra había construido; posteriormente, los hacendados vendieron sus tierras y algunos campesinos pudieron permanecer en los límites de dichos predios. La venta de las tierras que ocupaban las haciendas estuvo relacionada con un proceso de resistencia de la gente negra frente al despojo de las tierras en las que se habían establecido (Cabal 1978: 64-66). Es por esto que podría asegurarse que “la resistencia negra dio en algunos casos sus frutos y suponemos que conjugada con la crisis en la producción de los cacaotales –que ya hacia 1930 se manifiesta– determinó la decisión de algunos terratenientes de vender a los colonos” (Cabal 1978: 70).

El cacao fue sin duda el cultivo que permitió cierta estabilidad económica en la región de bosque tropical, especialmente el género *Theobroma sp* y el ‘criollo’, una planta de cacao que fue perfecta para el clima húmedo y suelos altamente nutritivos como los de la región. Estos cultivos permitieron la estabilización y poblamiento del campesino negro en el norte del Cauca. La producción de cacao le dio significado a las fincas tradicionales y las caracterizó durante un amplio periodo de tiempo (Cabal 1978: 87). Sin embargo, su producción se vio fuertemente afectada durante la década de los treinta con el paso de enfermedades que atacaron las plantas, produciendo que la siembra de cacao disminuyera drásticamente para la década de los cincuenta.

Así, el campesinado negro había logrado establecerse económicamente. Sin embargo, durante la década de los cuarenta del siglo XX la prosperidad cacaotera empezó a decaer; la producción empezó a beneficiar a los terratenientes y capitalistas que iniciaron los monocultivos, especialmente el de la caña de azúcar. El café, el cacao y los frutales empezaron a ser sustituidos por cultivos tropicales adaptables a los suelos y el clima de la región; se dio paso a la soya y al sorgo, por ejemplo. Estos cultivos también fueron sembrados por los campesinos, a pesar de que implicaran más trabajo y más inversión. Estos cultivos empezaron a ser sembrados en grandes volúmenes, dándole paso a la región como una de las principales en cuanto a “expansión agroindustrial y de cultivos comerciales en el país, aumentando la presión capitalista sobre la tierra” (Hurtado y Urrea 2004: 363), especialmente durante la Revolución Verde.

Durante este periodo, entre los años cuarenta y cincuenta el valor de la tierra en el norte del Cauca se elevó fuertemente, lo que por supuesto estaba conectado con el interés de la expansión de una economía capitalista relacionada con la agricultura (De Roux y Yunda 2001: 149-150). Para ese momento, el campesinado era económica y socialmente autónomo, por pequeños y medianos propietarios que desarrollaron las fincas de poco más de tres hectáreas. La producción de estas tierras fue lo que durante años le permitió sostenerse a la gente negra de la región, la mayor parte del tiempo a base del cacao, un cultivo que para los cuarenta daba más de cuatro mil toneladas anuales (De Roux y Yunda 2001: 147). Las nuevas formas de trabajo de la gente negra, como el concertaje que describo en el apartado anterior, produjeron cierto grado de estereotipación del negro, pues este no quería trabajar como jornalero a cambio de un pago mínimo que no le permitía subsistir. La llegada de mercados extranjeros y la comunicación vía marítima impulsó fuertemente la economía del país, desplazando lentamente al campesinado para darle espacio a

algunos cultivos temporales y permanentes, produciendo al mismo tiempo que empezaran a convertirse en asalariados. El desplazamiento del campesinado también tuvo que ver con el crecimiento poblacional y con las formas en las que se heredó la tierra. La propiedad común y las ideas alrededor de la colectividad y los bienes colectivos que manejaba la comunidad negra de la región, se convirtieron rápidamente en impedimento para la expansión de la nueva economía; los dueños de empresas e inversionistas se apropiaron lentamente de la tierra, pero también de la fuerza de trabajo del campesinado negro (Mina 1975: 85, 88).

A lo largo de este apartado he presentado una serie de transformaciones de la vida de la gente negra en el norte del Cauca; por supuesto, los últimos sesenta años del siglo XIX significaron enormes transformaciones que le permitieron consolidarse como campesinado y establecer sus unidades de producción en tierras enormemente fértiles. La unidad de producción familiar se convirtió en los cimientos de la organización social de gente negra en el norte del Cauca; es decir, la finca tradicional y la idea de bienes comunes permitieron que la gente negra se organizara de ciertas formas, “quizá la existencia de esta organización social solidaria es el hecho que ha generalizado la creencia que después de la esclavitud todos fueron campesinos en el norte del Cauca” (Caballero 1978: 85). Pero esto es fundamental para entender que inicialmente el campesinado negro defendió su tierra, no solo porque esta significara un bien material, sino por todo lo que la unidad de producción permitía y representaba; es decir, si bien la tierra era un bien necesario, era alrededor de estas parcelas en las que se tejían una serie de redes sociales y familiares, además de lo que significó en cuanto a la independencia económica y autonomía alimentaria.

Sin embargo, es importante reconocer que el paso al siglo XX significó el inicio de la decadencia paulatina del campesinado negro y la finca tradicional, es por esto que esta breve descripción de la mitad del siglo XX funciona como cierre, mientras al mismo tiempo, da un punto de partida al proceso que describiré ampliamente en el siguiente apartado, un momento en el que la economía capitalista transformó fuertemente las prácticas de producción agrícola por fuera y dentro de la unidad de producción de campesinos negros.

Política, decadencia de la finca y ascenso de la economía capitalista

La gente negra en el norte del Cauca ha sobrellevado diversas adversidades que van desde la esclavitud, el concertaje y la pérdida de tierras; sin embargo, durante los últimos ciento cincuenta años, la pérdida de tierras es el factor que más ha modificado su cotidianidad. La entrada al siglo XX, como he mencionado, significó el paso a nuevas economías de carácter capitalista, lo que impulsó múltiples modificaciones alrededor de las formas de producir la tierra, incluyendo las prácticas de la gente negra; es fundamental al mismo tiempo tener en cuenta que la decadencia del campesinado negro no solo estuvo asociada a la pérdida de tierras, sino también a las prácticas agrícolas, y es el resultado de una serie de eventos como la decadencia de la producción de cacao, la valorización del suelo y el desarrollo capitalista (Cabal 1978: 87). Así, las siguientes páginas están dedicadas a la narración de este proceso de desplazamiento y decadencia del campesino negro, especialmente relacionado con la expansión cañera.

Continuidad de la lucha por la tierra

Como mencioné en el apartado anterior, la movilización de algunos campesinos permitió el inicio de una lucha del campesinado negro que se asoció a la tierra y todo lo que esta significaba; este fue un proceso que continuó luego de iniciado el siglo XX. Posterior a esta lucha encabezada por Cinecio Mina, empieza la pérdida de tierras a manos de las clases dominantes, desde donde se ofrecían alternativas que implicaban el desalojo de sus tierras e incluso su desaparición por medio del mestizaje; por supuesto, esto generaba al mismo tiempo la desaparición de distintas prácticas culturales (Almario 2013: 82). La pérdida de tierras modificó las formas de uso del territorio, transformando al mismo tiempo su posición como campesinos y campesinas; la transformación económica tuvo fuertes consecuencias sobre el campesinado, “las formas diversificadas de producción de alimentos, el cuidado de la biodiversidad y la producción artesanal en esquemas familiares se vieron sometidos a la intimidación cotidiana ejercida por las elites económicas y políticas” (Tobón 2019: 68).

Estos procesos de expansión de monocultivos, que empezaron con la soja, son fundamentales para entender el inicio de la pérdida de tierras cultivadas por años por el campesinado negro. La expansión de este tipo de cultivos impulsó u obligó, más bien, a que la gente negra empezara a asociarse para llevar a cabo algunos actos vandálicos como protesta social, esto en vista de la

posible pérdida de tierras. Fueron liderados por familias como los Cambimbo y los Balanta, quienes impulsaron la defensa de la tierra y resistieron durante un buen periodo de tiempo frente a la presión de los capitalistas (Hurtado y Urrea 2004; y Arocha de Friedemann 1986). Sin embargo, este proceso de resistencia no se dio en todos los municipios, ni con todas las familias; esto, y el hecho de que los grupos que resistían estuvieran tan dispersos produjo que no se lograra una constitución de un “movimiento popular articulado” (Hurtado y Urrea 2004: 364).

Para el análisis de este periodo, Teodora Hurtado y Fernando Urrea proponen una serie de elementos que se combinaron y transformaron fuertemente la región.

a) una tenencia de la tierra ampliamente democrática en manos de la gente negra; b) la formación de un campesinado negro rico, a partir de un proceso de diferenciación social sin descomposición campesina; e) una fuerte valoración de la educación como forma de ascenso social, en todas las capas sociales, pero especialmente entre los campesinos negros medios y prósperos, como era de esperar; y d) una férrea militancia en el partido liberal (Hurtado y Urrea 2004: 365).

Para contextualizar estas transformaciones es importante destacar que hubo una serie de acontecimientos que transformaron la economía nacional durante las primeras décadas del siglo XX: un fuerte interés económico de Estados Unidos en Colombia relacionado especialmente con la producción de azúcar y siembra de caña luego de 1913; la terminación del Ferrocarril del Pacífico y el Canal de Panamá en 1914¹⁰; el inicio de la siembra de soya y sorgo, cultivos que requerían más cuidados e inversión tanto de los terratenientes como de los campesinos. Eventos que pusieron al Valle del Cauca¹¹ como una región que permitiría el impulso de la economía e industria del suroccidente del país, asegurando la exportación de las primeras cosechas tropicales a gran escala (Hurtado 2001: 10; Taussig 1979: 13; Mina 1975: 84). Por lo tanto, esas primeras décadas del siglo pasado constituyeron un momento crucial para la consolidación de la economía vallecaucana, basada especialmente en la agricultura capitalista. Esto produjo que otras formas

¹⁰ La apertura de la vía al mar, y la posibilidad de exportar mercancía fue sin duda el evento más importante y de mayor interés para los ricos y terratenientes, pues unía a Colombia con el resto del mundo.

¹¹ Es importante aclarar que el norte del Cauca tiene una relación muy estrecha con el Valle del Cauca, además de que su producción agrícola, sus suelos y clima hacen parte de las características del valle geográfico del río Cauca, que incluye la zona plana del norte del Cauca; teniendo esto en cuenta, las decisiones sobre el Valle del Cauca involucraron también la economía nortecaucana.

de “desarrollo” llegaran a la región, como la construcción de carreteras, puentes y bancos, entre otras cosas, impulsando también a que el campesino desistiera de su trabajo en la tierra (Mina 1975: 85).

Este impulso económico dentro de la región trajo cambios en la producción agrícola tradicional; “los campesinos negros adoptaron una actitud defensiva para contrarrestar la arremetida de los terratenientes y capitalistas blancos, quienes intentaban despojarlos de sus parcelas” (Hurtado 2001: 11). Los campesinos empezaron una movilización que permitiera la lucha por la tierra y la finca tradicional, iniciando incluso protestas que culminaban en vandalismo. Esta movilización fue discreta y dispersa, y si bien tuvo un carácter de clase, también hay otros factores como la raza y las fuertes relaciones de poder existentes entre campesinos y terratenientes que permiten entender las dinámicas sociopolíticas de esta época (Hurtado 2001: 11).

Este paso a la agricultura comercial y capitalista estuvo relacionado con ciertos personajes, empresarios como Santiago Eder, fundador del ingenio azucarero La Manuelita y amigo cercano del entonces presidente Rafael Reyes¹². Eder impulsó fuertemente la exportación de cacao y se convirtió en uno de los representantes de la Compañía Agrícola Caucana en compañía con otro empresario, el señor Harold Bohmer. Para inicios del siglo XX, la estabilidad económica atrajo el interés de comerciantes extranjeros, por lo que durante las primeras tres décadas aumentaron las inversiones de Estados Unidos en Colombia (Zuluaga 2003: 108; Mina 1975: 83).

Por supuesto, el interés por la tierra no era ajeno a ellos y buscaron la forma de obtener más hectáreas, apropiándose de tierras indivisas como el Güengüe, ubicadas entre los municipios de Corinto y Miranda, una parcela que se caracterizaba por el trabajo comunitario en la que se cultivaba maíz y arroz; un terreno que hoy está en manos del Ingenio del Cauca. “La tierra no sólo empezó a cambiar de manos aceleradamente, sino que la sociedad comunal transformó drásticamente su estilo de vida” (Zuluaga 2003: 108); se dio paso a la agricultura comercial. Todo esto significó también una transformación del paisaje, un cambio en el bosque y el reemplazo de algunos cultivos por otros comercializables, especialmente el cacao, que un tiempo después decayó y dejó de ser rentable. La expropiación de la tierra por parte de los terratenientes no fue tan complicada, pues los campesinos usaban la tierra de manera comunitaria y no había cercos

¹² Me refiero a inicios del siglo XIX, terminada la Guerra de los Mil Días.

que dividieran la tierra, y frente a esto no había ningún tipo de respaldo del Estado (Mina 1975: 87).

Para inicios de la década de los treinta del siglo XX el tamaño de las fincas tradicionales disminuyó a menos de un tercio de su tamaño, las tierras pasaron de ser de los campesinos a los hacendados; treinta años después, su tamaño se reduciría aún más. Ya para los años setenta, alrededor del ochenta por ciento de la tierra estaba sembrada en caña de azúcar y otros cultivos (Taussig 1979: 15). El campesinado había logrado consolidarse y sostener su autonomía; sin embargo, este momento de expansión cañera fue crucial para su decaimiento.

Monocultivos y economía capitalista

En los años cincuenta inició el proceso que más afectaría la finca tradicional en la actual región del norte del Cauca: la expansión capitalista agroindustrial. El establecimiento de las industrias que procesaban materias primas y la época de la Violencia promovieron fuertemente la migración de gente negra desde el norte del Cauca a ciudades como Cali, y quienes se quedaron se vieron sometidos a las presiones por parte de los cañicultores que buscaban apropiarse de las tierras que estaban en manos de los campesinos (Zuluaga 2003: 109).

Desde 1950 y hasta finales de los setenta, inició un proceso de expansión cañera y la disminución de las tierras a manos de un campesinado negro. Para 1958 las tierras a manos de campesinos habían disminuido aún más, y el espacio por familia pasó a ser entre una y dos plazas; sin embargo, un número reducido de campesinos continuaron con una gran extensión de tierra, de alrededor de diez plazas (Taussig 1979: 15). Posteriormente, la pérdida de tierras aumentó, y se dio un proceso gradual de proletarización, venta de tierra y desplazamiento hacia varias ciudades.

Es fundamental reconocer que la expansión cañera tuvo varios momentos, y que estos cultivos se esparcieron inicialmente por el centro y norte del Valle del Cauca, aun cuando de manera menos fuerte. Sin embargo, el auge cañero no se dio sino hasta la década de los sesenta, cuando la ruptura de relaciones entre Estados Unidos y Cuba luego de la Revolución Cubana en 1959 diera paso a que la demanda azucarera estadounidense fuese asumida por otros países productores, entre ellos Colombia. Es a partir de este momento en el que se da paso a los cultivos de caña de azúcar en algunos lugares del norte del Cauca como Puerto Tejada.

El sector campesino que había podido establecerse entre finales del siglo XIX e inicios del siglo pasado, empezó con una lenta decadencia que se acrecentó pasada la segunda mitad del siglo XX. El paso a la economía capitalista permitió que los ricos se hicieran más ricos mientras la pobreza iba en aumento, dejando pérdidas incluso en los campesinos adinerados. El campesino negro empezó su trabajo en los ingenios, mientras muchas mujeres se vieron obligadas a trabajar como empleadas en casas de familia en Cali u otros municipios vecinos. A medida que la caña se expandía, el bosque tropical iba desapareciendo, y con él enormes árboles como cachimbos, pisamo, cedrón, árbol de pan, entre muchos otros (Mina 1975: 137).

Es fundamental entender que la pérdida de tierras por parte de campesinos ante la expansión cañera no se dio de una manera uniforme ni siquiera en el norte del Cauca; es decir, se dio mediante distintos procesos de presiones y apropiación de las tierras. Sin embargo, estos procesos de desplazamiento y proletarización sí tienen que ver con que el campesinado y la producción agrícola tradicional no eran beneficiosos para la economía capitalista (Mina 1975: 143). “Quienes ostentaban el poder ejercieron presión e intimidación sobre las comunidades con quemas, fumigaciones, diseminaciones de plagas” (Tobón 2019: 68), siendo esta última la razón de la decadencia del cacao en muchas fincas luego de la infestación de la ‘escoba de bruja’. Esto se dio al mismo tiempo que se promovían cultivos transitorios y a gran escala, dándole paso al frijol y la soya con el apoyo de distintas organizaciones y entidades, entre ellas la Caja Agraria, produciendo además de todo, endeudamiento (Tobón 2019: 68).

Las descripciones utilizadas por Michael Taussig permiten tener una imagen de lo que fue la finca tradicional y el paisaje que la acompañaba durante los sesenta y setentas.

En las partes bajas inundables, por el borde del camino y del "pasto largo" apretados entre inmensos campos de caña, están las desordenadas cintas de las parcelas campesinas, como banderitas verdes de desafío, negándose a conformar la regularidad monótona de las plantaciones que cortan la tierra en vastos rectángulos, uno tras otro (...) Fuera de las parcelas campesinas, la tierra es chata. No hay árboles, ni pájaros, ni animales; sólo caña y otros cultivos temporales de los ricos extendiéndose más allá del horizonte, en una 'tierra empobrecida, de agricultura capitalista, donde todo se mide en pesos y centavos (Mina 1975: 127).

El norte del Cauca pasó por la siembra de varios “monocultivos”¹³, las fincas tradicionales se transformaron y fueron desapareciendo con otros cultivos como el de la soya, el maíz, tomate y frijol; cultivos que permitían su producción durante todo el año, aun cuando su cosecha fuese limitada. Las cosechas semestrales y trimestrales de este tipo de cultivos provocaron que muchos campesinos optaran por iniciar labores como asalariados, dado que había un espacio amplio de tiempo en que no obtendrían ganancias (Mina 1975: 135). Este tipo de cultivos no tardaron en fracasar, complicando aún más la economía campesina. Ante esta situación, ‘Mateo Mina’ propone una descripción sobre qué sucedió con el campesinado negro durante este tipo de procesos:

Esto le costó mucho dinero. Primero, tuvo que tumbar la finca, en lo que gastó varias semanas con varios jornaleros. Después tuvo que comprar las estacas para las plantas, los fumigadores y pesticidas; pagar también cuatro jornaleros campesinos para atender diariamente el riego y las plantas. En noviembre cayeron lluvias torrenciales, pero con la ayuda de sus vecinos logró construir desagües suficientemente profundos para salvar sus plantas. Pero lluvias aún más torrenciales en el siguiente mes de abril lo inundaron totalmente. ¡En ese momento debía a la Caja Agraria veinte mil pesos, con un interés de mora que casi llegaba al veinticinco por ciento anual! Su única alternativa fue trabajar para un contratista en los campos de caña ganando unos ciento cincuenta pesos semanales (Mina 1975: 136).

La soya fue uno de los cultivos que dio paso a la transformación del campesinado luego de los setenta especialmente, cuando se dio paso a los cultivos temporales, en los que además de la soya estaba el maíz y el frijol. Estos cultivos requirieron inversión de trabajo para acabar con las fincas y sus cultivos tradicionales como cacao –que ya venía en decadencia–, café y frutales; todo esto, para alistar los terrenos en los que serían sembrados los nuevos cultivos, con apoyo de la Caja Agraria, dándole paso a las relaciones entre campesinos y campesinas e inversionistas (Arocha 2019: 676). Esto es fundamental para entender que la región se convirtió en un espacio de gran interés para quienes buscaban invertir en nuevas economías para la época, dejando de lado al

¹³ Utilizo las comillas dado que este tipo de cultivos, a pesar de haber sido llamados monocultivos no llegan a la escala que alcanzó la caña.

campesino como “una alternativa ocupacional en la vida de los habitantes de esa región rural” (Arocha 2019: 680).

Si hablamos de la finca tradicional en relación con la producción agroindustrial, las diferencias son abismales, desde la mano de obra que demanda hasta el daño ecológico que produce. Este último punto es fundamental para entender la relación del campesinado negro con la naturaleza y todo lo que ella implica, pues el sostenimiento de la finca funcionó de manera equilibrada en relación a unos cultivos que producían constantemente. Como ya he mencionado en el apartado anterior, la finca tradicional era trabajada por los miembros de la familia, lo que, por supuesto significaba un ahorro de capital, es decir, las familias sabían cómo se llevaba a cabo la producción de diversos cultivos, aun cuando la cabeza del hogar o del trabajo tenía siempre un lugar indispensable. La reducción de estos terrenos forzó a que estos miembros de un enorme número de familias nortecaucanas buscaran empleos en ingenios y plantaciones (Arocha 2019: 677).

Los años cincuenta, después del inicio de la época de la Violencia en Colombia, fue una época que significó decadencia económica para muchos sectores, y en la que algunos terratenientes aprovecharon la inseguridad para adueñarse de algunas tierras de campesinos en el norte del Cauca, mediante actos que podrían considerarse vandálicos, como las inundaciones y las fumigaciones excesivas que acababan con algunos cultivos (Mina 1975: 105). Dado que gran parte del cacao que se producía en Colombia era cosechado en el norte del Cauca, la decadencia del cultivo fue notada en el resto del país. La baja del cacao estuvo a la par con el aumento del azúcar, y es importante aclarar que este no fue el momento más fuerte de la misma. Sin embargo, los trapiches sí producían una buena cantidad de azúcar, además, la Cabaña ya había sido fundado en 1953 (Mina 1975: 111).

El ‘cambio de mano’ fue desapareciendo paulatinamente (y continúa haciéndolo en algunos lugares), para dar lugar al intercambio monetario (De Roux y Yunda 2001: 150; Zuluaga 2003:108); una transformación de la economía que estuvo relacionada con los herederos de los antiguos hacendados, como los Eder, los Simmonds y los Sardy, familias que contribuyeron a la expansión de la economía capitalista en la región. Sin embargo, y a pesar de esto, familias como los Holguín y los Arboleda decayeron luego del enorme impulso tomado por los Eder, en cabeza principalmente de Santiago Eder (Jaramillo et. al 2015). Todas estas transformaciones económicas implicaron al mismo tiempo enormes transformaciones en las prácticas cotidianas

de la gente negra, no solo alrededor de sus apreciaciones económicas, sino también de sus relaciones sociales.

A pesar que desde inicios del siglo pasado la economía regional sufrió varios cambios, y se llevó a cabo una fuerte expansión de otros cultivos, incluyendo la caña para la producción de azúcar, el campesinado negro continuaba con el sostenimiento de la unidad de producción familiar que se había fortalecido durante los primeros años del siglo. El campesinado negro había aprendido a ‘convivir’ en medio de las cacaoteras y la ganadería, sin embargo, los años setenta se convirtieron en el inicio de la desaparición del campesinado como se conocía, luego de la fuerte expansión cañera (Rojas 2019: 255). La finca tradicional que por muchos años se había caracterizado por ser una unidad de producción familiar, sin producción tecnológica y por su poco relacionamiento con la burocracia, fue siendo segregada de a poco, mostrándose cada vez más como una opción alejada de una ‘renta real’ (Arocha 2019: 676).

Expansión cañera

Si bien el desarrollo del cultivo de caña de azúcar no es el foco central de esta investigación, es importante entender qué sucedió en el valle geográfico del río Cauca en términos de economía, que permitió la expansión cañera en la segunda mitad del siglo pasado. Es por esto que debemos entender de qué forma se da el desarrollo de la agroindustria cañera y bajo qué condiciones. Sin duda alguna, el clima y el suelo de la región fueron las principales características que desarrollaron el interés alrededor de la siembra de caña, que inicialmente no se dio para la producción de azúcar, sino de panela e incluso aguardiente. El clima, la humedad, disposición de fuentes hídricas, la forma y calidad del suelo permitían que la caña de azúcar se diera de manera permanente, es decir, no existe una época de recolección o cosecha, lo que hace que la región sea la segunda con mayor rendimiento al nivel mundial, en cuanto a producción de caña por hectárea (Mina 1975: 112; De Roux y Yunda 2001; Rojas 2019: 251).

La agroindustria azucarera inició su desarrollo durante la segunda y tercera década del siglo XX; sin embargo, existe un antecedente relacionado con los trapiches y pequeñas industrias, principalmente de quien diera paso al cultivo de caña de azúcar: Santiago Eder. Es fundamental recordar que incluso desde inicios del siglo XX la industria azucarera se dio paso por medio de explotación y miseria, a costa del pequeño campesino, tanto en el norte del Cauca como en el sur

y centro del Valle del Cauca; y esto, a su vez está relacionado con los procesos de herencia que se dieron en la región (Mancini 2019: 735).

Por ejemplo, el ingenio Manuelita surge luego de que el señor Santiago Eder adquiriera la hacienda La Manuelita en 1864, que era propiedad de Jorge Isaacs y quien ya había implementado un trapiche tradicional de tipo colonial y había producido azúcar dentro de la hacienda. Ya para mitad del siglo XX la producción de Azúcar había crecido ampliamente, haciéndose más evidente desde 1940. Para 1954 habían sido fundados ocho ingenios azucareros (Mancini 2019: Mejía y Moncayo 2019: 771; Rojas 2019: 257). Desde el inicio, Santiago Eder estuvo interesado fuertemente en la siembra de caña para la producción de azúcar, por lo que buscó por distintos medios implementar nuevas tecnologías que permitieran una enorme producción, iniciando desde 1901 el funcionamiento de un trapiche hidráulico y una planta de procesamiento movidas a vapor. La producción de azúcar granulada y blanca promovió una “ligera” expansión de caña dentro de La Manuelita; veinte años más tarde, la producción de azúcar había aumentado, por lo que esto impulsó la creación de vías del ferrocarril y carreteras en el Valle del Cauca, para en 1927 constituirse como una empresa azucarera (Mejía y Moncayo 2019: 772, 775). Todo esto está relacionado con las buenas relaciones de los Eder con el gobierno nacional, pero también con el hecho de que la familia era ruso-norteamericana y tenía relaciones con el exterior (Rojas 2019: 257).

Luego de la década de 1920, la agroindustria azucarera se amplió dando paso a nuevos ingenios como Providencia y Riopaila; más tarde Bengala, Mayagüez, María Luisa, Pichichí, Castilla, Porvenir, San Fernando, La Cabaña, Melendez e Incauca, muchas como empresas familiares. Es importante recordar que la caña no era el único cultivo en el que se invertía fuertemente en la época, sino también en el maíz y la soya, además del algodón, el frijol y el arroz que se daban en menor cantidad y que para los sesenta empezaron a decaer fuertemente; es decir, los cultivos temporales bajaron para dar paso al cultivo permanente de la caña (Rojas 2019: 259, 262); mientras al mismo tiempo desplazaban a los pequeños campesinos y campesinas para dar paso a la consolidación de la economía capitalista.

El bloqueo de relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos fue sin duda el momento que determinó la expansión cañera y la consolidación de la industria a lo largo y ancho del valle geográfico del río Cauca. “Las fincas campesinas presenciaron el éxodo de jóvenes hacia las

plantaciones azucareras. La imposibilidad de competir por fuerza de trabajo fue, entonces, uno de los aceleradores de la descomposición campesina” (De Roux y Yunda 2001: 151). A pesar de esto, la competencia por la tierra y las medidas que tomaron los ingenios para adquirirla permitieron también el desplazamiento de campesinos y campesinas. Así, entre 1960 y 1975 más de la mitad de las tierras de campesinos nortecaucanos quedaron en manos de los ingenios azucareros; un proceso que cada año iba dando paso a más pérdidas de tierras (De Roux y Yunda 2001: 151). En “este contexto económico las fincas campesinas cacaoteras en crisis productiva fueron, o bien absorbidas definitivamente por los ingenios o, las que sobrevivieron como tales, sepultadas en un estado de estancamiento profundo” (De Roux y Yunda 2001: 152).

Pasados los años sesenta, la mayor parte de la caña molida era producida en las tierras de los grandes terratenientes que cultivaban para los ingenios; mientras otro porcentaje estaba a cargo de algunos colonos. La Revolución Verde que buscaba transformar el agro, la producción agrícola y la industria mediante el uso de nuevas tecnologías y químicos, fue otro de los puntos clave para la decadencia de la finca tradicional y el campesinado, pues impulsaba la economía capitalista que ya venía deteriorando al campesinado negro del norte del Cauca. Este proceso de modernización que se buscó con la Revolución Verde se hizo visible con el pasar del tiempo, con la llegada de nuevas maquinarias e implementación de nuevas tecnologías, lo que al mismo tiempo significó la reducción de mano de obra. Es decir, muchos de los campesinos que se convirtieron en jornaleros, después fueron reemplazados por máquinas; sin embargo, esto último no aplicó para los cultivos de caña, que aún requerían extensa mano de obra (Mina 1975: 114, 117-118).

Es fundamental tener en cuenta que estos procesos de tecnificación y expansión cañera no se dieron de manera homogénea en el norte del Cauca. Las fincas tradicionales se conservaron en espacios específicos durante los setenta, como, por ejemplo, los humedales, dado que eran terrenos en los que no se sembraba caña de azúcar.

Mateo Mina (1975) recuerda los años setenta como el momento en el que el campesinado inició su desaparición, un paisaje que de acuerdo a sus relatos no es tan distante al actual. Sin embargo, para ese momento había un número más grande de fincas tradicionales en la región; fincas que conservaban muchas de las características con las que la unidad de producción familiar inició, con siembra y cultivo de frutales, plátano, cacao y enormes árboles. Para inicios de los setenta,

la mayor parte de hogares campesinos tenían alrededor de una plaza, un fragmento de tierra bastante inferior a lo que se necesita para subsistir, aunque un buen número de campesinos tenían mucho más que esta extensión. Es por esto que se debe reconocer que siempre han existido distintos niveles económicos dentro del campesinado nortecaucano; es decir, algunas familias tenían hasta quince plazas de tierra, o incluso más.

La producción de plátano en la región fue durante años otra de las fuentes de sostenimiento, pues se comercializaba en grandes cantidades; sin embargo, este cultivo también se debilitó en gran parte de la región. Este tipo de situaciones son las que Mina relata durante la expansión cañera; campesinos y campesinas empobrecidas que solo lograban comprar algunos artículos –comida– para vivir. “Estos campesinos ni siquiera tienen suficiente dinero para emigrar a las poblaciones marginales de la ciudad, donde tendrían que pagar arriendo por una pieza o una casa y pagar leña o petróleo” (Mina 1975: 128); muchos campesinos se desplazaron hacia las ciudades y cabeceras municipales vecinas luego de que se quedaran sin tierra para producir, pasando a ser asalariados. Este empobrecimiento produjo un interés desde el Gobierno Nacional, desde donde se buscó el desarrollo rural en algunas veredas de la región, en conjunto con el ICA, esto con el financiamiento de fundaciones como Rockefeller y Ford, y con el fin del avance del campesinado en las zonas más afectadas (Mina 1975: 130).

Si bien la caña de azúcar y la expansión cañera en general fue la principal responsable del deterioro de las fincas tradicionales, es importante tener en cuenta que el campesinado venía de una crisis, y que esta crisis cacaotera no se dio a mitad de siglo únicamente, sino que venía ya desarrollándose desde los veinte (Cabal 1978: 89). Así, el campesinado negro había tenido múltiples dificultades asociadas a la producción de cacao, que era el cultivo que le permitía tener un ingreso económico. Por otro lado, debo reconocer que a pesar de que muchos relatos se limiten a describir las formas arbitrarias en las que los ingenios se apoderaron de las tierras de los campesinos, como destrucción de cultivos, grandes fumigaciones, e incluso despojo directo, la presión económica fue una de las más fuerte, sino la más fuerte, para el campesino, ya que la posibilidad de tener un ingreso monetario al vender o arrendar sus tierras significó una enorme oportunidad económica en medio de la crisis cacaotera.

Es por esto que la venta de las tierras a manos de nuevos dueños, por parte de los hijos, sobrinos y nietos de los campesinos y campesinas fue cada vez más frecuente, dado que para los jóvenes

ser proletarios era visto como algo mucho más favorable comparado con el sostenimiento de la finca, “y con el permanecer atados a esquemas verticales de distribución de un ingreso familiar cada vez más precario”; algo que incluso hoy continúa sucediendo (De Roux 1983: 26-27). “Lo que no lograron por la fuerza los hacendados durante las primeras décadas del siglo, lo logró fácilmente el ‘desarrollo’ basado en el establecimiento de una economía de plantación y en la conversión de campesinos en asalariados” (De Roux 1983: 29).

En la mayor parte de los poblados habitados por campesinos y campesinas negras, el sostenimiento de la finca significó autonomía, incluyendo el caso mirandéño. La finca permitió durante largos años el sustento del hogar y la satisfacción de múltiples necesidades sin ser obligados a trabajar en otros espacios o como asalariados; la finca permitió un gran nivel de independencia al campesinado. Sin embargo, la llegada no solo de la caña sino de la economía capitalista en general, se convirtió en un factor fundamental para el deterioro de las fincas tradicionales, aun cuando la expansión de la agroindustria cañera fue el factor fundamental en el detrimento de la unidad de producción familiar como se la conocía. Los años setenta son un punto de quiebre para la finca tradicional, pero también se convierten en la década en que la academia inicia una conversación con estas situaciones, y en lugares específicos, especialmente Puerto Tejada. Sin embargo, y a pesar de que a lo largo de este apartado he tomado distintos autores como base, es fundamental reafirmar que este proceso de transformación no se dio de manera uniforme, y que en municipios como Miranda, Corinto y la actual Padilla la expansión llegó de manera tardía, lo que permitió que el deterioro de las fincas se diera de una manera mucho más lenta.

El paso al siglo XXI trajo fuertes cambios a las formas de significar la finca tradicional, especialmente desde las organizaciones e instituciones. Los años noventa del siglo pasado fueron de profunda transformación para la gente negra y los campesinos del norte del Cauca, quienes a pesar de la decadencia paulatina a lo largo del siglo pasado y contrario a lo que podría haberse imaginado, les permitió el fortalecimiento de las fincas tradicionales en la región, aun cuando hay situaciones que no parecen haber cambiado, como las presiones ejercidas por los ingenios azucareros y los impactos que la caña trae sobre las fincas. Es este cambio en los discursos y prácticas lo que propongo en las últimas páginas de este primer capítulo.

La finca tradicional hoy, una nueva imagen y discurso

La constituyente de 1991 dio un fuerte giro al país, a la cultura, las organizaciones y sobre todo a las comunidades étnicas con la declaración de Colombia como un país pluriétnico y multicultural; sin embargo, los reconocimientos y declaraciones alrededor de las comunidades negras e indígenas no se dieron de la misma manera, dado que a partir de la época colonial lo negro y lo indio se han pensado desde la alteridad de distintas formas. La constituyente fue el primer paso para llegar a lo que hoy conocemos como Ley 70, sin embargo, esta ley llegó solo hasta 1993, luego de pasar por un proceso que permitió su establecimiento, y que permitió reconocer a la gente negra como sujeto étnico, concediendo una serie de derechos culturales y territoriales (Restrepo 2013: 13, 91).

Esta ley significó una nueva forma de ver a la gente negra, de reconocerla, mientras al mismo tiempo generó una serie de dinámicas alrededor de las prácticas y discursos de esta población en distintos lugares del país, dando paso a un proceso de etnización entendido como la formación de sujeto político a partir del reconocimiento de la existencia de un grupo étnico; es decir, el proceso mediante el cual la gente negra pudo constituirse como grupo étnico y es imaginada a partir de prácticas ancestrales, territoriales y una identidad cultural particular. Este proceso, por supuesto, implicó la formación y consolidación de organizaciones como el Proceso de Comunidades Negras –PCN– (Restrepo 2013: 20, 23). Lo negro empezó a pensarse como un cúmulo de prácticas resultado de tradiciones y formas de producción dentro de comunidades alrededor de los territorios, evidenciando “una particular lógica cultural garante de la conservación ambiental” (Restrepo 2013: 13).

La finca tradicional y el discurso alrededor de ella han hecho parte durante las últimas tres décadas de esta serie de transformaciones relacionadas con el reconocimiento de la gente negra como sujeto étnico, aun cuando ciertas características de la finca se hayan conservado. Es fundamental reconocer que, como lo he venido describiendo en los anteriores apartados, estas prácticas agrícolas y culturales vienen de muchos años atrás, a pesar de haber sido invisibilizadas (Restrepo 2013: 16). Actualmente, la finca tradicional no solo puede ser entendida como un espacio material que permite la sobrevivencia de la gente negra, sino también como un espacio de disputa política.

La consolidación de la Ley 70 produjo la definición de la gente negra como grupo étnico

a partir de una combinación poco clara entre la identificación como grupo social ‘comunidad negra’ y la circunscripción territorial de este grupo a la población negra residente en las regiones rurales de la Costa Pacífica colombiana. (...) La gran mayoría de la población negra del país, habitantes de las regiones septentrionales, quienes representan más del doble de aquellas residentes en las zonas rurales del Pacífico, no está considerada por las delimitaciones territoriales de la ley (Hurtado 2001 :18).

Esto se ha dado de esa forma a pesar de que en el norte del Cauca el movimiento negro inició a finales de los ochenta con la creación de la organización Cinecio Mina, y con luchas alrededor de la discriminación racial y los problemas socioeconómicos (Hurtado 2001 :18), produciendo una participación del norte del Cauca dentro del Artículo Transitorio 55 (Hurtado 2001 :18-19). E incluso, a pesar de que ya existieran algunas formas de organizaciones locales, este momento de cambio permitió el surgimiento y consolidación de movimientos y organizaciones de gente negra con vínculos más allá de las localidades regionales.

Este reconocimiento dio paso a la creación de consejos comunitarios como forma de organización de la gente negra en esta región del país; sin embargo, como lo mencioné antes, la Ley 70 da reconocimiento a las poblaciones negras que han ocupado las zonas rurales alrededor del Pacífico colombiano, y las cuencas de los ríos que están dentro de esta región y habitando tierras baldías apropiadas colectivamente. Al mismo tiempo, se dio paso a la posibilidad de tener una forma organizativa particular, como son los consejos comunitarios, desde los cuales se toman las decisiones comunitarias. Es importante reconocer que es a partir de la aparición de la Ley 70 desde dónde se empiezan una serie de transformaciones alrededor de los discursos étnicos, incluyendo los que surgieron sobre la finca tradicional en el norte del Cauca.

Si bien el foco de esta investigación no es el desarrollo de los consejos comunitarios y la aplicación de la Ley 70, es importante tener en cuenta que esta ley, a pesar de dar reconocimiento a una gran cantidad de población negra, y de permitir una organización particular, desconoce derechos territoriales en otras regiones y subregiones en las que actualmente habita un gran número de personas que se reconocen como gente negra, dado que está sujeta a las poblaciones que habitaron tradicionalmente las cuencas de los ríos que abarcan el Pacífico colombiano

(Restrepo 2013: 95). Así pues, la población negra del norte del Cauca se ha enfrentado a enormes obstáculos que ha impedido la legalización de los 43 consejos comunitarios que conforman la región; esto no solamente por estar por fuera de la zona reconocida, sino porque la Ley 70 da reconocimiento a las poblaciones a las comunidades que tienen un título colectivo que se dio entre otras razones por un proceso de poblamiento en terrenos baldíos; un punto que ha dificultado aún más el proceso, dado que la historia de poblamiento de la gente negra del norte del Cauca es distinta al resto del país, como fue citado anteriormente, pero además las tierras colectivas que la misma población negra en el norte del Cauca habían ocupado entre finales del siglo XIX e inicios del XX, fueron posteriormente adquiridas “legalmente” por la agroindustria cañera desde mediados del siglo pasado, existiendo pocos predios baldíos en la región.

Esto produjo que el surgimiento del movimiento negro se diera de maneras distintas en el Pacífico y el norte del Cauca, siendo esta pequeña región una de las regiones no reconocidas, mientras al mismo tiempo se creaba un imaginario que asumía el Pacífico como la región poblada por gente negra, desconociendo otros espacios poblados por estas comunidades. Sin embargo, y a pesar de la lucha que se ha venido dando por el reconocimiento de la población negra del norte del Cauca, a lo largo de las dos últimas décadas se ha dado un proceso de creación de consejos comunitarios que no han obtenido su legalización. A pesar de ser una figura reciente en el norte del Cauca, gran parte del trabajo de los consejos comunitarios está ligado al sostenimiento de las fincas tradicionales, es por esto que esta forma organizativa ha sido fundamental en el fortalecimiento y conservación de las unidades de producción familiar.

La etnización y todo el proceso de incorporarse a discursos institucionales ha llevado a que hayan ciertas transformaciones dentro de las formas en las que se describen las comunidades; la tradición y su concepto ha sido uno de los elementos que el discurso étnico ha incorporado. La Ley 70, en su capítulo IV acoge una discusión alrededor de las prácticas tradicionales, especialmente respecto a la relación con la tierra y el medio ambiente; sin embargo, la Ley 70 inicia presentando las prácticas tradicionales como pre requisito para el reconocimiento, de nuevo ligado al Pacífico y a las condiciones geográficas y ambientales que este presenta (Ley 70 1993).

Es importante mencionar que a pesar de que en el norte del Cauca la Ley 70 haya tenido otras formas de implementación, incluyendo la titulación colectiva, no significa que las prácticas tradicionales y colectivas no tengan y hayan tenido lugar en la región, ni mucho menos que estas

no hayan sido resignificadas a la luz de la coyuntura étnica. Las prácticas tradicionales han sido incluidas dentro del discurso de lo étnico mientras al mismo tiempo se busca la conservación y fortalecimiento de dichos conocimientos, como, por ejemplo, las fugas, los alabados, y por supuesto la finca tradicional y todo lo que esta implica socialmente dentro de las comunidades negras del norte del Cauca. Es por esto que los consejos comunitarios y las organizaciones sociales (desde consejos comunitarios, ACONC, Grupo Semillas o Palenke Alto Cauca), e incluso ONGs se han interesado por el desarrollo de investigaciones alrededor de la finca tradicional en la zona plana del norte del Cauca. Este proceso de reivindicación y reconocimiento le ha dado un lugar fundamental a la finca tradicional, y por esto, este espacio de producción y relacionamiento se ha convertido en una de las características más importantes del pueblo negro dentro de esta pequeña región, y al mismo tiempo es una de las prácticas con mayor valor emocional y que remiten a un proceso de resistencia en el que podemos remontarnos siglos atrás.

Es importante tener en cuenta que este momento de transformación ha permitido el fortalecimiento de la finca tradicional como categoría, e incluso podríamos decir que es solo hasta los noventa e inicios de los dos mil que se empieza a pensar en una “finca tradicional afronortecaucana”, con todo lo que este nombre implica. Por otro lado, se debe reconocer que este proceso de transformación y de surgimiento de nuevas leyes y políticas impulsó el desarrollo de sujetos, es decir, se da un proceso de categorización que al mismo tiempo llega a significar la etnización misma (Domínguez 2015: 103). Si bien este proceso de etnización no será desarrollado de manera extensa a lo largo de este documento, es importante tenerlo en cuenta para entender los procesos alrededor de los discursos, y cómo la finca tradicional se ha tornado parte del “ser negro”.

Para las comunidades negras, este proceso de categorización implica cumplir con los requisitos para titular, que cubren tres aspectos centrales: a) organizativos, las comunidades se deben organizar en consejos comunitarios; b) culturales, las comunidades deben establecer que tienen una cultura propia; y c) territoriales, las comunidades deben delimitar su territorio, probar que ocupan baldíos de la nación y que son pobladores ancestrales (Domínguez 2015: 104).

Frente a este tipo de categorizaciones, es fundamental reconocer que el ser negro o identificarse como tal no está sujeto a cumplir con las expectativas o requisitos que pone la ley, y tampoco

significa que la gente negra no tenga “sus propios procesos culturales y que no utilicen criterios diferentes a los que ofrecen leyes y decretos para identificarse” (Dominguez 2015: 105); sin embargo, sí ha implicado una resignificación de las prácticas, como las que se desarrollan alrededor de la finca tradicional.

El espacio o la unidad de producción en el norte del Cauca, como he venido narrando, tiene una larga trayectoria, sin embargo, no ha sido estática. La tradición se ha transformado con el pasar de los años y las generaciones, aun cuando no de manera significativa. La finca tradicional, al igual que otras prácticas culturales hacen parte de “tradiciones inventadas” con ciertos valores y que se dan de manera repetida y siempre conectadas con el pasado (Hobsbawm 1983: 8-10)¹⁴. De esta forma, particularmente la finca tradicional hace parte de una tradición que más allá de remitirse a un origen, simboliza cohesión social y pertenencia a una comunidad (Hobsbawm 1983: 16).

Resulta fundamental reconocer que organizaciones y activistas, a pesar de reproducir los discursos sobre la etnicidad, no han impuesto prácticas, sino más bien, los discursos han acogido este tipo de prácticas; sin embargo, tampoco se puede llegar al extremo opuesto deificando los discursos que se dan desde las organizaciones sociales; todos estos procesos hacen parte de lo que es la etnicidad y lo que el reconocimiento de la gente negra como sujeto de derechos étnicos ha producido (Restrepo 2013: 24).

Fortalecimiento de la finca tradicional hoy

Las condiciones actuales de la finca tradicional no se han transformado tanto como sucedió en la segunda mitad del siglo pasado. La tierra productiva en manos de campesinas y campesinos negros es cada vez menor, y la región sigue viéndose en medio de otras formas de presencia estatal. Además, la tierra, las fincas y los campesinos continúan enfrentándose a las implicaciones que trae vivir en medio del mar de caña; los efectos, al igual que hace treinta o cincuenta años se resumen en fumigaciones, quemas y contaminación del suelo y las fuentes hídricas. El legado de los Eder, Holguin, Cabal, Garcés y Lloreda continúan arrasando con las fincas tradicionales,

¹⁴ Al hablar de tradición como invención no pretendo de ninguna forma restarle importancia y legitimidad, al contrario, esto reafirma la construcción de unas practicas culturales desarrolladas por la gente negra de la región. Siendo la finca *tradicional*, una de las más importantes.

familias que continúan siendo la élite económica de la región, quienes además de procesar azúcar se han dedicado a la producción de biocombustibles, generando otro tipo de efectos sobre el medio ambiente (Tobón 2019: 71). A pesar de este tipo de condiciones, la finca tradicional continúa siendo un espacio de mediación entre actores sociales, humanos y naturaleza; una mediación que se ha desarrollado de manera cotidiana, convirtiéndose en una alternativa a las nuevas nociones de trabajo (Tobón 2019: 89).

Los discursos y nociones han variado alrededor de las prácticas agrícolas. “Finca tradicional, finca agroecológica, finca econativa, finca afro nortecaucana son algunos de los nombres de se han asociado, desde hace algunos años, con lo que antes se conocía, (...) simplemente como ‘finca’” (Jaramillo et al. 2015: 39). Estas formas de nombrar la unidad de producción están relacionadas con las maneras en las que diversas organizaciones y entidades se han involucrado, entre ellas la Asociación Juvenil Nortecaucana, la Asociación de Agricultores del norte del Cauca, la Unidad de Organizaciones Afrocolombianas del Cauca, y sobre todo los discursos de Vallenpaz, una entidad que inició su presencia en la región desde el 2000 (Jaramillo et al. 2015: 39)¹⁵.

Es prudente reconocer que estos discursos promovidos por distintas organizaciones no solo se mueven alrededor de lo ancestral pensado como un “reservorio de prácticas heredadas, propias y detenidas en el tiempo” (Jaramillo et al. 2015: 40); dado que también están fuertemente relacionadas con los discursos alrededor de las políticas étnicas. Sin embargo, la construcción de relaciones y sentimientos alrededor de las fincas persisten a pesar de las transformaciones que han tenido en el tiempo, cuando se entablan conversaciones con los mayores, la autonomía, la producción de comida, la herencia familiar, el valor sentimental de la tierra (Montoya 2013: 51) son aspectos que incluso hoy continúan siendo razones por las cuales la gente permanece, una idea no muy alejada de los relatos contados por Michael Taussig (1993, 1975) en los años setenta, antes del proceso de etnización.

¹⁵ Es importante recordar que estas organizaciones tienen fines y formas de trabajo distintas; y aun cuando no es el fin de esta investigación, debemos recordar que unas son organizaciones sociales y/o étnicas, mientras otras son entidades externas. Sin embargo, conservan la cercanía sobre los procesos de construcción de identidad del campesinado negro y los discursos alrededor de él. Mientras organizaciones como UOAFROC se plantea la reivindicación étnica, Vallenpaz busca mirar la finca tradicional como un factor económico que permita cierta rentabilidad, fortaleciendo el desarrollo de la región (Montoya 2013: 60-61).

Es fundamental reconocer que gran parte de las prácticas que se realizan alrededor de la finca tradicional han sido heredadas y hacen parte de prácticas que se han considerado ancestrales; aun cuando también hay prácticas y espacios que se han adquirido y originado durante los últimos años, sumando al cúmulo de tradiciones inventadas. La finca tradicional, como lo mencioné, es un espacio que ha permitido el relacionamiento entre familias y comunidad en general, esto por medio de prácticas como la medicina, la comida y la religión.

La medicina a través de las plantas es una de las prácticas que se busca fortalecer, dado que muchas de estas plantas medicinales han desaparecido debido al desplazamiento de plagas, a las fumigaciones, pero también a la falta de uso y producción. Normalmente este tipo de plantas se dan en los patios de las casas, sin embargo, la búsqueda de la conservación de algunas de ellas ha generado que varias especies se reproduzcan por medio de semillas y dentro de germinadores, asegurando su producción. Sin embargo, normalmente muchas de estas plantas no solo tienen un uso medicinal, sino también dentro de la cocina e incluso para el control de plagas dentro de otro tipo de cultivos (Semillas 2017: 35-40).

Este es solo alguno de los factores por los que se busca el fortalecimiento de las fincas tradicionales; sin embargo, el factor más importante dentro de la conservación de las prácticas agrícolas está ligado a la conservación del agua y el suelo. La finca tradicional es hoy un espacio en donde se “prioriza la producción de alimentos para la soberanía y autonomía alimentaria, la conservación de la cultura y del ambiente, antes de pensar en la generación de riqueza” (Semillas 2017: 45), por lo que la conservación de los suelos y el agua permiten al mismo tiempo el aseguramiento de la producción alimentaria.

La preservación del medio ambiente y la sana relación con el medio ambiente es sin duda una de las características más importantes que ha conservado la finca tradicional. El proceso de etnización del cual hablé antes también tomó esta característica como cualidad de la gente negra, especialmente luego de que, en 2004, Libia Grueso, integrante del PCN, ganara el premio Goldman al medio ambiente, catalogado como el nobel del medio ambiente.¹⁶ La premisa del cuidado medioambiental y de la biodiversidad ha estado ligado al Pacífico colombiano (Restrepo 2013: 177), sin embargo, la gente negra del norte del Cauca también ha sido reconocida por este

¹⁶ <https://ipsnoticias.net/2004/05/ambiente-premio-goldman-para-activista-afrocolombiana/>

tipo de prácticas, tanto así que en 2018, Francia Márquez, una mujer negra, activista y tomeña (oriunda de Suárez) ganó el mismo premio Goldman Environmental Prize.¹⁷ El discurso alrededor de la etnicidad y la biodiversidad se han unido a lo largo de los últimos años para desarrollar estrategias y relaciones políticas que han permitido el desarrollo de prácticas que permitan el cuidado del medio ambiente (Restrepo 2013: 178).

La finca tradicional resulta ser un elemento fundamental para la conservación del medio ambiente que la caña de azúcar va deteriorando cada vez más. El modelo agroindustrial que promueve la producción de caña de azúcar ha afectado fuertemente el sostenimiento de las fincas tradicionales como lo he mencionado en los apartados anteriores; ha habido fuertes transformaciones y los suelos han sido bastante afectados por la producción de caña y todo lo que esta implica; por lo que el monocultivo tiene un gran porcentaje de responsabilidad frente al decaimiento de las fincas tradicionales y las prácticas que este tipo de unidades de producción asumen, como las relaciones sociales y las prácticas de cuidado del medio ambiente (Semillas 2017: 45).

Actualmente, las fincas tradicionales continúan conservando la producción de frutales, cítricos, cacao, plátano, maíz y plantas medicinales, además de especies menores como gallinas y peces. La finca tradicional resulta ser un “sistema eficiente de producción, pues que no solo permite la cosecha de alimentos, sino también la conservación del ambiente y la biodiversidad” (Semillas 2017: 47). Es por esto que desde las diferentes organizaciones se ha buscado el fortalecimiento de las fincas tradicionales, por todo lo que estas promueven, incluyendo la conservación del medio ambiente. De acuerdo con el Grupo Semillas (2017), el norte del Cauca ha implementado una serie de formas de conservación del suelo y los recursos a través de prácticas asociadas a la finca tradicional, como la siembra de abonos verdes como el guandul y el frijol; el uso de barreras vivas como el nacedero, especies que no pierden humedad pese a las fuertes olas de verano, y que además protegen las fincas tradicionales de algunos de los efectos de la caña, como la llegada de pesticidas; además del desyerbe dejando un poco de pasto que proteja el suelo, entre otras prácticas (Semillas 2017: 49). Estas son iniciativas que no solamente promueven la conservación de conocimientos tradicionales y del medio ambiente, sino que se presentan como una serie de prácticas de resistencia que se dan de manera cotidiana, incluso sin remitirse a una organización, temas que serán abordados etnográficamente en los próximos capítulos.

¹⁷ <https://es.mongabay.com/2018/04/francia-marquez-colombia-gana-premio-goldman-mineria-ilegal/>

Por otro lado, desde algunas organizaciones se han promovido nuevas estrategias que permitan la permanencia de las generaciones actuales y venideras dentro de las fincas tradicionales, asegurando su sostenimiento. Estas estrategias tienen que ver con producción de especies menores y cultivos que permitan un sostenimiento económico que supla las necesidades que la finca por sí sola no cubre. Esto es fundamental, dado una parte de las presiones ejercidas por la agroindustria cañera están relacionadas con la economía. Por esto es que entidades como la USAID¹⁸, UOAFROC¹⁹, FUNDIC y las alcaldías municipales se han interesado en el desarrollo de programas y proyectos que fomenten la persistencia de la finca tradicional, teniendo en cuenta todo lo que esta significa, desde la subsistencia familiar hasta el relacionamiento entre familias (UOAFROC 2010). Como mencioné anteriormente, desde estas organizaciones se ha ido transformando el discurso alrededor de la finca tradicional, dado que se busca encajar en unos aspectos que cada vez se relacionen más con lo étnico y lo ancestral. A pesar de que el discurso continuamente cambie, es importante reconocer que este tipo de espacios y proyectos que surgen desde las organizaciones, como la Escuela Itinerante en 2015 (Semillas 2017), por ejemplo, han jugado un papel sumamente valioso respecto al fortalecimiento y conservación de las fincas tradicionales.

Organizaciones como UOAFROC, por ejemplo, nacieron con un carácter étnico, “es decir, dentro de sus narrativas imprime de manera categórica la reivindicación de los derechos afro” (Montoya 2013: 55), es por esto que los proyectos que surgen desde este tipo de organizaciones se definen desde la construcción de la identidad “afro”, lo que permitiría un reconocimiento de derechos que faciliten la protección de los territorios de gente negra. En este tipo de procesos, el fortalecimiento de la unidad de producción familiar y la memoria colectiva han sido fundamentales (Montoya 2013: 55, 56). Dicho desarrollo de la identidad del ser negro está ligado con la etnización de la que hablé en páginas anteriores; el ser negro se conecta con prácticas que incluyen conocimientos ancestrales y del pasado. Particularmente, la etnización de la negridad conecta fuertemente con el territorio y su identidad, es por esto que desde las organizaciones

¹⁸ Alrededor del 2010 la USAID impulsó fuertemente el programa Territorios Étnicos Productivos en apoyo con la gobernación del Cauca. Este programa se da en búsqueda del fortalecimiento de la finca tradicional y los aspectos que en ella convergen, como la familia y la autonomía (UOAFROC 2010: 5)

¹⁹ Los apoyos de entidades externas, promovieron iniciativas que se desarrollaron desde organizaciones locales como UOAFROC, desde donde se planteó en 2009 el proyecto Finca Tradicional Econativa (UOAFROC 2010: 6).

sociales se acogen este tipo de términos que permitan legitimar una lucha y llevar una bandera particular que alude a la gente negra.

El papel de las organizaciones sociales

El PCN es sin duda una de las organizaciones que más ha impulsado la identidad negra, la conservación de prácticas tradicionales y la defensa del territorio; tanto así que gran parte de su discurso se relaciona con la importancia del territorio para el desarrollo de la cultura. El proceso organizativo de gente negra inició “con el proyecto histórico libertario del cimarronaje y continúan en el presente con la resistencia cultural al mercado y la economía capitalista (...), la territorialidad tiene raíces profundas en el proceso de esclavización y la resistencia ante ella” (Escobar 2015:30). El PCN ha adoptado conceptos como el de territorio-región, y ha desarrollado un pensamiento político que permite el desarrollo de una estrategia de cuidado de su autonomía, pero también de la cultura y el territorio (Escobar 2015: 32). Estos discursos han servido como base para el desarrollo de nuevas organizaciones, como los consejos comunitarios, desde donde también se promueve la conservación de prácticas, entre otras cosas.

Las descripciones anteriores permiten entender que la finca tradicional hace parte de una serie de experiencias que remiten a la tradición, mientras al mismo tiempo permiten la conservación de otra serie de tradiciones y prácticas. La finca tradicional hace parte de lo que por largo tiempo se ha llamado “territorio ancestral”, una categoría acogida por la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca que recoge una serie de elementos que se relacionan con las prácticas, pero también con una larga estadía de la gente negra en ciertos espacios; espacios que aun cuando no caben dentro del reconocimiento que otorga la Ley 70, si son reconocidos como ancestrales

en la medida en que cumplen dos condiciones: (1) que aquellos grupos han tenido una presencia histórica demostrable en la zona, que se remonta varios siglos atrás, y que es el fundamento de una memoria colectiva que hoy los cohesionan como grupo alrededor del valor de la libertad y de la consciencia de saberse descendientes de esclavizados africanos; y (2) que estos habitantes han desarrollado prácticas económicas, culturales y políticas en

relación con esos territorios, las cuales se fundamentan en saberes específicos sobre el mismo y su medio ambiente, y se enseñan y transmiten de generación en generación.²⁰

Siendo la finca tradicional un elemento fundamental en la conservación de esta idea alrededor de la ancestralidad. Sin embargo, es importante reconocer que a pesar de que el norte del Cauca conserve un pequeño número de fincas tradicionales,²¹ el número ha disminuido significativamente durante las últimas décadas, por lo que este factor tierra por sí solo no alcanza, dado que las familias que conservan sus tierras son muy pocas, y más quienes aún viven en medio de la caña viven en medio de enclaves que se esconden entre el cultivo, espacios donde no tienen lugar para sembrar. Es por esto que desde los consejos comunitarios muestran una amplia preocupación por la conservación de las fincas tradicionales, considerando la unidad de producción no únicamente como

una memoria del pasado sino también una apuesta política de los afronortecaucanos, como se refleja en sus proyectos de buen vivir como la reintroducción del cacao, el café, la caña y los frutales, así como las técnicas de ancestrales de siembra, la política de soberanía alimentaria en la aplicación diversificada de cultivos, la inserción dentro de la cadena productiva de productos promisorios y la protección de nacaderos, quebradas y otras fuentes hídricas.²²

Es importante reconocer que incluso hoy, la finca tradicional puede ser considerada algo similar a lo que relata Jaramillo et al. (2015: 40) cuando mencionan este espacio de producción como un lugar íntimo en el que convergen prácticas heredadas que hoy son consideradas tradicionales. Sin embargo, con el pasar del tiempo, este lugar que hace un siglo era “exclusivamente” íntimo, se ha ido convirtiendo también en un espacio de disputa que trasciende los límites familiares, especialmente porque para el sector azucarero y empresarial del país ha representado un “obstáculo” para el pleno “desarrollo” de la región.

Las dificultades causadas por la agroindustria cañera han impulsado una fuerte lucha alrededor de la autonomía, desarrollándose nuevas nociones como el ‘buen vivir’, un concepto que nace

²⁰ “La categoría de territorio ancestral”, disponible en: <http://www.aconckekelo.org/consejos-comunitarios/>

²¹ Las fincas tradicionales del norte del Cauca, de acuerdo con las cifras presentadas por el grupo Semillas, abarcan poco más sesenta mil hectáreas (Semillas 2015).

²² “La categoría de territorio ancestral”, disponible en: <http://www.aconckekelo.org/consejos-comunitarios/>

desde la filosofía Ubuntu, y que ha sido recogida por organizaciones como ACONC, “una alternativa al desarrollo, a los enormes costos ecológicos y humanos que ha tenido el modelo capitalista-desarrollista” (Machado en Palenke Alto Cauca 2021: 68). Este concepto está pensado para establecer relaciones sanas con la naturaleza y la defensa de la autonomía como uno de los ejes centrales que moviliza a la gente negra y permite la conservación de espacios y prácticas como la finca tradicional. Estas preocupaciones sobre la pérdida de espacios, relaciones y prácticas han impulsado a las organizaciones sociales al desarrollo de estudios y escritos que permitan evidenciar las afectaciones producidas por la agroindustria cañera, claro ejemplo de esto es el informe “El Monstruo Verde” (2021), escrito y presentado por Palenke Alto Cauca y apoyado por Forest Peoples Programme.

Las organizaciones sociales, los consejos comunitarios e incluso la academia se han interesado por mostrar una serie de acciones colectivas que hacen parte de la resistencia, oponerse abiertamente a la agroindustria cañera, expulsar maquinaria pesada y realizar movilizaciones. Sin embargo, mi interés va más allá de lo que comúnmente se muestra como resistencia y que remite a acciones más “evidentes” desde las organizaciones sociales; es fundamental reconocer entonces que las descripciones alrededor de la finca tradicional evidencian una forma cotidiana de resistencia ante la continua expansión azucarera.

A lo largo de este capítulo me he propuesto condensar “brevemente” la historia de la finca tradicional tratando de hacer énfasis en los aspectos que permitan entender de qué manera se ha construido y continúa en pie la unidad de producción familiar en un lugar específico: La Munda (Miranda, Cauca). La finca tradicional ha tenido un extenso desarrollo, una notable decadencia durante los últimos sesenta años, e incluso enormes transformaciones alrededor de lo que se produce dentro de ella.

Es importante reconocer que la finca tradicional, la forma en la que ha sido significada, las prácticas que la rodean y los discursos que la acogen no han estado allí siempre, ni tampoco de manera estática. Los contextos históricos han provocado múltiples transformaciones, siendo los últimos treinta años el periodo de tiempo en que se han dado las más fuertes transformaciones no solo en las formas de producción, sino en los discursos desarrollistas y étnicos que se mueven alrededor de ella.

Sin caer en el error de romantizar este espacio de relacionamiento social, debo reconocer que hoy la finca tradicional puede ser concebida como una alternativa al desarrollo que se promueve desde la economía capitalista; no solo porque lo que significa la conservación de la autonomía, sino porque estos espacios, como lo promulga la Ley 70, representan y ejercen una sana relación con la naturaleza, contrario a lo que se evidencia en los cultivos de caña de azúcar. El sostenimiento de las fincas tradicionales en medio de los extensos mares de caña que acaparan el paisaje del valle geográfico del río Cauca es todo un reto; las fumigaciones, las quemadas, la contaminación del agua y el acaparamiento de tierras continúan siendo después de cuarenta años las problemáticas a las que se enfrenta el campesinado negro de la zona plana del norte del Cauca. Es por esta razón que este trabajo de grado, y las siguientes páginas están dedicadas a una amplia descripción de la cotidianidad de un grupo de mujeres campesinas negras que habitan en la vereda La Munda, municipio de Miranda, que dedican su día a día a conservar un trozo de tierra sembrado en cultivos diversos, realizando prácticas que he documentado y analizo como resistencias cotidianas.

Capítulo II

Cultivando entre la caña. Transformaciones agrícolas e intercambio en la vereda La Munda

En mi mente no estuvo una idea de campesinado clara durante la mayor parte de mi vida, tampoco la posibilidad de pensar en cómo es la vida del campesinado negro que habita la zona plana del municipio de Miranda, mucho menos cómo es vivir y cultivar en medio de la caña de azúcar. La imagen de unas planicies con infinidad de caña de azúcar y sin aparentes problemas fue la postal que me acompañó durante veinte años; un norte del Cauca en el que el campesino y la campesina solo estaba en las montañas y no en medio de los mares de caña. En el norte del Cauca podemos identificar al menos dos formas particulares de cultivar la tierra. Por un lado, la agroindustria de la caña y, por otro, la finca tradicional. Los distintos momentos de transformación económica, laboral y paisajística, como lo he descrito en el capítulo anterior, permitieron varios procesos de poblamiento de gente negra, La Munda no fue la excepción.

Los efectos que ha producido la caña no fueron durante mis primeros veinte años un tema de interés o ‘algo’ que me preocupara, sin embargo, en 2015 fue un tema que llegó a mí luego de problematizar el paisaje, y que un par de mujeres oriundas de la vereda La Munda me permitieron desarrollar, además de impulsar varias preguntas alrededor de estas situaciones. La mayoría de estas preguntas se relacionaban con cómo, a pesar de las adversidades, vivían las campesinas y campesinos negros que habitan la vereda. Por supuesto, y como muchos al llegar a su lugar de campo, llegué a la vereda con un sinfín de imaginarios sobre su posible historia y condiciones, encontrándome con una realidad distinta en la que la pavesa²³, que me había molestado por años en casa luego de las quemadas y de que el viento la llevaba a ensuciar la sala de mi casa, era el problema menos importante.

Las presiones directas e indirectas producidas por la agroindustria cañera han marcado la historia del campesinado negro del norte del Cauca. La zona plana de Miranda no ha sido la excepción, y ha sufrido fuertes cambios producidos por la agroindustria azucarera, sin embargo, el impacto relacionado con algunas formas de presiones y/o controles indirectos se ha vivido de una forma

²³ Ceniza que se desprende de la caña durante las quemadas.

distinta y esto está directamente relacionado con la presencia de uno de los ingenios azucareros más grandes del país: el Ingenio del Cauca, ubicado en el corregimiento del Ortigal. La relación del municipio con los ingenios azucareros es bastante estrecha, por un lado, por los ingresos que genera INCAUCA al municipio, pero también porque se ha convertido en una enorme fuente de trabajo, incluyendo habitantes de las veredas que se “enfrentan” a los efectos adversos. El discurso alrededor del desarrollo y del impacto económico que genera la caña de azúcar está en muchos espacios, como en los tractores, en los vagones, en construcciones de escuelas y salones comunales. Sin embargo, uno de los espacios públicos más importantes que ha invadido este discurso está en los eventos de campesinado y del trabajo de la tierra, en muchas ocasiones financiados por los mismos ingenios.²⁴

La Munda, en el occidente de Miranda, en medio de los extensos cañales se encuentran algunas fincas tradicionales, no tan extensas, no tan variadas como las que los mayores guardan en su memoria. En esta calurosa vereda, algunas familias conservan la finca tradicional, la unidad de producción familiar aprendida de generación en generación. Estas fincas que aún se conservan no solamente significan un espacio en el que se cultiva para la venta, sino un territorio en el que se tejen una serie de relaciones familiares y sociales. Al mismo tiempo, la finca tradicional implica una serie de relaciones de reciprocidad en las que incluso yo he tenido un lugar.

El intercambio de cultivos es una de las prácticas que casi ha desaparecido en medio del fuerte capitalismo, pero ha sido una de las experiencias que la finca tradicional ha conservado. Sin embargo, este tipo de intercambios se han transformado con las prácticas agrícolas, con los conocimientos que han mutado a la par con la entrada del capitalismo y la expansión del monocultivo de la caña a remotas veredas en las planicies de Miranda. Estas prácticas relacionadas con el compartir y las formas en las que se desarrolla la economía dentro del campesinado están relacionadas con lo emocional y lo moral. Por esto, para mí resulta sumamente importante mostrar las formas en las que hice parte de estas prácticas y cómo mi posición como

²⁴ A pesar que este discurso alrededor del desarrollo y las relaciones con los ingenios no son el foco de esta investigación, es fundamental reconocer que los ingenios azucareros están presentes en diferentes espacios que involucran la finca tradicional y el campesinado negro. Los ingenios azucareros financian distintos espacios como encuentros del campesinado, proyectos productivos y ‘mejora’ de infraestructura en las veredas de la zona plana del municipio. Frente a esto, es importante reconocer que la relación entre campesinado e ingenio se da de una forma particular, es decir, que estas empresas aporten económicamente eventos, proyectos e infraestructura que involucra al campesinado, no implica que quienes trabajan la tierra y viven en medio de la caña desconozcan y sean críticos frente a las problemáticas asociadas a la caña de azúcar. Sobre esto, ampliaré más adelante.

amiga, pero también como miembro de una familia en particular estuvo relacionado con dichas emociones.²⁵

A finales de 2015, visité por primera vez con mirada de etnógrafa inocente y primeriza el mercado de Mingalerías²⁶, en el casco urbano de Miranda, un espacio en el me encontré con mujeres con las que seguramente ya había cruzado miradas sin mayor interés. Danny Luz, Luz Ayda Beltrán y Rosa Angélica Caicedo supieron quién era yo al momento de presentarme, supieron quiénes eran mis padres e identificaron de dónde venía. Ese primer día de visita al mercado, sin saberlo, sin tener alguna intención de realizar mi tesis en la vereda en la que estas mujeres cultivaban sus productos, inicié el trabajo de campo de lo que sería mi trabajo de grado.

Estas tres mujeres, a las que conocí en medio del mercado de Mingalerías, venían de una pequeña vereda al occidente de Miranda: La Munda. Entré por primera vez a la vereda en noviembre de 2016, directamente a conocer a Felisa Altamirano, una de las mujeres con más experiencia alrededor de la finca tradicional, una mujer mayor, alta, de voz fuerte y acelerada y manos duras de tanto trabajar. Como lo he mencionado páginas atrás: el parche de verde oscuro entre la caña, allí la finca continúa siendo más que un espacio de cultivo para la venta. Estas fincas tradicionales representan un cúmulo de emociones y tradiciones que se han sostenido y transformado a lo largo de los años, especialmente durante los últimos cincuenta años; sin embargo, también representan un sustento familiar e incluso social. Las fincas tradicionales logran entenderse como un espacio en el que se han facilitado el fortalecimiento de las relaciones sociales y familiares a través de prácticas como el compartir los productos que se cultivan en sus tierras. Una serie de experiencias que permiten evidenciar las distintas formas de valorar las cosechas que se recogen en la finca,

²⁵ Mi lugar en campo estuvo siempre mediado por mis relaciones familiares. Crecí en medio de una familia interesada por las organizaciones sociales, por el trabajo comunitario, por lo que mis apellidos no son desconocidos en ciertos espacios, incluyendo la vereda. Particularmente, el nombre de mi padre ha sido mencionado en la zona plana de Miranda durante muchos años. Su trabajo en el espacio que se llamó Corporación Esfera Azul le facilitó el desarrollo de trabajos relacionados con el campesinado de la zona, las mismas personas con quienes me encontraría más adelante. Desde este espacio, mi padre impulsó el desarrollo de proyectos productivos que involucraron la finca tradicional, por lo que su acercamiento con las familias se hizo más fuerte con el pasar del tiempo. Rosa, Felisa, Danny Luz, Juniel, Ancízar, personas con quienes me relacioné en campo conocían a mi papá antes de que yo entrara a la vereda, por esto, ser hija, estar relacionada con alguien que había creado relaciones cercanas con estas personas, produjo que la relación que yo construí posteriormente fuese distinta, y me permitiera ver el campo de otras maneras.

²⁶ Mingalerías es un mercado que se realiza cada quince días en el casco urbano de Miranda desde inicios de diciembre de 2013, y es organizado por el Cabildo Indígena de Miranda.

pensándolas más allá de una economía capitalista, y más bien ligada a lo que resulta “correcto” guiado por los sentimientos y la moral.

La finca tradicional dentro de la vereda La Munda, a pesar de ser bastante similar al resto de las unidades de producción familiar del norte del Cauca, ha tenido una historia distinta de evolución y decadencia, además de múltiples transformaciones agrícolas en distintos momentos. Este lugar también conforma un espacio de relacionamiento y de ciertas dinámicas particulares. Así pues, en este capítulo me dedicaré a narrar inicialmente el primer momento de transformación de la finca tradicional, y la forma en la que sus habitantes recuerdan la vereda, un proceso de evolución y decadencia distinto al de otros municipios del norte del Cauca. La segunda parte está dedicada a las prácticas agrícolas que se dan actualmente dentro de las fincas tradicionales de la vereda en relación con la agroindustria azucarera. Finalmente, el tercer apartado da paso a una descripción de la práctica del ‘compartir’, un ejercicio que evidencia las formas de relacionamiento y la reciprocidad que hay dentro de la finca familiar, y las formas en las que viví e hice parte de estas prácticas. Prácticas agrícolas y económicas que revelan cotidianidades y dinámicas que se asocian con formas de hacerle frente a los ingenios principalmente con un acto tan básico, pero tan difícil al mismo tiempo, como permanecer en la vereda a pesar de los fuertes impactos.

La Munda, del cacao a la caña

Después de un año de imaginar la vereda, sin poder visitarla, y de encontrarme con algunas dificultades relacionadas con la seguridad del camino que lleva a La Munda, Yoliman Beltrán, nieto de Felisa, me invitó a llegar a la vereda. La Munda es un espacio particular, la vereda en la que más se han conservado las fincas tradicionales en la zona plana de Miranda, espacios en los que la producción agrícola e incluso pecuaria es variada. Durante mi trabajo de campo tuve la oportunidad de visitar algunas de ellas, aun cuando no de manera tan profunda como hubiese querido, cada una con sus particularidades. Los espacios de producción normalmente son espacios heredados de las generaciones pasadas; sin embargo, no solo la tierra ha sido heredada, sino las mismas prácticas también lo han sido.

La Munda cuenta con una historia bastante amplia, aun cuando no extensa en tiempo, es decir, ha sufrido múltiples transformaciones durante poco más de un siglo. Al igual que muchos espacios habitados actualmente por gente negra, esta vereda constituyó un espacio de refugio y

una oportunidad para las generaciones siguientes de quienes fueron liberados pos abolición de la esclavitud en 1852. La historia del inicio de la vereda hoy es borrosa, solo queda en la memoria de quienes la escucharon en voces de los mayores que ya no están. La familia Altamirano hoy conserva parte de dicha historia, una historia contada de generación en generación y con inicios en cinco generaciones atrás.

Jeremías Altamirano fue, de acuerdo con los relatos, junto con su amigo Laureano Mina, quienes compraron un amplio terreno que luego sería dividido entre sus herederos. Jeremías Altamirano fue para sus hijos y nietos el propulsor de la finca tradicional en los predios de la actual vereda hasta su muerte en 1975. Con el paso del tiempo, su gran terreno, recordado por su amplia producción, se ha reducido enormemente dejando solo alrededor de media plaza²⁷ en la que doña Felisa Altamirano, su nieta, dedica su trabajo. La tierra de Jeremías, hoy Felisa la recuerda como un espacio extenso, alrededor de veinte plazas. Al ser heredados, los predios se redujeron y muchos de los herederos decidieron vender o sembrar caña. Josefina Altamirano, hija de Jeremías, entregó a sus hijos, nietos y sobrinos predios en los que pudieron construir sus propios hogares, y en los que habitan las nuevas generaciones.

Los relatos acerca de la historia y desarrollo de la vereda vienen de distintas voces, pero siempre hacia los mismos momentos. Una de estas voces es la de doña Rosa Angélica Caicedo, a quien conocí, como lo mencioné antes, en el mercado de Mingalerías, una mujer supremamente amable, alegre y generosa y con quien establecí mi relación más cercana en campo. A lo largo de los cuarenta y dos años que lleva en la vereda, ha presenciado las idas y venidas de los cultivos, la desaparición de otros y el fin de varias fincas tradicionales. Rosa llegó en compañía de su compañero de vida, Juniel, quienes fueron acogidos en casa de su suegra, doña Marcelina, quien para ese momento tenía su propia finca, espacio en el que Rosa pudo continuar con las prácticas agrícolas que había aprendido en Tierradura, vereda vecina en la que creció. Cada práctica relacionada con la finca tradicional hoy a Rosa Angélica le evoca profundos recuerdos de su abuela y tocaya, una mujer que le permitió desarrollar las habilidades por las que actualmente Rosa es reconocida.

²⁷ Una plaza equivale a 6400 m² o 0,64 hectáreas.

Al igual que varios de los habitantes de la vereda, Rosa recuerda una vereda con fincas; para 1979, año en el que llegó a habitar la vereda, recuerda cultivos de café, cacao, tierras productivas. “La gente sacaba a vender el plátano muy poco, porque cual más tenía su tierra y tenía sus frutales sembrados; había ganado, había muchas cosas que hoy en día son muy pocas personas que las tienen” (Rosa Angélica Caicedo, entrevista, 7 de enero de 2022). Rosa sembró lechuga, cimarrón, cilantro, berenjena, tomate y otras hortalizas, mientras su esposo se dedicaba al cuidado de su ganado, especialmente para la venta de leche. Para inicios de los ochenta, Rosa ya vendía sus pequeñas cosechas en la galería del municipio vecino de Corinto. Su primera venta sigue estando intacta en su memoria, allí vendió durante un par de años, tiempo en el que Rosa decidió ahorrar para la compra de su propia tierra.

El padre de su esposo les vendió una tierra que para ese momento había arrendado a otra persona, a solo un par de metros de distancia de la casa de Marcelina. Allí han permanecido por casi cuarenta años y ha sido el lugar en el que Juniel y Rosa han visto crecer a sus tres hijos, lugar en el que al igual que sus familias, han enseñado a las nuevas generaciones el trabajo de la tierra. Rosa y Juniel empezaron su vida en su tierra propia casi desde cero en 1983. Desde ese momento, Rosa recuerda los efectos de la caña, familias que vendieron o empezaron con la siembra de caña de azúcar y hoy no tienen nada que ofrecer a sus visitantes, un tema sobre el cuál profundizaré en el próximo capítulo.

En esas tierras Rosa y su esposo Juniel iniciaron con las siembras y cada día cultivaban más y nuevos productos. Para ese entonces, de acuerdo con sus relatos, se daba una lechuga grande y frondosa, una gran cantidad de frutas, especialmente cítricos. Los recuerdos de los mundeños están llenos de abundancia, abundancia de tierras y comida, épocas en las que cada familia tenía limones y plátano todo el tiempo, épocas en las que los cultivos de pancoger fueron tan abundantes que los compartían entre vecinos y familia.

Similar al caso de Rosa, Felisa Altamirano aprendió las prácticas agrícolas y el trabajo de la tierra de su abuelo materno, Jeremías; sin embargo, Felisa no solo adoptó las prácticas agrícolas de su abuelo, sino también la trasmisión de dichos conocimientos a las nuevas generaciones, convirtiéndose en la portadora de una tradición asociada a la tierra; Felisa ha enseñado a lo largo de sus pocos más de setenta años a varias generaciones de su familia, que incluyen hijos, nietos y sobrinos.

Para la época de más abundancia de cosechas, tanto Felisa como Rosa recuerdan las cantidades exageradas de frutos, los camiones repletos de plátano que salían de la finca de los vecinos Ballesteros y los incontables bultos de zapote que se cosechaban en los predios de la familia Mesú. Estas cosechas eran llevadas en su mayoría hasta CAVASA²⁸, otras llegaban hasta galerías y tiendas de municipios cercanos. Antes de tener sus propios cultivos, para esa época Juniel compraba y cosechaba en tierras ajenas para vender en el casco urbano de Miranda, compraba zapote, limones y naranjas. Actualmente Felisa recuerda una gran variedad de plátano que han desaparecido de la región, como manzano, liberal, cachaco, guineo, entre otros; cultivos que hace cuarenta años eran comunes y hoy se han convertido en exóticos.

A lo largo del primer capítulo mostré una serie de momentos en los que la finca sufrió transformaciones, su inicio, su estabilización y decadencia; sin embargo, no podría afirmar que ocurrió de la misma forma en Puerto Tejada, Villarrica y Miranda. Los relatos de los mundeños evidencian que la decadencia de la finca tradicional dentro de la vereda se dio de una forma distinta, la caña de azúcar y otros monocultivos llegaron en un momento distinto. De acuerdo a las narraciones de mayores y nuevas generaciones, a los relatos de Oscar Cárdenas, Rosa Caicedo y Felisa Altamirano, la caña de azúcar que a Puerto Tejada llegó con mayor fuerza en las décadas de los sesenta y setenta, arribó diez años después a la vereda La Munda, a pesar de que el Ingenio del Cauca fue fundado en 1963 en el actual corregimiento del Ortigal, a solo 13 kilómetros de La Munda.

La gente negra de Puerto Tejada y Villarica sufrió un despojo mucho más violento y repentino, y las fincas tradicionales se redujeron fuertemente en un espacio de tiempo bastante corto dando paso rápidamente a la caña de azúcar. Distinto fue el caso en La Munda, un espacio en el que el control sobre la tierra no se dio de manera directa. Esto no implica que dentro de esta vereda las fincas no se redujeran drásticamente, sino que el proceso de decaimiento se dio de una forma distinta. Es por esto que al iniciar mi trabajo de campo mi imaginario estaba relacionado con un despojo violento y control directo sobre la tierra, sin embargo, de acuerdo a los relatos este despojo tuvo que ver con presiones indirectas ejercidas por los ingenios, que, a fin de cuentas, al igual que Puerto Tejada y Villarrica, significaron la pérdida de tierras del campesinado negro.

²⁸ Central de Abastecimiento del Valle del Cauca S.A.

Para la década de los ochenta, la caña apenas se estaba asomando por las veredas vecinas, los cultivos predominantes en ese momento eran el café y el cacao que se daban en medio de enormes frutales, entre árboles de naranjos y plantas de plátano y yuca. El inicio de la decadencia de la finca tradicional se dio con el paso a la siembra extensiva de otro tipo de cultivos, los granos empezaron a predominar en las tierras en las que antes se desarrollaba la finca tradicional, y anterior a la expansión cañera en la vereda, dando inicio a la expansión de monocultivos en la región. Allí, como diría Michael Taussig: inició el fin del campesino libre. Familias como los Marín y los Tanaca empezaron con los cultivos de maíz, soya, millo y frijol, mientras aún personas como Rosa y Felisa trabajaban cogiendo café y cultivando en su tierra.

Felisa Altamirano recuerda bien la época, y manifiesta que además del cacao y el café, los cultivos que fueron ingresando con mayor fuerza a las fincas fueron el maíz, luego la soya y por último la caña de azúcar. La soya y el sorgo constituyeron en la zona plana de Miranda uno de los cultivos más rentables, y junto con el maíz dieron paso a la decadencia paulatina de la finca tradicional. Sin embargo, los monocultivos de granos que se expandieron poco a poco en la zona, además de ser productos para la venta, se consumían en los hogares, es decir, una parte de la cosecha se utilizaba para distintas preparaciones en las casas, como la colada de millo o los envueltos de maíz. Distinto sucede actualmente con la caña, pues esta no se consume en ningún porcentaje en los hogares.

Los primeros monocultivos, aun cuando a pequeña escala, fueron estos granos, que por distintas situaciones no se dieron adecuadamente, uno era reemplazado por otro, hasta que llegó la caña para quedarse. Jeremías Altamirano no fue ajeno a las transformaciones del paisaje en los municipios vecinos, de acuerdo con los recuerdos de su nieta, ‘algo’ en él ‘sentía’ que la caña llegaría a su vereda. La agroindustria cañera ya estaba bastante cerca cuando Jeremías Altamirano partió de este mundo, sin embargo, antes de morir, según Felisa, dijo: “cuando me muera, La Munda se va llenar de caña”. Estos eventos a pesar de continuar en la memoria de Felisa, son algo borrosos. Jeremías dejó a cargo de alguna de sus tierras a su hija Josefina, quien crió a once hijos, de ellos hoy solo quedan seis, entre ellos Felisa.

Como lo he mencionado, la finca anteriormente tuvo características distintas a las que hoy vemos. Los recuerdos de los mundeños hoy ilustran una finca en la que las gallinas y los cerdos caminaban en los patios de las casas y no eran alimentados con concentrados procesados. A

pesar de las transformaciones que ha sufrido la finca y su forma de producirla, se ha mantenido constante una de las características más importantes, pensar en ella como un espacio que no es solamente ‘finca’ sino casa, familia, plantas medicinales y prácticas culturales como el canto. Esto implica que la finca, incluso hoy, promueve una integración familiar, especialmente por medio del aprendizaje y la tradición oral.

Poco antes de que el monocultivo apareciera, primero los granos y luego la caña, la finca estaba inundada de cultivos de pancoger, se vivía de ella, de cultivos como el plátano, la piña, la yuca, el cacao, frutales y hortalizas.

En esa finca tradicional la gente encontraba que podía tener mucha variedad de productos que le servían para la canasta familiar, el cacao la gente lo secaba, luego lo tostaba y lo transformaba; hacían bolitas de chocolate. Lo mismo el café, se ponía a secar, la gente lo tostaba y sacaban para el consumo. Y la mayor cantidad de lo que producían lo vendían. Yo recuerdo que aquí entraban unos camiones a llevar los productos; aquí entraba un camión que se llamaba ‘La Flor’ (...) era del señor Alfredo Narváez, él recogía todo lo que salía de acá, una parte lo llevaban para Cali y otra parte se quedaba en Miranda. Esta comunidad siempre le ha aportado los productos agrícolas a Miranda (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

La finca ha pasado por distintas etapas relacionadas con el sostenimiento y cambio de cultivos. La escoba de bruja²⁹, famosa por deteriorar el cacao en la década de los ochenta en el norte del Cauca, fue el parásito culpable de terminar con estos cultivos en la vereda, endureciendo los frutos y secando las plantas. Frente a esto, muchos mayores han contado a lo largo de los años que esta decadencia llegó luego de que la caña iniciara con un proceso de expansión en los municipios y veredas vecinas que desplazó este parásito hacia las fincas, provocando que muchos campesinos vendieran sus tierras. De la misma forma ha sucedido con los desagües que son direccionados hacia las vías de acceso, deteriorando las carreteras y caminos, una vía de acceso principal que hasta hoy es carretera sin pavimentar. Estos

²⁹ De nombre científico *Moniliophthora perniciosa* (Stahel) Aime, la escoba de bruja es una plaga provocada por un hongo que afecta distintas plantas, entre ellas en cacao.

desagües también terminan en los predios, primero acabando con los monocultivos de granos, mientras al mismo tiempo deterioraron las fincas.

Para esa época gran parte de los campesinos vendieron sus tierras o iniciaron trabajo dentro de la agroindustria azucarera al ver la caña como una opción ‘más rentable’ a corto plazo. Luego de los granos, llegó la agroindustria, “se comenzaba a sembrar caña y la gente fue mirando eso, y fueron tumbando lo que es la finca y fueron metiendo lo que es la caña en estos espacios” (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

Los cultivos de granos que mencioné hace un par de párrafos también sufrieron las secuelas de la expansión cañera. Estos cultivos fueron desapareciendo poco a poco, especialmente porque el clima no permitía tenerlos todo el tiempo, “la gente sembraba y no llovía cuando necesitaba que lloviera” (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022). Además de esto, cuando la caña empezó a rodear la vereda, el agua que inundaba la caña empezó a ser dirigida hacia los cultivos de granos, acabando paulatinamente con estos, luego de que se empezaran a poner amarillos y se pudrieran. Este tipo de presiones indirectas fueron terminando con las grandes fincas, terminando con la posesión de tierra, “y sin tierra no hay producción” (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

Familias que en su momento conservaron grandes extensiones de tierras, con el tiempo se convirtieron en productores de caña o vendieron sus tierras a los ingenios o a terceros que llegaron interesados en sembrar caña de azúcar. Los Marín, por ejemplo, vendieron sus tierras y hoy están ocupadas en caña. Los Tanaca decidieron ser proveedores de caña al igual que los Narváez. Incluso una gran extensión de las tierras del recordado Jeremías Altamirano está sembrada actualmente en caña. Las familias de los Orejuela, Mina, Viáfara, Martínez y Betancur se han desplazado con el tiempo, dando paso a la caña en lo que fueron sus tierras.

A pesar de que las hortalizas y posteriormente los granos significaron una entrada económica para los mundeños, actualmente los árboles frutales son prioridad, aun cuando su número es bastante reducido. Esto se dio por una serie de dificultades producidas por la caña en otros cultivos, como por ejemplo la papaya que se ha dejado de sembrar como consecuencia de las fumigaciones aéreas con madurantes para el aumento de sacarosa en la caña. Felisa fue una de las campesinas más afectadas por esta práctica, luego de perder más de cien plantas al

inicio de las fumigaciones. En medio de los ires y venires de algunos cultivos, Felisa recuerda uno en especial, uno que fue una sorpresa para mí: el chontaduro. Durante un par de años, las enormes palmas de chontaduro adornaban el paisaje de la vereda; Felisa sembró algunas y se dedicó a la venta de chontaduro, sin embargo, no duró mucho.

Las fuentes hídricas han sido sumamente importantes en la historia de la vereda, tanto así que su nombre surge de una pequeña quebraba ya extinta que se llamó La Mundita. La quebrada de Aguablanca, al norte de la vereda, y el río Güengüé hacia el sur son sin duda las fuentes más importantes y con mayor predominancia en los relatos. De estos lugares se tomaba el agua para la cocina, las preparaciones, el aseo del hogar, además de ser el espacio de juego de los niños y jóvenes y el lugar en el que se lavaba la ropa y algunos cultivos que necesitaban ser lavados. De acuerdo con Rosa, Aguablanca era abundante y sobre sus aguas Juniel enviaba a Rosa las lechugas que cosechaban a la orilla, río arriba, para que ella las recibiera y no tuvieran que cargar con la cosecha al hombro. El nacimiento de Aguablanca hoy es fácil de localizar, en medio de la caña, pero rodeado de guadua, matarratón y nacedero que los mundeños sembraron luego de fuertes disputas con el ingenio Riopaila Castilla, dueños del predio en el que se encuentra el nacimiento. Aguablanca permitió durante años el riego de las fincas en tiempos de verano, y es uno de los pocos recuerdos que hoy permanecen de una época en la que, de acuerdo con Felisa, la zona eran humedales y existían grandes lagos naturales, un momento en el que la finca se complementaba con la pesca.

La Munda hoy, dinámicas de la finca

Luego de largas y pesadas lecturas, de extensos análisis sobre el campesinado y el trabajo en la tierra, pude entender que no todo el que trabaja la tierra es agricultor, ni todo el que vive en el campo es campesino. Las múltiples formas de relacionarse con el campo y el trabajo en él han atravesado mis visitas, mis inquietudes, mis preguntas. Si bien la vereda a la que visité por un tiempo conserva un número significativo de fincas tradicionales, la población y núcleos familiares son mayores al número de unidades de producción familiar. Esto quiere decir que no todos los habitantes poseen una finca y la trabajan. Algunos pobladores, núcleos familiares, han dedicado su trabajo en la tierra dentro del predio familiar más extenso, como el caso de la familia Altamirano. La Munda abarca un sinnúmero de particularidades alrededor del trabajo de la tierra, y

ha sufrido múltiples transformaciones que han inducido al mismo tiempo a estas particularidades que se relacionan al mismo tiempo con la pérdida de la tierra.

A quince minutos del casco urbano, a solo siete kilómetros del ‘pueblo’ y hacia el suroccidente, está La Munda, una pequeña vereda, que al igual que el resto de planicies de Miranda, vive o ‘sobrevive’ en medio del enorme mar de caña de azúcar que arropa el valle geográfico del río Cauca. Los caminos entre los cañales dan paso a la vereda que cada día parece más ‘abrasada’ por la caña de azúcar. A pesar de que existen otras formas de llegar, mi camino siempre fue el mismo: la salida por la PETAR para llegar en quince o diez minutos –dependiendo del estado de la vía– a la vereda.

En noviembre de 2016, después de algunas charlas, visité por primera vez la vereda. Las próximas visitas permitieron que me acostumbrara cada vez al paisaje, al camino, a todo lo que estos siete kilómetros representan, todo esto sin dejar de extrañarme por el ‘mismo’ paisaje en cada recorrido. Del centro cuadrillado del pueblo, diseñado hace poco más de cien años por Julio Fernández Medina, me adentro a otro tipo de cuadrículas: las de la caña de azúcar. Incluso, el último barrio que despide el casco urbano para darle paso a la *zona plana*, al suroccidente del municipio, deja asomar la historia de la caña, unas tierras donadas para la creación de viviendas de interés social: Suerte Cuarenta. Allí, en el fin de vía pavimentada relativamente nueva, inicia ‘otra Miranda’, una zona que parece desconectada, quizá aislada.

Tras cruzar el barrio, el camino hacia el occidente termina, y cruzamos hacia la izquierda, justo allí el olor de la PETAR llena el ambiente, el olor a residuos y desechos que a veces se mezclan con los aromas que destilan los bagazos de caña que quedan después de la recolección, justo antes de pasar El Guanábano, un viejo río que ahora solo tiene apariencia de caño. Esa vía, esos cañales que conducen a la vereda, desde la PETAR hacia La Munda, no han cambiado a lo largo del tiempo que he recorrido el camino. Caña a lado y lado de la carretera siempre, un par de árboles que refrescan el tránsito, la luz del sol que se cuele entre las ramas. Probablemente, lo único que varía del paisaje es el tamaño de la caña, el estado de la carretera destapada, a veces polvorienta, a veces tan resbalosa que resulta casi intransitable.

En el camino, durante las veces que lo transité, estuvo marcado en algunas ocasiones por encuentros con trabajadores de la caña acomodando los enormes tubos que riegan los

monocultivos, tractores sin carga (imagen 1), pero con varias personas en él, los vecinos de las veredas (imagen 2), y sobre todo tractores y mulas con vagones en los que transportan la caña, y detrás de ellos una enorme ola de polvo, o un enorme charco de barro. Tanto al inicio como al final de la vía que conduce a La Munda está arropada por árboles grandes, sin embargo, justo a la mitad del trayecto, cuando el camino empieza hacia el occidente, los árboles abandonan el camino y el sol pega directo en la piel. Allí, donde parece que solo hay caña, a mano derecha por el camino que conduce a la vereda aparece uno de los lugares más importantes: el nacimiento de la quebrada de Aguablanca (imagen 3). Este nacimiento ha sido protegido por la comunidad, han sembrado árboles y la famosa guadua que ayuda a conservarlo. Toda una sorpresa para mí pensar en un nacimiento de agua en medio de la caña.

Imagen 1. Tractor de arrastre de vagones sobre la vía Miranda-La Munda.



Fuente: Archivo personal Manuela León Rojas. 2020.

Imagen 2. Habitante de la región rumbo al casco urbano.



Fuente: Archivo personal Manuela León Rojas. Enero de 2022.

Al pasar el tiempo, este paisaje no se hizo distinto, sin embargo, seguido del nacimiento de Aguablanca, un camino a mano izquierda da entrada a la vereda, un espacio que sí cambió con los años. Un par de metros después del desvío, el plátano aparece a la orilla de la carretera, entre la vía y la caña que aún es abundante, también entre cañales se dan paso un par de matas de plátano y nacedero. Al seguir por ese mismo camino aparece lo que yo he llamado el “centro” de la vereda, el espacio donde están ubicadas la mayoría de las viviendas de este pequeño caserío.

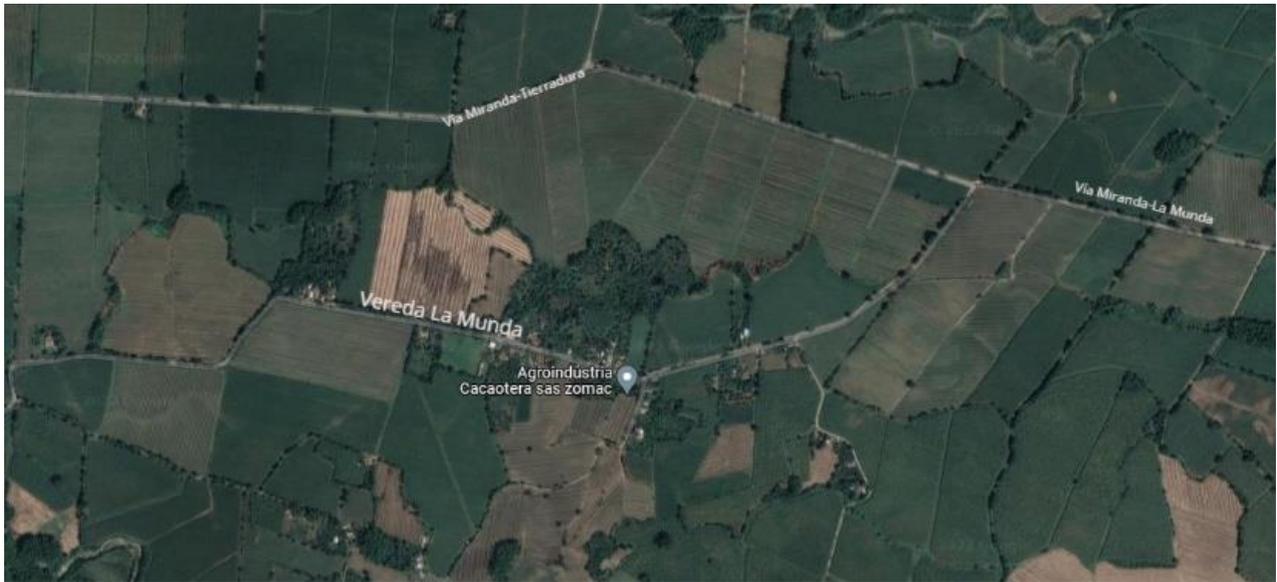
Imagen 3. Nacimiento de quebrada Aguablanca.



Fuente: Archivo personal Manuela León. Enero de 2022.

Primero aparecen un par de casas apartadas la una de la otra, el plátano y los árboles frutales, sobre todo cítricos, empiezan a predominar, mientras que la caña parece quedarse atrás, aun cuando ese ‘atrás’ es bastante literal. Un paisaje que se ha transformado fuertemente en los últimos años, la caña no siempre está del mismo tamaño, las vías a veces húmedas, a veces extremadamente secas; sin embargo, el crecimiento de la caña, su expansión parece constante.

Imagen 4. Vista satelital de la vereda La Munda.



Fuente: Google Maps. Enero de 2022.

Los árboles de mango, los naranjos y los almendros resaltan en el borde del pavimento y ofrecen sombra al iniciar el centro de la vereda, el espacio en el que las casas son más cercanas, tanto que la mayoría de ellas comparten paredes. Algunas casas son construcciones antiguas, con paredes de adobe y con techos altos, otras de paredes más bajitas pero siempre conservando ese frío que hace que las casas hechas de adobe sean más frescas. Este centro inicia, de acuerdo con mi concepción, en la casa de Ancízar Venté, al pasar un desvío que se dirige hacia el sur, con dirección al río, el mismo camino que lleva hacia el hogar de Rumel Caicedo, uno de los mayores que aún conservan su finca tradicional. Al inicio de este camino una virgen adorna la esquina justo al lado del hogar de Ancízar, y hacia el occidente, nos encontramos con uno de los lugares que dan vida a las dinámicas cotidianas de la vereda: la fábrica de Chocolates Chocotonga a

cargo de Yoliman.³⁰ Más adelante, siguiendo la carretera, a mano derecha aparece detrás de una cerca de guadua el hogar de Danny Luz Beltrán, casi enfrente de lo que fue el hogar de Juniel y Rosa cuando empezaron su vida juntos. Más adelante las casas están más juntas cada vez, a mano izquierda, entre varias casas, a solo tres metros del pavimento está la casa de Felisa, justo en frente está la escuela, y al lado la casa de Estela, una de las hijas de Felisa, quien prepara y vende en el mercado de Miranda las famosas galletas negras o *cucas*.

Una buena porción del centro de la vereda está distribuida entre la familia Altamirano, especialmente nietos y bisnietos de Jeremías Altamirano. Justo al lado de la casa de Alfa Altamirano, a mano derecha del camino, se asoma un camino entre los árboles que lleva al hogar de Rosa y Juniel, una casa detrás de una veranera morada. Continuando por el camino central de la vereda, están las casas de varios Altamirano, una de ellas, a lado izquierdo, es la de Oscar Emid, seguido de su casa está la de una de sus tías y más adelante la cancha de fútbol que colinda con un enorme predio de caña. Frente a la cancha está el parque Fela, construido no hace más de diez años y bautizado en honor a una de las habitantes más representativas: Felisa Altamirano.

A pesar de que las casas en este ‘centro veredal’ están bastante juntas, es detrás de ellas donde se conservan las fincas tradicionales, algunas se pueden ver a simple vista, otras al entrar por algunos caminos son más visibles. Los lagos en los que Ancízar siembra sus peces, se ven fácilmente al caminar por la vía que va hacia el río Güengüe. Sobre la vía que va hacia el hogar de Rumel, al lado izquierdo aparecen las ruinas de lo que fue el trapiche en el que se producía panela, el lugar en el que la caña tenía un significado distinto. Similar a la vista de los lagos de Ancízar pasa con la finca de la familia Altamirano, a cargo de Felisa, pues esta queda detrás de la casa de Alfa, al lado del camino que pasa a la casa de Rosa y Juniel. Al pasar por este camino, los lagos aparecen a lado y lado, a mano izquierda los de la familia Altamirano, a mano derecha los de Rosa y Juniel, una malla de alambre separa las fincas.

Todas las transformaciones de la producción agrícola y el paisaje que ha sufrido la vereda han dejado la mayor parte de sus tierras en caña para la producción de azúcar. Actualmente la vereda

³⁰ Esta fábrica o planta de procesamiento no existía la primera vez que fui a la vereda, sin embargo, en ese momento sí era uno de los emprendimientos que Yoliman tenía propuesto. Con el tiempo, este proyecto ha ido tomando más y más fuerza, al punto en que Yoliman pudo construir y equipar el lugar, no solo con maquinaria sino con personal; siendo su compañera de vida, Cindy, una de las personas que más apoya y aporta.

cuenta con cultivos de varios ingenios; por una parte, están las tierras propias de estos ingenios, por otra están las tierras en las que se cultiva la caña de quienes se han convertido en proveedores o quienes han alquilado. Los ingenios que hoy alteran las dinámicas de la vereda son los Ingenios del Cauca, Riopaila Castilla y La Cabaña. Y ha sido alrededor de la agroindustria cañera que la finca tradicional se ha ido moldeando, aun cuando no de la misma forma en todos los casos. Oscar Emid me sorprendió en el momento en que me comentó su relación con la caña, me habló de su propio cultivo de caña. Comúnmente, pensaba, o pienso, en la caña para la producción de azúcar y como propiedad de los ingenios, dejando de lado otras posibilidades, como el caso de Oscar. Oscar conserva un pequeño predio en el que siembra plátano y cítricos, pero también cultiva caña para la producción de panela. La caña la vende a los trapiches de Lucerna y Palestina en Bugalagrande y Candelaria, al centro y sur del Valle. Así pues, Oscar tiene una relación distinta con la caña, no solo porque la vende a otras plantas de procesamiento, sino también por la forma en la que su caña se sostiene, una forma distinta a la caña para producción de azúcar.

Desde mi experiencia, el único efecto de la caña que percibía era el de la molesta pavesa que ensucia constantemente las casas. Esta ceniza que se desprende de la quema de la caña se posa no solo en los pisos de las casas en las que aún hay fincas, sino también en las frutas y hojas de cada árbol. Las quemas afectan de distintas formas de acuerdo a las familias y la ubicación de las fincas y cultivos. La finca de Rosa, por ejemplo, está rodeada de otros predios en los que no hay caña, sin embargo, familias como los Altamirano sí están rodeados de caña que incluso ha sido sembrada por miembros de la familia. En el caso de Rosa, el efecto más fuerte de las quemas llega con la pavesa que se cuele por entre el techo, llega a las frutas, el patio y la ropa colgada sobre las cuerdas de alambre en el patio de su casa.

Las fumigaciones con glifosato para la maduración de la caña han producido fuertes daños en los cultivos de la finca tradicional e incluso sobre la salud de quienes viven cerca de los cultivos de caña; debido a que este tipo de químicos llegan a los frutales, de acuerdo a los relatos de los campesinos, estos pierden sus flores. Una de las señales de los efectos de la fumigación, además de la pérdida de la flor por la maduración apresurada, es el ‘encrespamiento’ de las hojas de los árboles. Rosa me ha comentado un par de veces con preocupación que los frutales y maderables ya no perduran el tiempo que se sostenían anteriormente, pierden su color, se ponen amarillos y

se van secando paulatinamente debido a las fumigaciones aéreas que esparcen con el viento el madurante sobre los cultivos de las fincas.

Aun cuando el tiempo, la economía y el cambio climático ha dejado grandes huellas sobre la producción agrícola y la composición de las fincas tradicionales, actualmente conservan uno de sus elementos más característicos: la variedad de cultivos. Gran parte de la discusión con las extensiones de caña de azúcar radica en que este sea un monocultivo, contrario a la finca tradicional, donde el policultivo prevalece. Sin duda alguna, las plantas de las que crecen los racimos de plátano son las más comunes en las fincas de la vereda, algunas de estas plantas se han convertido en una especie de cerco que marca el límite con la caña, el plátano se siembra hasta donde la caña lo permite, en las orillas de la carretera, entre una *suerte*³¹ y otra de caña. Al igual que el plátano, hay otro tipo de árboles, hortalizas, legumbres y plantas que son propios de las fincas, como la guayaba pera, el mango y cítricos como la naranja y la mandarina.

Similar a las dinámicas de hace cuarenta años, los ‘excedentes’ de las fincas son comercializados en los distintos mercados, como Mingalerías, pero también en los supermercados y galerías de los pueblos vecinos. Rosa, por ejemplo, lleva más de treinta años vendiendo en la galería de Miranda luego de trabajar durante un tiempo en Corinto. En estos espacios se forma una clientela particular, cada sábado o cada domingo son visitados por las mismas personas. Similar sucede en Mingalerías, un espacio en el que Rosa y las hermanas Beltrán han establecido relaciones con sus compradores constantes, con quienes han desarrollado una relación cada vez más cercana. Es en estos espacios donde se hacen visibles los afectos con los clientes, guardar ciertos productos o añadir una *ñapa* hace parte de las prácticas que se dan en el mercado.

La mayoría de cultivos se dan por cosecha, sin embargo, algunos frutos como la naranja y el limón dejan una tenue cosecha que es constante, “de manera escalonada”, como lo menciona Rosa Angélica. Para muchos, como Rosa y Yoliman, recuperar algunos cultivos es fundamental. Esta preocupación ha provocado que Yoliman, tataranieta de Jeremías Altamirano, haya iniciado un proceso de fortalecimiento del cultivo de cacao y su transformación, lo que le ha dado un espacio sumamente importante en la producción de

³¹ De acuerdo con Cenicaña, una suerte es “es la unidad parcelaria en que se divide una hacienda, finca o predio sembrado en caña de azúcar; por lo general, tiene forma regular y se encuentra delimitada por callejones, carreteras y canales, cuya superficie puede abarcar desde 1 hasta 25 ha, o más” (Cruz y López 1995: 85).

chocolate por medio de Chocotonga, la empresa y marca de chocolate ya mencionada. De la misma forma en la que Yoliman se ha interesado por la recuperación del cacao, Juniel ha desarrollado más recientemente un interés por retomar el café que se dio hace décadas en medio de los enormes árboles maderables y frutales, por esto ha iniciado su propio semillero de café variedad Castilla.

En algunas familias, la producción pecuaria continúa teniendo un lugar sumamente importante. Rosa y Juniel, los Altamirano y los Venté, por ejemplo, se han dedicado en los últimos años al cultivo de peces como la tilapia roja y la cachama, además de las gallinas ponedoras y los cerdos. Contrario a mi imaginario sobre la producción pecuaria dentro de la vereda, me sorprendí al ver vacas pasar por la calle que atraviesa el centro de la vereda; el ganado se conserva, aun cuando en cantidad menor y por una o dos familias, las vacas deambulan por los caminos que hay entre cañales y sobre la vía que atraviesa la vereda.

Distintos tipos de guayaba predominan en las fincas actualmente, guayaba manzana, arazá y pera, siendo la guayaba manzana el cultivo más rentable para ventas, aun cuando demanda buena parte del tiempo que los campesinos y campesinas dedican a su finca. La guayaba ha sido al mismo tiempo uno de los cultivos más problemáticos, para el caso de la guayaba pera. Hace un par de años, quizás dos, en medio de una conversación con Felisa saltó el tema sobre las falsas expectativas que crean entidades externas frente a la producción agrícola en la zona plana de Miranda. En esa conversación, mientras Felisa revisaba algunas semillas que guardaba hace tiempo en una bolsa de tela, me comentó sobre un caso en particular: INCAUCA había llegado creando falsas expectativas a la vereda. El vecino Ingenio del Cauca incentivó la siembra de amplias extensiones de guayaba pera, entregó la semilla, Felisa desmontó y derribó algunos cultivos de su finca para la siembra de los árboles de guayaba, sin embargo y a pesar del compromiso, INCAUCA no regresó y no se hicieron cargo de la compra de los frutos.³² Similar a este caso han sucedido otros, con empresas, entidades públicas y privadas, el apoyo intermitente al campesinado, promoviendo la siembra de algunos cultivos en proporciones mayores a los que suelen tener en las fincas. A la vereda han llegado distintas organizaciones, como Vallenpaz, sin

³² El Ingenio del Cauca no solo se dedica a la producción de azúcar morena, blanca y refinada, sino también a la producción de algunos confites, el bocadillo de guayaba es uno de ellos.

embargo, los frutos no han sido suficientes. Ha habido problemas con las semillas, y el incumplimiento de compras.

La relación con los ingenios es bastante cercana, y no necesariamente porque se siembre caña, sino porque la caña rodea la vida de quienes habitan la vereda. El proceso de quema en los cañales se da en distintos momentos del año, de la misma forma se dan las fumigaciones, dado que no toda la caña es sembrada al mismo tiempo. Esto tiene que ver justamente con la razón por la cual el valle geográfico del río Cauca se convirtió en el lugar perfecto para la siembra de caña, y es que su clima permite una cosecha constante. Es por esto que la caña de azúcar se siembra de manera escalonada, lo que quiere decir que los cultivos de caña están en momentos distintos. Sin embargo, los ingenios no solo aparecen en los paisajes de caña, sino también en las vías con los trenes cañeros, e incluso en la reparación de las mismas. Pero estas formas en las que los ingenios ‘llegan’ al campesinado, además de evidenciar un control sobre la tierra, evidencia ciertas relaciones de poder y de acaparar poco a poco la tierra y la producción del campesinado negro.

Si bien históricamente el trabajo del campesinado ha sido sumamente difícil, durante los últimos años las distintas situaciones han provocado que la vida del campesino en el contexto colombiano se dificulte aún más. Hoy los predios que fueron de hasta veinte plazas, se reducen a un cuarto de plaza, media o una plaza; se continúa la venta hacia afuera, los supermercados del municipio e incluso hasta CAVASA. Hay gallinas, peces, ganado. Actualmente, el predio más extenso sembrado en finca está a cargo de la familia Arsayuz, quienes conservan alrededor de dos hectáreas, un número bastante reducido teniendo en cuenta las extensiones de tierra que tuvieron los campesinos cinco décadas atrás. Muchos campesinos y campesinas, hijos, sobrinos, nietos de quienes vendieron sus predios salieron de la vereda hacia la ciudad en busca de otras oportunidades, o simplemente porque se quedaron sin tierras, sin embargo, se enfrentan a una serie de dificultades, y al igual que gente negra de otros contextos del norte del Cauca, se instalan en barrios marginales de ciudades como Cali.

Como muchas campesinas y campesinos, las labores de Juniel inician temprano, con el sol e incluso antes que él, normalmente su compañera de vida, Rosa, lo acompaña en las labores de la finca, pero en distintas actividades, sin embargo, los últimos años la compañía de Rosa ha disminuido por problemas de salud. Para 2019, 2021 y 2022, Rosa apoyaba a Juniel desde las labores del hogar. La mayor parte de los días de trabajo Rosa se levanta muy temprano para que

Juniel pueda comer algo rápido antes de irse al trabajo; mientras tanto ella se dedica a hacer lo que alcanza, algunas labores del hogar, el desayuno y el almuerzo en compañía de su nieta Sharit. Rosa Angélica siempre fue de acuerdo a mi visión una mujer sumamente activa; en mis visitas siempre estaba haciendo alguna labor, preparando el plátano para el vinagre o la harina, poniendo a secar cúrcuma para luego molerla; sin embargo, ningún trabajo dentro de casa que fuera tan agotador como hacer dulce de guayaba. Mientras Rosa se recupera Juniel es quien se encarga de las cosechas, de subir todo a la carretilla y llevarlo a los mercados, de vez en cuando con ayuda de su hijo Yudier.

En uno de mis días de campo, a inicios de 2022, cuando Rosa apenas se recuperaba del dolor en su pierna que casi la inmovilizaba estuve haciéndole compañía, un día en el que pude notar las formas en las que la cotidianidad se ve afectada. Ese día, un sábado, Juniel salió antes de las cinco de la mañana sin que Rosa se diera cuenta. Mi llegada fue a eso de las ocho de la mañana, cuando Rosa Angélica apenas se despertaba de una noche bastante agotadora pues el dolor en su pierna y la preocupación por una úlcera que parecía extenderse no la dejaban dormir por esas noches. Rosa, que antes se levantaba para ir temprano al mercado con su esposo, a vender en espacios separados, ahora lo espera en casa, mientras se sienta a charlar y eleva su pierna para calmar el dolor. Ese día, acompañé a Rosa todo el día, a las diez de la mañana, mientras conversábamos vi llegar a Juniel en la carretilla, antes de entrar la *descarga*, deja la carreta en la entrada de la casa y lleva su caballo a uno de los potreros que rodean la cancha de la vereda, a unos doscientos metros de su casa. Al llegar, Rosa recibe a Juniel con un desayuno, él descansa un rato y retoma las labores en la finca. Así transcurrieron los días sábados durante el tiempo en que Rosa estuvo incapacitada, Juniel se encargó de su puesto en la galería, pero reemplazó a su esposa en Mingalerías a petición de ella.

A pesar de que la finca y su hogar es compartido por Juniel y Rosa Angélica, las labores de la finca y los cultivos normalmente no son en compañía. Cada uno se encarga de ciertos cultivos, por lo que también se distribuyen la venta e incluso las ganancias de dichas ventas. La guayaba manzana que crece protegida por bolsas transparentes en los pequeños árboles de 1,5 metros es propiedad de Rosa y es, como lo dije antes, su cultivo más rentable. Rosa se encarga de sembrarla, *enchusparla*, cosecharla y venderla en los mercados a los que asiste, lo mismo sucede con la cúrcuma. Por otro lado, Juniel se dedica especialmente a la siembra, cosecha y venta de

plátano. Sin embargo, hay cosechas que comparten y en las que las labores son compartidas, como el cilantro y los cítricos. Ambos se han dedicado a la venta de sus productos en la galería principal de Miranda, en el casco urbano los sábados³³ y domingos. Además, a pesar de que van juntos y comparten carretilla en su desplazamiento de la finca a la zona urbana del municipio, Juniel y Rosa tienen puestos de venta distintos en la galería, incluso sus compradores no son los mismos y dentro de ese espacio permanecen distantes.

Sin embargo, durante los dos últimos años Juniel ha tenido que encargarse de muchas de las tareas de su esposa. Rosa ha venido sufriendo de una condición en la piel que aún no ha podido ser diagnosticada, y que le ha obligado a permanecer quieta a una mujer que es supremamente activa. Entre 2019 y 2020 Rosa estuvo en cama por una gran úlcera en su pierna derecha, justo en la canilla, demoró más de año y medio en sanar, para finales de 2021, la úlcera regresó, pero esta vez a su pierna izquierda.

Distintos eran los días en los que Rosa participaba del mercado. Rosa se apropió de su espacio en Mingalerías, el mercado al que asistía sin falta dos sábados al mes, Juniel no vendía dentro de este espacio. Rosa Angélica acomodaba, igual que el resto de vendedores, su propio lugar, una base fuerte metálica pintada de verde, y sobre ella canastas plásticas de un verde más oscuro y marcada con el mismo nombre del mercado. Mingalerías, a diferencia del mercado en la galería municipal, exigía unos horarios específicos, horarios que Rosa ha cumplido sin falta, a las seis de la mañana ya estaba instalada en el mercado que atravesaba la carrera quinta, afuera de las oficinas del cabildo indígena de Miranda. Similiar al mercado municipal, en Mingalerías estableció relaciones con los vendedores, y desde las seis de la mañana, cuando el sol se asoma por la cordillera central, Rosa ya estaba vendiendo sus productos y a medio día se empezaba a organizar para despejar la vía. Mientras Rosa Angélica vendía en Mingalerías, Juniel vendía en su propio lugar en la galería municipal mientras su caballo lo esperaba a una orilla de la carretera. Después del día de mercado, Rosa y Juniel regresaban a su hogar juntos.³⁴

³³ Rosa asiste un sábado a la galería y el siguiente al mercado de Mingalerías.

³⁴ Para 2022, cuando escribo estas líneas Rosa Angélica continúa en proceso de recuperación de su pierna, un proceso que, a pesar de doloroso, ha sido mucho más rápido que su recuperación anterior, tres años después no ha podido tener un diagnóstico que le permita saber qué sucede en su piel. Rosa espera regresar muy pronto a las labores de la finca y el mercado.

Los días domingos, ambos se dedicaban al trabajo en la galería. El día transcurría de manera similar, sin embargo, no cumplían horarios establecidos, los horarios dependían de sí mismos y las ventas que se realizaran a lo largo de la mañana. El domingo normalmente se aprovechaba para hacer sus propias compras en el *pueblo*. Rosa tenía un lugar de venta al final de la segunda 'sala' de la galería, después del espacio en el que se dedican a la venta de carnes. En este espacio, el puesto de venta es distinto, un mesón de cemento cubierto de pintura de aceite blanca y verde es el espacio en el que Rosa acomoda sus productos. Mientras tanto, Juniel, casi al final de la construcción, en el último espacio de la galería vende enormes racimos de plátano sobre el suelo. Normalmente ambos terminan sus ventas por el mismo tiempo, y después de hacer algunas vueltas en el pueblo, regresan a la vereda al caer la tarde. Normalmente, y a diferencia de las dinámicas festivas del caso urbano, el día de fiesta para Rosa y Juniel es el domingo después de las ventas, y el lunes es el día de descanso.

A diferencia de varias familias en la vereda, Rosa y Juniel no son herederos, a pesar de que la mujer que crió a Juniel vivía en la vereda y acogió a la pareja durante un tiempo. Ambos decidieron tener su propia tierra, por lo que compraron al padre de Juniel una pequeña porción de su predio. La finca que hoy me encuentro ha sido el producto de un largo trabajo. Como lo mencioné hace algunos párrafos, su hogar se esconde tras un arco de veranera morada, aun cuando no ha estado siempre; su casa, hecha en ladrillo es un largo pasillo en el que viven Rosa, Juniel y su nieta Sharit de trece años, a quién he visto crecer los últimos años. El pasillo que atraviesa la casa desde la entrada hasta una puerta trasera lleva a lo que yo pienso es uno de los espacios más importantes para Rosa Angélica: el fogón. Rosa ha sido reconocida por algunos productos procesados que prepara ella misma, elaborados de las cosechas de la finca: la harina de plátano y el vinagre de guineo son dos de ellos; sin embargo, los más apetecidos por quienes le compran son la cúrcuma y el dulce de guayaba hecho en paila de cobre.

Imagen 5. Rosa y compañía ‘sirviendo’ dulce de guayaba en su molde.



Fuente: Archivo personal Manuela León Rojas, Febrero de 2020.

Alrededor de su hogar, de la casa que han construido y organizado con el pasar de los años, crece la finca. En 2017 empecé a visitar a Rosa y Juniell, para ese momento los lagos en los que crían peces estaban en otro lugar y la veranera que hoy adorna la puerta de su casa no existía, el paisaje de la entrada de su casa está en constante cambio y algunos cultivos también. Al inicio de mis visitas, Rosa criaba bagre en los lagos, hoy la cachama es el cultivo de los dos lagos que tiene a mano derecha del camino que da paso a su casa. Los lagos están entre matas de plátano, y los patos constantemente nadan entre las cachamas. Hacia el lado derecho de los lagos y detrás de la casa, es decir, hacia el oriente y el norte inicia el paisaje de árboles y cultivos. Las dinámicas de la finca de Rosa y Juniell se dan de una forma distinta a las demás unidades de producción familiar dentro de la vereda, y esto está directamente relacionado con el hecho de que su finca no está rodeada de caña. Sin embargo, y a pesar de que no esté siendo abrazada por la caña de

azúcar, a los predios y cultivos de Rosa sí llegan algunos impactos de caña, especialmente las fumigaciones.

A pesar de que existan cultivos más predominantes que otros, la forma en la que la familia siembra no implica tumar árboles maderables o grandes frutales; todos los cultivos conviven. Algunos de los árboles que ofrecen más sombra son los mangos, el árbol de pan y los zapotes distribuidos por la finca, bajo su sombra crecen los 150 arbolitos de guayaba manzana que suplen buena parte de la renta básica de la familia; de la misma manera, aun cuando en menor cantidad, crece la guayaba pera, el plátano, el banano y los cítricos. Justo detrás de la casa, en el patio por el que corren y cacarean las decenas de gallinas de patio, está la huerta en la que crece la cebolla larga, el cebollín, cilantro, hierbabuena, cúrcuma, cimarrón, manzanilla, perejil y a veces lechuga. Y alrededor de la huerta, varias plantas de sábila y de jardín, es un ‘patio’ florecido. Allí, en ese patio también construyeron un secador para las semillas de cacao, un planchón de malla metálica muy fina sostenido por varios tarugos³⁵ de guadua, y sobre él un plástico ‘transparente’ que con el tiempo se ha tornado amarillo; al igual que el resto de la estructura, el plástico es sostenido por cortes de guadua más finos que le dan forma de semicírculo. En el patio y alrededor de la finca crecen algunas de las plantas más importantes para Rosa: las medicinales. Aun cuando la mayoría de plantas no son de uso exclusivo medicinal, para Rosa conservarlas por su uso curativo es muy importante. Sin embargo, durante los últimos tres años, la salud se Rosa ha estado afectada por una condición en su piel, por lo que ha recibido la ayuda de su esposo en los espacios de trabajo, incluyendo la finca.³⁶ Al mismo tiempo, Rosa recibió acompañamiento y apoyo de algunas de sus vecinas, especialmente Alfa y Felisa Altamirano, quienes constantemente la cuidaron. Similar sucedió con Felisa, cuando en 2019, luego de un accidente tuvo que guardar reposo, por lo que su hermana Alfa la apoyó en el trabajo relacionado con la finca. Momentos que permitieron el fortalecimiento de su vínculo de amistad y familiar.

Este tipo de situaciones permiten evidenciar que la finca tradicional es un espacio compartido en el que el trabajo familiar y la transmisión de conocimientos es sumamente importante. Por esto mismo, Rosa y Felisa han desarrollado la tarea de enseñar a su hijos y nietos; en el caso de Felisa, su hijo Leyver ha aprendido las labores de la finca y en cada visita ayuda con amplio

³⁵ Troncos.

³⁶ Estas formas de trabajo están presentadas de manera más amplia en el siguiente capítulo.

conocimiento las labores de su madre. De la misma forma, Felisa ha dejado huella en la vida de nietos y sobrinos que hoy cultivan, entre ellos Oscar y Yoliman. Por otro lado, Rosa y Juniel enseñaron a lo largo de su vida a sus tres hijos a cultivar, sembrar y cosechar; trabajo que continuaron con sus nietos, especialmente con Sharit, quien los acompaña a diario y quien ha adquirido prácticas de sus abuelos.

La finca tradicional es un espacio que ha permitido la conservación de prácticas que se consideran tradicionales, asociadas a las prácticas agrícolas. Mientras al mismo tiempo se convierte en un espacio familiar en el que convergen situaciones y prácticas asociadas a la familia. La finca entendida como unidad de producción familiar es justamente parte de lo que podría considerarse, en términos de Woortmann (2018), la tierra como un patrimonio familiar, la tierra como un espacio que va más allá de una mercancía que se relaciona con la producción para la venta. El paso de un campesinado negro a lo que Mateo Mina (1975) llamó ‘esclavo asalariado’, significa una ruptura en las prácticas y las formas de concebir la vida del campesino y las formas en la que la economía campesina se mueve. Es preciso mencionar, que al igual que otras veredas y municipios, dentro de la vereda también hubo un proceso de proletarización del campesino negro, de hecho, un buen número de estos proletarios mantienen relación con la vereda.

La relación del campesinado mundeño con el mercado exterior y capitalista se da dentro de los espacios de comercio, de mercado. En muchas ocasiones, sin que la Munda sea la excepción, un buen número de campesinos dejan su trabajo en la tierra para dedicarse al comercio de manera exclusiva, dejando de lado una forma particular de economía asociada a los valores morales, sobre lo cual ampliaré en el siguiente apartado. A pesar de esto, el mercado y el comercio también podría incluirse como una forma para acceder a la tierra. Para evidenciar este tipo de situación está el caso de Rosa, quién se dedicó a la venta en la galería del vecino municipio de Corinto para lograr adquirir su propia tierra. Así pues, producir para el mercado no es un quiebre directo con el trabajar la tierra y ser campesino o campesina. Sin embargo, conservar estas tradiciones es sin duda una forma de sobrevivir a las transformaciones económicas que ha sufrido y sufre la región.

La caña de azúcar y la forma en la que estos cultivos se sostienen han dejado huellas sobre la finca tradicional a lo largo de los últimos treinta años especialmente. Hace un par de párrafos,

en los relatos de algunas personas, se evidenciaban las primeras afectaciones relacionadas particularmente con el desplazamiento de plagas hacia los predios de los campesinos. Si bien la historia cuenta que estos desplazamientos fueron intencionales, las fumigaciones de los cañaduzales provocan el traslado de plagas, hongos y parásitos hacia las fincas, siendo o no intencionales. Frente a las fumigaciones la comunidad ha optado por dejar de sembrar los cultivos más delicados, entre ellos la papaya; no es común encontrarse con un arbolito de papaya entre la vereda, entre las fincas, esto es porque los madurantes los queman. Por supuesto, frente a estas fumigaciones y todo lo que asumen, Rosa opta por *enchuspar* los frutos que dan sus numerosos árboles de guayaba manzana.

Por otro lado, las quemas también han significado un reto, no solo por la pavesa, ya que para quienes viven rodeados por caña es imperativo vigilar las quemas que se realizan cuando la caña lleva un año de maduración de la planta. Comúnmente, ya se tienen en cuenta las posibles fechas de quema de la caña, justo para prevenir daños sobre la finca. La quema debe realizarse desde los límites con los predios del campesinado para que el fuego logre tomar camino hacia adentro del cañaduzal, puesto que si se hace desde el centro del cañal el fuego puede ser guiado por el viento hasta consumir los bordes de la finca que este a su lado; un evento que ya ha sucedido en la vereda, dejando pequeños daños en los linderos.

Estos efectos de la caña sobre las fincas la han deteriorado paulatinamente. Es claro que los ingenios azucareros se han apoderado de casi todo el territorio norte caucano con todo lo que esto implica, incluyendo las tradiciones y las prácticas agrícolas asociadas a la finca tradicional. Sobre esto, es fundamental reconocer y darle un espacio a quienes aún conservan un pequeño espacio en el que predominan los policultivos. A pesar de que los predios sean cada vez más pequeños, incluso yo he podido notar la disminución en los últimos cinco años, La Munda continúa siendo una de las veredas que conservan un buen número de fincas en Miranda. Por supuesto, municipios como Puerto Tejada y Padilla conservan actualmente un mayor número. Frente a esto, es importante reconocer que aun cuando las condiciones no son las mejores y las presiones indirectas de la agroindustria azucarera, continúan en pie algunas fincas.

Las dinámicas cotidianas de las campesinas y campesinos negros que habitan y han habitado durante años la vereda, se han visto afectados por las distintas formas en las que la agroindustria llega a sus vidas. Por supuesto, estos cambios no iniciaron con la siembra de caña, las

afectaciones de los monocultivos llegaron hace más de tres décadas atrás, cuando el sorgo, el millo y la soya llegaron a la región y la vereda. Desde luego, la relación que hubo con los granos fue distinta, un poco menos invasiva. Pero fue con los granos con los que la finca tradicional empezó a decaer.

Por supuesto, cultivar en medio de la caña implica un reto sumamente grande. Los efectos de la caña, sobre todo las fumigaciones, han arrinconado y provocado la desaparición de algunos cultivos de la finca tradicional. Las quemas son una molestia constante para quienes se encuentran en los límites con la caña, y por supuesto, para quienes reciben el humo y las cenizas. Sin embargo, estos efectos directos de la caña son mínimos si los comparamos con lo que implica ser campesino y vivir del campo en un contexto en el que el trabajo del campesinado no es remunerado como ‘debiera’. El campesinado que hoy conforma la vereda, como lo mencioné antes, sobrevive a unas transformaciones paisajísticas y económicas que lo afectan directamente, es por esto que es en su día a día, en su cotidianidad donde se expresa la forma de hacerle frente a la expansión cañera, sin ser necesariamente una acción colectiva. Estas tradiciones y la conservación de las mismas, como diría Woortmann (1990), es una recuperación del pasado que constituye posibilidades para el futuro, resistiéndose al desplazamiento de la tradición que ha implicado en los últimos años la decadencia de la finca tradicional y el campesinado. En este punto, es fundamental pensar en la tradición como continuidad en la transformación, y la posibilidad de que la tierra perdure con un valor moral y como el fuerte de la resistencia.

La caña significa y ha significado para muchos una entrada económica más rentable, especialmente porque no demanda tanto trabajo como la finca tradicional. Además, su venta genera más ingresos. Es por esto que aún hoy la finca continúa en un proceso paulatino de decadencia. A pesar de estas situaciones, estas familias que he ido mencionando continúan con el trabajo alrededor de las fincas y la tradición, e incluso se han dedicado a su fortalecimiento y el de algunas prácticas, como el compartir. Prácticas asociadas directamente con la economía campesina y con formas específicas de pensar dicha economía.

La finca, un espacio para compartir

Durante gran parte de mi vida escuché la frase “compartir es el secreto de vivir”, sin embargo, durante la mayor parte de ella no entendí todo lo que podría significar el ‘compartir’ dentro de

distintos contextos. Entre 2015 y 2022 he tratado de reflexionar sobre ello en distintos espacios: un mercado, mi hogar, los espacios de mi trabajo de campo. ¿Qué significa compartir? ¿A quién y con base a qué se comparte? ¿Qué se puede compartir? ¿Cuáles son las relaciones que permiten que compartamos o no bienes materiales y conocimientos? Estos interrogantes me han permitido pensar en el espacio de la finca y las dinámicas que se mueven dentro de ella, así como en las formas en las que se construye la economía campesina.

Este tipo de prácticas no tuvieron mi atención hasta que la antropología entró en mi diario vivir, fue el trabajo de campo y las relaciones con las personas lo que me dio paso a cuestionar y reconocer el valor de dichas prácticas, el intercambio, el trueque, el compartir ha ido sin duda una de las que más ha adquirido mayor valor en relación con mis reflexiones. Frente a esto, durante mi trabajo de campo he pensado en la forma en la que las personas abrieron sus puertas, sus cercos, sus vidas para que yo pudiera conocer, sentarse conmigo a contarme sus historias, compartir lo que cultivan y sus conocimientos. Con el pasar del tiempo me di cuenta del papel tan importante que juega la finca tradicional alrededor de esta práctica, entendida no solo como un compartir de algo material, allí, en medio de los platanales, de los lagos y los cítricos se tejen relaciones emocionales que promueven el compartir frutos y conocimientos asociados a la finca.

Las relaciones afectivas que surgen en los espacios rurales se forman de tal manera que los lazos se fortalecen y todos acaban siendo ‘familia’. En mi trabajo de campo fue común escuchar a uno y otro mencionar: “primo”, sin hacer referencia necesariamente a los lazos consanguíneos. Sin embargo, el parentesco está sumamente relacionado con las razones por las cuales se comparte. El término primo no solamente alude a quienes tienen una relación consanguínea, sino a quienes visitan, a quienes son cercanos. Mis relaciones familiares tuvieron mucho que ver a la hora de entrar a campo y permanecer en él, sin embargo, la relación que tejí con personas como Rosa Angélica se tornó más fuerte y emocional con el tiempo, facilitando la confianza y prácticas como el compartir o el intercambio.

Las conversaciones en las que Rosa, Felisa³⁷ y su sobrino Oscar me contaron un poco sobre la historia de la vereda y las prácticas agrícolas estuvieron marcadas por una práctica particular y

³⁷ El nombre de Felisa Altarmirano había estado presente en varias conversaciones con quienes conocían la vereda; tanto así que llegaba a intimidarme un poco. La primera vez que vi a Felisa estaba sentada en una banca de guadua

que había mencionado al inicio de este capítulo, y tiene que ver con el compartir, una práctica que de acuerdo a lo que pude sentir era totalmente desinteresada. Las conversaciones a lo largo de mis visitas y conversaciones informales estuvieron atravesadas por una galleta negra, un plato de caldo de pescado, una cucharada de dulce de guayaba o de leche, por un zapote recién cortado, por una guayaba manzana con limón y sal; alimentos acompañados por enormes sonrisas. Una situación similar se dio en las visitas que hice a Mingalerías acompañada con Danny Luz y Rosa Angélica.

Tanto en Mingalerías como en la galería municipal pude notar las formas en las que las relaciones personales se convierten en mediadores de a quién se le vende, y cuánto se le vende. Con el tiempo y el pasar de mis pocas visitas al mercado, antes de poder conocer la vereda, pude construir una relación con las mujeres que vendían en estos espacios. Una pequeña ñapa fue el primer gesto de ese ‘compartir’ que más adelante se hizo más amplio. Como lo he mencionado ya, el espacio de Mingalerías fue el lugar en el que estas prácticas relacionadas con reciprocidad e intercambio se hicieron notar, sin embargo, no es el único espacio en que estas se dan. El campesino negro vive la economía de una forma distinta al mercado, y esto está conectado a órdenes morales y las relaciones que se tejen. Los fines de semana el trabajo en la finca se deja atrás para encargarse del ámbito más público, el mercado es una conexión entre la finca y lo urbano, y en dicha conexión se evidencian estas economías morales sobre las cuales ampliaré a lo largo de este apartado.

Juniel y Rosa se dedican sábado y domingo a la venta de sus productos, ya sea en Mingalerías o en la galería municipal. Sin embargo, el trabajo del mercado se evidencia toda la semana en el

(que aún se conserva) bajo el techo del amplio andén de la casa de su hermana Alfa; estaba acompañada por tres de sus hermanas. Me presenté, le comenté a qué iba a la vereda, hablamos del clima, me comentaron sobre las fiestas pasadas, las ferias, entre otras cosas. Al inicio Felisa fue bastante cortante, un poco seria, sin embargo, con el pasar de la conversación dejó de serlo, empezó a reír y a hacer chanzas. Mi intención era poder ganar su confianza por ser quien soy, no por mis relaciones familiares, pero al decir que era de Miranda, en medio de las risas, la pregunta saltó en medio de la conversa: “¿Y de qué familia es usted?” Por supuesto, era algo que debía responder, al responder, la respuesta fue inmediata: “Ay, ¿usted es hija de Amador? No, acá bienvenida, cuando quiera puede llegar”. Aun cuando las cuatro mujeres ya habían tomado confianza y charlaban tranquilas, debo decir que en ese momento estuvieron muchísimo más tranquilas, y las risas a carcajadas no se hicieron esperar.

Similar a esta situación pasó con Oscar, lo conocí primero, luego supo quién era mi papá, con quien incluso compartía oficina. Para 2022 Oscar Emid continúa desempeñándose como representante legal del Consejo Comunitario COMZOPLAN, dentro del cual está La Munda. Además de esto, para 2021, el momento en el que lo conocí, desempeñaba un cargo dentro de la oficina de Secretaria de Desarrollo Agropecuario del municipio, compartiendo espacio de trabajo con mi padre, quien para la época mantiene una oficina en el mismo lugar, aun cuando desde otro espacio laboral.

sostenimiento diario de la finca. El día jueves las labores inician temprano, se colectan las cosechas y se alista para las ventas del día sábado, el viernes en la tarde se *suben* a la carretilla. Los días de mercado, como en la mayoría de pueblos, inicia muy temprano en la mañana, antes de que el sol aparezca sobre la cordillera Central. El día de mercado para Rosa y Juniel inicia antes de las cuatro de la mañana. Cuando muchos duermen, Juniel acomoda su caballo en la carretilla y emprenden camino al mercado del día. Normalmente, a las cinco de la mañana ya están instalados, y a medio día el trabajo ha terminado. Los días sábados, cuando no van a Mingalerías, el trabajo termina más temprano, a las once de la mañana ya están de regreso en la vereda, los días domingos, regresan a media tarde.

A lo largo de estas horas de trabajo en el mercado se evidencian algunas formas distintas en las que se mueve la economía. En mis visitas al mercado, a media mañana, en mitad de la carretera, donde se arman cada dos semanas los mostradores del mercado de Mingalerías, comencé a observar relaciones y dinámicas que posteriormente entendería como “economías morales”, en los términos de Thompson (2000). Las conversaciones con Danny Luz, Luz Ayda y Rosa se daban en medio de sonrisas, un par de chistes, temas como el clima, sus productos, las familias y hasta la política saltaban en medio de las compras. Por supuesto, yo colaboraba con la compra de algún producto en cada visita. Danny Luz y Luz Ayda normalmente ofrecen la venta de *cucas* o galletas negras que preparaba una de sus primas, esas galletas se convirtieron en una compra constante, dos o tres paquetes de cinco unidades cada uno iban en mi bolsa de mercado luego de pasar por su lugar de venta. A Rosa le compraba su producto estrella: cúrcuma. Rosa vende la cúrcuma molida en sobres, y de *ñapa*³⁸ siempre ofrece algún remedio natural en el que el ingrediente principal es esta famosa raíz.

Pero estas visitas dejaron de implicar solo compras. Un día, en medio de una conversa, apoyada en las canastas en las que Danny Luz acomodaba las naranjas, me vi comiendo de ese dulce y jugoso cítrico, con mis manos pegajosas mientras cortaba la cáscara con un pequeño pero muy afilado cuchillo que la misma Danny Luz me había prestado. Ese mismo día, Danny Luz me dio alrededor de una docena de naranjas para que llevara a casa. Similar empezó a suceder con Rosa Angélica, “tenga mami, cómase una mandarina mientras tanto”, es decir, mientras hacía la visita. La cantidad de mi compra no era algún tipo de facilitador para que estas mujeres decidieran

³⁸ Obsequio que se entrega por parte del vendedor a un comprador luego de una compra grande.

ofrecerme una mandarina o una naranja, era la relación que había tejido con ellas. Mis visitas, las conversas, el acercamiento, habían facilitado, sin yo saberlo, que ellas me dieran *ñapita*. Al igual que muchas situaciones que ignoré durante toda mi vida, estas conversaciones me llevaron a conocer que el pueblo en el que había crecido se cultivaba en un espacio al que estas mujeres la llamaban *la finca*, más adelante me enteré que no era solo ‘finca’ sino que era la finca tradicional de la gente negra.

El caimo ha sido uno de los frutos que casi ha desaparecido de la región. En la vereda La Munda apenas y se conservan un par de árboles luego de que la mayoría fueran talados para darle paso a monocultivos a grande y pequeña escala, por supuesto, la caña de azúcar fue uno de los cultivos que reemplazó varios de estos frondosos árboles. Para muchos, el fruto del caimo es sumamente valioso, y este valor no está relacionado con un costo monetario, sino con un valor sentimental, por lo que significa poder tener la posibilidad de cosecharlo; incluso yo era consciente del valor emocional que implicaba este fruto, un valor que se relaciona con un pasado de tradiciones, una finca llena de árboles frutales, entre ellos el caimo. En uno de los días de venta en Mingalerías, Danny Luz llevó a vender caimos, mi paladar desconocía totalmente el sabor de este fruto amarillo; charlé con Danny Luz sobre su escases, sobre lo difícil de conseguir y sobre el ‘costoso’ precio al que debían venderlo debido a su escases. Allí, en medio de la conversa Danny Luz me regaló un caimo, me indicó cómo debía comerlo, que debía tener cuidado con la ‘mancha’ y comerlo rápido porque inicia pronto el proceso de oxidación.

Los espacios de mercado se convirtieron en un espacio de intercambio más allá de una economía de mercado que gira alrededor del valor monetario. Las relaciones que se tejen en este tipo de espacios modifican las formas en las que se conciben los clientes, los compradores. Los sentimientos y la moral están en medio de este tipo de prácticas que implican una *ñapa* bastante generosa. Estas formas distintas de economía se relacionan con una economía campesina que se ha desarrollado a la par con unas estrategias y particularidades de concebir lo económico. Así, el mercado se convierte en un espacio de trabajo, sin embargo, ciertas formas de negociar asumen una modificación a las economías campesinas de acuerdo a la forma en que se desarrollan. Es importante retomar una de las afirmaciones que mencioné en el apartado anterior, que tiene que ver con la posibilidad de que el campesino pase a ser comerciante de manera exclusiva, esto significa una ruptura con las economías campesinas, pero también un desapego con los valores

morales y emocionales que se relacionan con lo que se cultiva y la forma en que se comparte o se comercializa. Por esto, es importante reconocer que estas mujeres, y otros campesinos y campesinas de la vereda aún conservan estas economías morales.

Este tipo de prácticas económicas se hicieron más evidentes para mí a medida que las visitas eran más constantes; y esto no tuvo que ver precisamente con el hecho de que cada vez compartieran más frutas o productos conmigo, sino con que mi mirada cambió con el paso del tiempo. Pude entender y analizar prácticas que había dejado de lado durante toda mi vida hasta ese momento. Está claro que el sostenimiento de las fincas en medio de cultivos de caña no es una tarea sencilla, por esto mismo me interrogaba a mí misma sobre cuál podría ser la motivación por la que estas mujeres compartían conmigo cosechas tan valiosas.

Al iniciar mis visitas a La Munda, estas prácticas se hicieron distintas, ya no eran una ñapa por las compras que yo realizaba a estas mujeres, sino por el estar allí y establecer relaciones más estrechas. Varias de mis visitas a la casa de Rosa estuvieron marcadas por una frase particular cuando llegaba: “¿quiere una guayabita?”. Rosa Angélica no solo me entregaba una guayaba manzana directamente del árbol, también la picaba y le ponía sal y limón. De la misma forma sucedía cuando durante mi visita batía un dulce, pescaba o preparaba un jugo especial y curativo. Cada visita estuvo marcada por algún regalo de su parte. Así sucedió en otros espacios, como en la casa de Oscar y la casa de Felisa.

Inicialmente mis visitas fueron cortas, normalmente iba una tarde, no uno o dos días completos, por lo que no compartía espacios como la hora de las comidas. Cuando mis visitas empezaron a ser más largas, como muchos antropólogos en campo, quise ofrecer algo a cambio, normalmente llevaba alimentos, sin embargo, esto no era algún tipo de requerimiento o solicitud, sino un tema de intercambio. En algunas ocasiones, mi paso por la vereda estaba enfocado en alguien en particular, sin embargo, pasaba a saludar a Felisa o Rosa, y aun cuando no era una visita larga, siempre me ofrecían algo. En una ocasión, mientras Oscar me mostraba la vereda después de la pandemia, nos cruzamos con Felisa por la carretera, venía de trabajar en la finca, me entregó sin pensar un zapote que llevaba en su mano mientras me saludaba.

Es probable que muchas de estas situaciones se dieran como parte de la infinita hospitalidad con la que reciben a las personas en sus hogares, sin embargo, con el tiempo entendí que estas

prácticas estaban relacionadas con la formación de relaciones emocionales con estas personas, y por supuesto, la moral. Como lo he mencionado ya, mi relación con Rosa Angélica es la más cercana, compartimos chismes del pueblo, de política, de las familias, anécdotas y demás. Al inicio, Rosa me ofrecía una guayaba, un poquito de dulce, con el tiempo empezó a preocuparse por ofrecerme siempre algo, porque no me fuera a ir sin almorzar cuando tenía que salir a medio día.

En enero de 2022, durante los últimos días de mi trabajo de campo, compartí un fin de semana con Rosa y su familia. Llegué a eso de medio día a la vereda, el día estaba bastante soleado a pesar de que por esos días había estado lloviendo. Al llegar me encontré con una pequeña reunión familiar en la que estaban varios Altamirano, justo en el andén de la casa de doña Alfa. Antes de llegar a la entrada de la casa de Rosa, ella me llamó, estaba a mano derecha del camino junto a su esposo Juniel y su hijo Yudier, pescando a la orilla en uno de los lagos, Juniel y Yudier de pie y Rosa sentada en una silla blanca de plástico: “hola Manuelita, venga mami, traiga un asiento”. Compartí un rato con ellos, hasta que los mosquitos sobre un pequeño tramo de mis piernas terminaron por preocupar a Rosa, quien me invitó a entrar a la casa.

Me senté a la mesa a compartir el almuerzo con Rosa y Juniel, cuando estábamos por acabar, varios Altamirano que aún yo no conocía llegaron de visita, el motivo principal: saludar a Rosa y enterarse por su cuenta de su estado de salud. Rosa también les ofreció almuerzo y una cucharada de dulce para cada uno. Al salir se despidieron, no sin antes de que Rosa empacara varios pescados recién arreglados en una bolsa plástica azul, “tenga lleven estos pescaditos”. Antes de partir de la casa de Rosa, al igual que al resto de la visita, Rosa me ofreció llevar algunos de los pescados recién salidos del lago, sin embargo, me dio otra opción: “o se los guardo para mañana, yo los aliño”.

Allí empecé a recordar una serie de anécdotas que tiempo atrás varias personas me habían comentado sobre este tipo de prácticas. La historia alrededor de las fincas tradicionales y de la vereda está marcada por una serie de experiencias que evocan nostalgia e incluso preocupación al asumir que pronto, junto con las fincas, irán desapareciendo. Una de ellas es el compartir e intercambiar con la familia, los vecinos y amigos. La abundancia de cultivos en las fincas permitía que se pudieran compartir las cosechas con quienes eran cercanos, incluso sin esperar algo a cambio. Semana Santa y la época de Navidad y Año Nuevo eran momentos del año en los

que la comunidad se disponía a compartir productos con un proceso previo, especialmente el dulce de leche en Navidad y el champús en Semana Santa. Sin embargo, y de acuerdo a los relatos, el resto del año también se compartía plátano, cítricos, hierbas y legumbres. Estas prácticas se han ido dejando de lado, no precisamente porque la tradición cambie o haya algún tipo de desinterés, esto está ligado directamente con el decaimiento de las fincas tradicionales.

Para entender este tipo de prácticas, es importante retomar una de las menciones que hice un par de párrafos atrás: la familia. La finca tradicional y el campesinado se mueven alrededor de prácticas que involucran la familia. El concepto de familia para los campesinos negros de la vereda se asocia al mismo tiempo con la finca o las fincas. La familia no se piensa únicamente como el núcleo central o con quien se comparte un hogar, la familia se asume de manera extensa, con quienes viven en una casa, pero también los vecinos del conjunto de casas. Es decir, se forma una familia extendida que no necesariamente asume una relación de sangre. De esta forma pude entender que la finca, la vida del campesinado, el lugar de trabajo es un espacio en el que se tejen relaciones cotidianas de familiaridad.

La familia resulta un punto fundamental para entender las razones por las que actualmente se conserva la finca. El campesinado se conforma alrededor de varias categorías sociales que se relacionan con lo familiar, la libertad y la tierra, y alrededor de esta tierra crecen y se construyen una serie de principios que se relacionan con lo moral. La finca hoy promueve la conservación de lo tradicional, pero también es un lugar para el parentesco, para el intercambio, un lugar en el que surge la reciprocidad, pero también las relaciones de poder y jerarquías. Pensar en las jerarquías es importante para analizar las formas en las que la tierra se ha heredado, especialmente porque suele pasar que el trabajo de la tierra se hereda a quien lo desarrolla, como el caso de Felisa. Las emociones y lógicas morales se hacen evidentes en casos como el de la familia Altamirano, y más particularmente el caso de Felisa, quien a pesar de no ser 'dueña' legalmente de las tierras que fueron de su madre y su abuelo, se niega a venderlas, por un lado, porque esta ha sido su labor durante toda su vida, pero por otro lado está ese valor sentimental que tiene la finca, un valor que se relaciona con la tradición y sus antepasados. Por esto, en espacios como la finca, vender las tierras junto con todas las prácticas que en ella se desarrollaron tradicionalmente, puede resultar como una ofensa para las generaciones pasadas, para quienes heredaron dichas tierras.

La finca tradicional y su abundancia permite una serie de prácticas comunitarias y la creación y fortalecimiento de relaciones emocionales y afectivas. La pérdida y disminución de la finca tradicional ha implicado el decaimiento de este tipo de costumbres. Si retrocedemos cuarenta o incluso veinte años atrás, la finca era un espacio mucho más amplio no solo en extensión, sino en cultivos y variedad de ellos; esto permitía que las familias pudieran vender en los mercados y sostenerse económicamente, pero también facilitaba compartir con las familias. Los recuerdos de Rosa, Felisa y Oscar están marcados por una generosidad infinita, el vecino que regalaba un racimo entero de plátano, la tía que entregaba un bulto de naranjas.

El valor representado por el campesinado de la vereda en sus productos es un valor distinto y más allá de lo monetario. La moral tiene mucho que ver en las formas en las que el campesinado representa su economía propia, esto incluye el espacio, la tierra en la que se trabaja, pero también la tierra en la que crecieron. Este espacio físico en el que se sostiene la finca tradicional va mucho más allá de un espacio de producción, es un espacio familiar que se relaciona con una serie de prácticas y tradiciones, generando al mismo tiempo un valor particular relacionado con lo emocional y lo moral, un espacio en el que la familia y las relaciones afectivas tienen un papel fundamental.

Durante mi trabajo de campo, sin ser realmente consciente de ello, construí una serie de relaciones que me permitieron hacer parte de prácticas que se relacionan con el intercambio, con la vida y la economía campesina. Es importante reconocer que el intercambio y la reciprocidad no son prácticas que se dan en cualquier espacio, ni con cualquier persona. Estas prácticas que podría considerar tradicionales se dan con un *prójimo*, con quien se construyen relaciones de afecto. Pero también se dan con el *otro*, con quien se construye un nosotros (Woortmann, 2018). Después de mucho tiempo logré entender que había tejido un nosotros con estas personas, especialmente con Rosa.

Actualmente es difícil que la finca tradicional sostenga las prácticas del compartir, la reciprocidad o el intercambio de la misma forma en la que se realizaba cincuenta o incluso treinta años atrás. Sin embargo, no quiere decir que sea una práctica que haya desaparecido. Mi trabajo de campo me permitió hacer parte de estas prácticas que no solo implican un compartir de algo material, de una naranja o una guayaba, sino también de una serie de conocimientos, además del tiempo que cada persona me ofreció al sentarse a charlar conmigo. En este punto, es fundamental

entender que la finca tradicional del campesinado negro es un espacio en el que convergen múltiples emociones y prácticas. Su abundancia no solo permite el compartir cosechas, sino conocimientos, remedios, recetas, historias. Uno de los puntos más importantes es la autonomía alimentaria y laboral, el poder cosechar lo que se necesita y consume, pero también tener la libertad que brinda la finca. Esta autonomía fue sumamente importante durante una de las épocas más difíciles: la pandemia por el Covid-19. Los policultivos, los conocimientos, las cosechas, permitieron un compartir, retornar a la importancia de cultivar lo que se come, pero también lo que cura.

Capítulo III

“La caña no se come”. Resginificando la soberanía alimentaria en tiempos de pandemia en la vereda La Munda.

Durante mi trabajo de campo, una de las prácticas en las que me involucré y sobre la cual me permití un análisis durante mis últimos días de visita en la vereda se relaciona con el compartir, una práctica descrita ya en el capítulo anterior y que me permitió entender el lugar de las relaciones afectivas. Este compartir, que estuvo relacionado con reciprocidad y economías morales, hizo evidentes otras prácticas que se relacionan con otras formas de territorialidad dentro de la finca, y que se entrelaza con la lucha por la autonomía alimentaria. El cosechar y tener una variedad grande de productos en el patio de sus casas es al mismo tiempo una oportunidad para compartir con amigos y vecinos, una práctica que se ha venido fortaleciendo en los últimos tres años especialmente, debido a distintas dinámicas relacionadas con el contexto nacional y regional.

La descripción de lo que ha sido y es la finca tradicional en el norte del Cauca y en específico en la vereda La Munda, me ha permitido entender que es un espacio en el que la autonomía se ha conservado en cierta medida y en distintos aspectos, aun cuando la tenencia de la tierra y la producción agrícola variada hayan disminuido significativamente en los últimos treinta años. La autonomía sobre la cual se mueve este espacio productivo se relaciona con la alimentación, una práctica ligada con lo que desde las organizaciones campesinas y la academia se ha nombrado como ‘soberanía alimentaria’ y que yo abordaré como autonomía alimentaria, la posibilidad de comer lo que se cultiva, la práctica que hizo característica la finca descrita hace casi cincuenta años por Michael Taussig (1975, 1993), y con cierto grado de autonomía territorial y laboral sobre las cuales no ampliaré en este trabajo. Esta autonomía alimentaria, a pesar de la resistencia, con el paso a la proletarización del campesino, se ha ido perdiendo paulatinamente, por esto el fortalecimiento de la finca tradicional es fundamental para la conservación de estas prácticas.

Por supuesto, las prácticas agrícolas y cotidianas alrededor de la finca han mutado a lo largo de los años, no se han mantenido inmóviles, los cultivos no son los mismos, el paisaje en la finca no es el mismo, ni mucho menos la forma de producción. Sin embargo, algunas familias, quienes conservan su tierra productiva en policultivos, han sostenido las prácticas alrededor de lo que en

Mateo Mina (1975) se nombró como ‘campesino libre’, una labor en la que la autonomía y los cultivos de pancoger fueron fundamentales. Y si bien estas descripciones fueron escritas hace décadas, son prácticas cotidianas que continúan. El tiempo evidencia cómo la finca pasó a ser monocultivo y cómo los campesinos entran a ser proletarios, dejando de lado prácticas asociadas a la finca, sin embargo, estas prácticas están viviendo un proceso de fortalecimiento.

Como ya lo he descrito antes, la unidad de producción familiar no se conforma por una serie de dos o tres monocultivos a pequeña escala, sino por varios cultivos de pancoger que suplen algunas de las necesidades alimentarias de la familia. Allí, en medio de estos cultivos, crecen las especies menores, un elemento más de la alimentación familiar. La finca y las prácticas alrededor de ella han permitido que los campesinos que la sostienen se autoabastezcan de la mayor cantidad de productos posibles, desde granos y legumbres hasta hortalizas, frutas y proteínas animales, promoviendo la soberanía alimentaria. De esta forma, las prácticas asociadas a la producción de la finca también generan ingresos extra que son obtenidos en los espacios de mercados y que permiten adquirir bienes que no pueden cultivar, como lo he descrito en el capítulo anterior.

Colombia ha sufrido una serie de momentos que han provocado periodos de crisis alimentaria y de abastecimiento, como La Minga y el Paro Nacional en 2019 y 2021, respectivamente. Sin embargo, el momento más crítico se dio en 2020, luego de que en marzo de ese año se declarara confinamiento obligatorio por la llegada del virus Covid-19. La pandemia ocasionada por este virus produjo una serie de transformaciones en la cotidianidad de las personas, su economía y salud mental y física, incluyendo por supuesto las dinámicas dentro de La Munda, la ruralidad y el campo. A pesar de que una gran parte de los trabajos facilitaron una modalidad virtual, muchas personas quedaron sin sustento, mientras al mismo tiempo, comprar, desplazarse a los lugares a los que se podía acceder a los víveres provocó la subida de los precios y el desabastecimiento. Estas dinámicas produjeron al mismo tiempo el retorno y fortalecimiento de algunas prácticas de autonomía dentro de la finca tradicional.

En el contexto mirandés, durante el confinamiento obligatorio se dio el control estricto de entradas y salidas de la zona plana y la zona montañosa, hubo control de compras en los mercados y la galería municipal cerró sus puertas, solo algunas personas pudieron abastecerse de frutas y verduras en CAVASA, mientras las demás compras eran reguladas. En medio de esta serie de dificultades, el campo vivió la pandemia de otra forma. Aquí, la finca jugó un papel fundamental,

reafirmando las palabras que Juniel y Rosa me han repetido desde 2017: “la caña no se come”. Es decir, la finca, sus cultivos de pancoger y las prácticas alrededor de estos provocaron que la crisis alimentaria se sintiera de otra forma en la vereda, e incluso pudiera no percibirse, siendo solo algunos productos los que necesitaban de los supermercados. Al mismo tiempo, la finca se convirtió en un espacio en el que se recogían plantas utilizadas para la fabricación de remedios naturales, como el limoncillo, el limón, la cúrcuma y el jengibre. Esto produjo que la finca tradicional se tornara en un espacio en donde y a partir del cual se posibilitaron unas prácticas que les permitió a sus habitantes ‘estar sanos’.

En este sentido, en las siguientes páginas me propongo la descripción y análisis de la finca a partir de estas prácticas y situaciones relacionadas con la autonomía, y cómo esta autonomía jugó un papel fundamental durante la crisis alimentaria provocada por la pandemia en 2020. Las primeras dos partes de este capítulo estarán dedicadas a estas prácticas y una tercera parte hará énfasis en el fortalecimiento de estas prácticas de autonomía desde otros espacios externos que al mismo tiempo involucran la comunidad de la vereda. Todo esto a partir de algunas prácticas cotidianas que permiten evidenciar una fuerte relación entre tierra, trabajo y autonomía, tres aspectos que configuran hoy la finca tradicional y que han permitido el desarrollo de procesos reivindicativos e incluso el análisis académico, lugares desde donde se piensa la finca como una alternativa al desarrollo y las formas en cómo la finca ha sido redefinida.

Autonomía y soberanía alimentaria, repensando el pancoger

Desde mi entrada a la vereda, Rosa Angélica y su esposo Juniel han hecho énfasis en la importancia de poder comer lo que se cultiva. La mayor parte de mis visitas al hogar de Rosa estuvieron marcadas por frases que aludían a la autonomía alimentaria y la desventaja de la caña frente a la posibilidad de consumir lo que se siembra. Cuando Sidney Mintz (1996) describió el consumo de azúcar como un privilegio que se convirtió en necesidad para el mundo con el pasar del tiempo, no pensó en la posibilidad de que esto se revirtiera para sacar del paso necesidades reales. No es un secreto que el azúcar no es una necesidad, y que, al contrario, su consumo excesivo genera grandes impactos en nuestro organismo. A pesar de esto y de que lo que se cultiva en la finca es una necesidad mucho más real, sin embargo, se continúa dando mayor

atención al consumo de dulce. El azúcar pasó de ser privilegio a una necesidad, y no están lejanas las descripciones del mismo Mintz al hablar de la industria del azúcar como dueños del poder.

Si bien las familias de la vereda que aún conservan su finca se refieren a la posibilidad de cultivar lo que se cosecha, la familia Martínez Caicedo ha sido sin duda el núcleo familiar que más énfasis ha hecho en esta posibilidad en las conversaciones que tuve durante mi trabajo de campo. Mis días en campo estuvieron marcados en distintos momentos que van desde 2017 hasta 2022, diferentes años, diferentes días y otros contextos en los que Juniel y Rosa fueron enfáticos en la misma frase, como si se hubiesen puesto de acuerdo para responder ante mi pregunta sobre por qué no tienen caña: “es que la caña no se come”. La primera vez que la oí fue de la voz de Rosa, quién siempre ha expresado su preocupación por tener alimentos, por cultivarlos y porque quien tiene tierras las cultive para la autonomía. Esa primera vez que hablamos sobre el tema, alrededor de 2017, cuando apenas conocía la vereda, Rosa expresó su preocupación sobre la expansión de la caña y la desaparición de la comida en la vereda, su argumento se movía alrededor de una frase que quedó grabada en mi memoria: “un día la caña va a dejar de ser negocio, y no se van a poder comer la caña”. A pesar de que Rosa reconoce que la caña genera un ingreso económico ‘estable’, para ella y su familia los cultivos de pancoger ofrecen algo que la caña nunca podrá hacer: autonomía alimentaria.

La cría de animales, frutos, verduras y hortalizas no están propuestos como cultivos y trabajo exclusivos para la venta, las ventas siguen estando relacionadas con comerciar el excedente del producido de la finca tradicional. Rosa Angélica, por ejemplo, no solo vende frutas y verduras cosechadas en su tierra, también vende una serie de productos transformados por sus propias manos. Estos productos que Rosa vende, los procesados, también nacen en sus tierras, el plátano del que surge el vinagre o la harina, la cúrcuma antes de moler, la guayaba pera antes de cocinarse y hacerla dulce o mermelada, todo es cultivado en sus tierras.

Una de las preguntas que encaminó mi trabajo de campo estuvo relacionada con la razón por la que aún no conservan las fincas tradicionales, ¿qué hace que a pesar de todas las adversidades la gente continúe en la vereda?³⁹ Indagando sobre esta pregunta me encontré con varias posibles

³⁹ Esta fue mi pregunta guía, pensar en las cotidianidades de quienes aún permanecen en La Munda, viviendo en medio de la caña. Sin duda, esta no era un interrogante que solo aplicó para quienes conservan su finca, sino también para quienes viven sin producir la tierra, y son familiares de quienes la trabajan.

razones, una de ellas tiene que ver con que el trabajo de la tierra es el trabajo que se aprendió de generación en generación y ofrece un grado de autonomía en cuanto a manejo de tiempo y ganancias. En el caso de Felisa es lo que ella sabe hacer y le gusta hacer, la labor que aprendió con su abuelo materno, su relación con la tierra es sumamente estrecha y está ligada a un fuerte vínculo afectivo. Por otro lado, estuvo la respuesta de Rosa, una afirmación que como dije, me ha repetido desde 2017: “es que la caña no se come”. Curiosamente, Juniel repitió la misma frase cuando mi trabajo de campo terminaba en enero de 2022 mientras compartíamos chistes y anécdotas a la orilla de uno de sus lagos.

Detrás de esta frase hay una pelea constante de Rosa y Juniel por hacerle frente a la caña de azúcar, aun cuando no de manera directa o evidente. La primera vez que Rosa Angélica mencionó este motivo, recuerdo que estuvo acompañado por otras frases en las que hilaba su idea. La preocupación de esta mujer tenía, o tiene, que ver con que el día que la caña dejara de ser negocio, el día que faltara el alimento en el mercado, la caña no podría cortarse o arrancarla de la tierra para consumirla y alimentar la familia. Para esta mujer, que ha dedicado su vida al trabajo de la tierra, tener tierra en la que se puede sembrar la comida y decidir sembrar caña o no sembrar es inconcebible.

Las vecinas a veces me vienen a pedir que una hoja de cimarrón para el sanchocho, y digo yo que qué tristeza tener tanta tierra y no tener una mata de cimarrón. Y por la caña no, porque hay espacio, sino que hay personas que se acostumbra a no sembrar, no cultivar (Entrevista, Rosa Angélica Caicedo, 7 de enero de 2022).

En la finca se cultiva el pancoger, incluso más allá de lo estrictamente necesario. Se siembra cebolla, orégano, albaca, cúrcuma, no se compra, sino que se siembra todo lo que se pueda. La alimentación es importante, sembrar espinaca, cilantro, cimarrón, lechuga, ají, alimentos del día a día, igual con la proteína, tener la gallina o el pescado, incluso a veces una vaca o cerdos. La autonomía o soberanía alimentaria siempre estuvo presente en mis días de campo, se hizo más evidente a medida que la gente compartía más conmigo.

En enero de 2022, cuando culminaba mi trabajo de campo, cuando yo asumía que la cantidad que se consumía en casa era poco, que la mayoría era para la venta, y que los ‘excedentes’ se vendían, la familia Caicedo Martínez me sorprendió. Compartíamos un rato de pesca a eso de

las dos de la tarde. A pesar de que para la época las lluvias eran diarias, las tardes eran bastante soleadas. La mayoría de las veces, cuando me invitaban a alguna actividad, como pescar, me sentía apenada por no poder cumplir con las expectativas, el día de la pesca no fue la excepción. Rosa me entregó una vara de bambú, en una de sus puntas había amarrado una tira de poco más de dos metros de nailon transparente y en uno de sus extremos el anzuelo. Recibí la caña de pescar casera y puse una lombriz todavía viva en el anzuelo y la tiré a uno de los lagos de unos cinco metros de largo por tres de ancho. Cada intento de pescar algo fue inútil, algunas cachamas diminutas pescaron el anzuelo, entre risas las devolvimos todas al agua.

Las tareas se distribuían, Yudier buscaba lombrices, Juniel y yo pescábamos y Rosa descansaba su pierna. Cada pescado que estuviera ‘listo’ era lanzado a una canasta de plástico, de las mismas en las que Rosa acomoda sus productos los sábados en Mingalerías, más de treinta pescados rebosaban la canasta, a lo que mi comentario no esperó: “van a vender bastante pescado”. Entre lo que pensé que era una sonrisa un poco burlona, Juniel contradijo lo que yo imaginaba: “no, eso es para la casa”. Ingenuamente pensé: “¿Se van a comer todo eso?”. Luego de la pesca, de que su hijo Yudier y su nieta Sharit les quitaran las escamas y las agallas, Rosa aliñó y guardó en el congelador todos los pescados recogidos de su lago, no sin antes ofrecer un par a las visitas, incluyéndome.

El mismo día de la pesca, mientras almorzábamos caldo de pescado, Rosa me dijo: “eso es papa china, esa se da aquí”. Por supuesto, mi conocimiento sobre la papa china era casi inexistente, apenas y la había escuchado nombrar en alguna ocasión. El comentario de Rosa Angélica sobre la papa china llegó porque ella no la consumía, por esos días había empezado a ensayar su preparación luego de descubrir que se daba fácilmente en un espacio cercano al lugar donde había instalado hace años las cocheras en las que criaba cerdos. Para Rosa, descubrir que la papa china se daba significó la posibilidad de no comprar papa parda en el mercado, por lo que cultivar papa china empezó a estar dentro de las prácticas de Juniel, mientras Rosa se repone. De igual forma, Rosa aprovecha cada gramo que es considerado por otros como basura para alimentar a sus animales, gallinas e incluso pescados. En una de mis primeras visitas, cuando Rosa tenía en otro lugar los lagos y criaba bagre en lugar de tilapia y cachama, me contó que el sabor de su pescado estaba en el alimento que ella les daba, desperdicios de la cocina, restos de cáscara e incluso la piel del pollo que no consumían en

casa. De acuerdo con Rosa, esto era lo que hacía que sus peces tuvieran mejor sabor y crecieran más.

La posibilidad de la autonomía alimentaria se ha convertido en uno de los puntos fundamentales para Rosa, pero también para otras familias, por supuesto, los Altamirano son una de esas familias. Hay cultivos sobre los que ya he hablado, y que por diferentes razones se han perdido a punto en que ya no se consiguen en las fincas. El café, por ejemplo, durante su momento de auge, antes de que la broca terminara con él. Era bastante común cosechar el café, despulparlo, secarlo, tostarlo y consumirlo cuando se necesitara. Similar sucedía con el cacao, se usaba para el chocolate.

La problemática de la caña, la comida se agotó mucho, hubo personas que dicen que la caña es todo, pero para nosotros no, porque uno mira de que una persona que siembra caña no tiene nada que brindarle a una persona que llega, ¿qué le va a brindar una caña? En cambio, uno acá, con las frutas, uno puede brindarle aun cuando sea "llévese este limón", "tome esta mandarina" o "esta guayaba". De todo, porque como hay diversidad de productos. Y la caña sí le afecta mucho a uno... (Entrevista, Rosa Angélica Caicedo, 7 de enero de 2022).

A pesar de estas pérdidas, hoy existen una serie de cultivos y productos que se conservan de manera fuerte, y que incluso llega a ser increíble el si quiera pensar en comprar alguno en algún mercado externo. Claramente, la autonomía alimentaria no se da de la misma forma en todas las unidades de producción familiar, en algunos casos la finca es más amplia y permite mayor variedad de cultivos, en otros se han enfocado en algunos cultivos y las huertas. Sin embargo, para el caso específico de algunos productos que ofrece la finca, son constantes, incluyendo las gallinas de patio. La gallina no solo ha significado la posibilidad de consumir su carne, sino también los huevos. Comprar huevos en panal, en tiendas o supermercados no está en los planes de muchos campesinos y campesinas, por supuesto, Rosa entre ellos, quien sobre el tema ya me ha comentado un par de veces: "yo no briego por un huevo", los huevos están en el patio de su casa, y lo que no se consume se venden y general son un ingreso para Rosa, quien ha iniciado también la producción de un tipo especial de huevos, a los que se les denomina "huevos azules" dado que su cáscara es de este color.

A finales de 2021 Juniel empezó con una idea que, a diferencia del cacao, no había tenido mayor impulso en la región: retomar los cultivos de café. Esto, por supuesto implica la posibilidad de tener un ingreso extra a la familia, pero también significa la posibilidad de tomar café cultivado en casa y de buena calidad. De la misma manera sucede con el impulso que Yoliman la ha dado al cacao y a la producción de chocolate en su fábrica de chocolate. Para estas familias, poder contar con alimentos en los patios de sus casas es fundamental, es la razón de más peso para permanecer. “Yo por lo menos aquí yo no sufro, porque tengo el pescado, la gallina (...). Imagínese uno tener que salir a comprar todo” (Rosa Angélica Caicedo, entrevista, 7 de enero de 2022).

Como ya he mencionado, la autonomía alimentaria fue una de las principales características de la finca tradicional, desde su inicio hasta hoy. Por esto, conservar este aspecto es una de las apuestas para campesinos e incluso organizaciones, y está directamente relacionado con el buen vivir, el vivir bien.⁴⁰ Al mismo tiempo, durante los últimos tres años, esta autonomía se ha fortalecido debido a las distintas dinámicas y problemáticas relacionadas con el abastecimiento de alimentos a nivel nacional. El confinamiento obligatorio por la llegada del Covid-19 al país fue sin duda el momento que más evidenció el desabastecimiento y al mismo tiempo la importancia de la autonomía alimentaria, promoviendo los cultivos propios incluso en contextos urbanos.

Uno de los principales argumentos alrededor del sostenimiento de la finca a pesar de las adversidades tiene que ver con la comida, “que la gente pueda tener el pancoger, es el primer argumento, y yo creo que uno de los principales. Porque en la medida en que la gente pueda tener un plátano en la casa, tener una docena de naranjas para la familia, eso ayuda en la alimentación” (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

La autonomía alimentaria hace parte al mismo tiempo de un discurso que se relaciona con la soberanía alimentaria, muchas de las categorías usadas desde el ámbito académico han sido adoptadas en otros espacios, por otras personas, los campesinos hacen parte de este listado de personas, desde los espacios alrededor de la finca y dentro de ella se habla de autonomía, la

⁴⁰ Esta noción del buen vivir ha sido adoptada por distintas organizaciones, y a pesar de que surge desde el movimiento indígena, las organizaciones del pueblo negro también han adoptado su uso en su propio discurso, como el Proceso de Comunidades Negras y la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca.

posibilidad de tener autonomía alimentaria. Ha sido desde esta misma posición del campesinado desde donde se ha luchado por esta soberanía alimentaria, un concepto de casi treinta años, y promocionado por Vía Campesina, organización que sigue estando en pie.

Yo sí digo que lo primordial que uno debiera tener es unas materas con lo que es la alimentación, el cilantro, el cimarrón, la espinaca, la lechuga, el ají... Tener todas esas cosas que uno sabe que son del día a día. Que, si usted no fue para el pueblo a comprar carne, cogió y peló una gallina y ahí están todos los condimentos, y qué rico en sancocho. Pero hay personas que no... Es tan así que dicen que "ay, es que ese poco de gallinas, yo sí no jodo con esas gallinas". Pero digo yo, "dios mío, usted cree que yo voy a estar acá en el campo barriendo, haciendo oficio no más, y cuando vaya a desayunar, me den ganas de comerme un huevo y voy a comprar un huevo a la tienda... ¿No cree que eso es pecado? A veces dicen que la gallina no es productividad en coger bastante plata como para uno llenarse... La gallina no es para uno llenarse [de dinero], sino para mirar la alimentación de uno (Rosa Angélica Caicedo, entrevista, 7 de enero de 2022).

La soberanía alimentaria ha impulsado al mismo tiempo el fortalecimiento de las formas de economía propia y las economías morales sobre las cuales profundicé en el capítulo anterior. Durante el Foro de la Habana del 2001 se profundizó en las características que debe de asegurar la soberanía alimentaria, siendo los puntos 3 y 5 fundamentales para entender las dinámicas que se dan dentro del contexto de La Munda.

(3) Supone el reconocimiento y valorización de las ventajas económicas, sociales, ambientales y culturales de la agricultura en pequeña escala, de las agriculturas familiares, de las agriculturas campesinas e indígenas. [...] (5) Contiene la garantía al acceso a una alimentación sana y suficiente para todas las personas [...] (Cuéllar y Sevilla 2009: 45).

Las prácticas alrededor de esta soberanía alimentaria son abordadas desde mi mirada como autonomía alimentaria pero también territorial, prácticas que se relacionan directamente con la posibilidad de tener alimentos en casa, en los patios y fincas, generando un vínculo afectivo al

mismo tiempo con la tierra.⁴¹ Esto, teniendo en cuenta que la soberanía en este caso es pensada más allá de una exigencia y se centra en el acceso a una alimentación ‘sana’⁴². Esta autonomía está relacionada al mismo tiempo con la conservación de cultivos que han caracterizado la finca desde su inicio y con las prácticas que se desarrollan dentro de ella día a día. Las prácticas agrícolas que generan autonomía alimentaria han permitido la construcción de relaciones con la tierra que solo se desarrollan si se vive allí, si se habita esa tierra, y ha sido esta permanencia en la tierra y la construcción de territorialidades lo que ha permitido un proceso de apropiación que promueve la autonomía sobre ese mismo espacio.

Mi decisión sobre partir de la soberanía alimentaria para hablar de autonomía está relacionada con los sentidos que le dan las personas a estas prácticas de autoabastecimiento, y a partir de lo que observé a lo largo de mi trabajo de campo. Esto, dado que la soberanía alimentaria está directamente relacionada con una serie de apuestas y luchas políticas y sociales, más allá de la definición de cotidianidades, como yo lo propongo. Es a partir de estas cotidianidades relacionadas con las formas en las que siembran sus cultivos, cuáles y qué cantidades deciden vender o consumir. Sin embargo, es fundamental reconocer que dentro de estas prácticas de autonomía también existen unas relaciones sanas con la naturaleza diferente a lo que implica el cultivo de caña.

Por otro lado, el mercado está mediado por las relaciones familiares y afectivas, y por supuesto por la autonomía alimentaria. La economía moral tiene mucho que ver con la autonomía alrededor de las prácticas agrícolas, pues es a partir de estas desde donde se permite compartir ciertos cultivos pensados incluso como bienes comunes. Es importante reconocer que la autonomía alimentaria está dirigida a garantizar la alimentación de la familia, sin embargo, este aspecto va más allá de la disponibilidad, y pensar en la forma en cómo estos se producen, en este caso se dan dentro de la finca tradicional y a partir de prácticas cotidianas. Estas prácticas, sembrar lo que se desea y de la forma en que se desea, por ejemplo, cuando Rosa decide sembrar papa china para no comprar papa en el mercado, permite el control sobre sus cultivos y las formas

⁴¹ Es importante reconocer que este vínculo y los afectos que se dan hacia las fincas que permanecen dentro de la vereda no solo se da por las prácticas de autonomía, existe además un sentimiento hacia la tierra que se relaciona con la herencia y el valor familiar que asume la unidad de producción familiar.

⁴² A pesar de que muchos campesinos no utilicen agroquímicos o por lo menos no es en grandes cantidades ni lo más fuertes, es importante entender que las fumigaciones aéreas realizadas a la caña de azúcar implican que estos madurantes, como el glifosato, lleguen a las fincas y sus cultivos, similar sucede con la contaminación del suelo.

de producción, provocando al mismo tiempo la defensa de estas prácticas y la naturaleza en su propio territorio. De acuerdo con las definiciones que se han dado en distintos espacios, esta soberanía alimentaria, como exigencia, surge desde el mismo campesinado y las prácticas productivas alrededor de la agricultura a pequeña escala, esto permite que los campesinos vivan en sus espacios de trabajo, donde producen (Ribeiro en Micarelli 2018: 120).

Estas prácticas, poder alimentarse en gran medida a partir de lo que se cultiva ha implicado el fortalecimiento de lazos afectivos con la tierra. Rosa y Juniel hicieron durante mi trabajo de campo evidente este tipo de relación con la finca y las prácticas que en ella se realizan. Esto es fundamental para entender que dentro de la vereda, para quienes conservan la tierra, este espacio de producción familiar va más allá de un espacio que genera ingresos, y es pensado como un espacio en el que se tejen relaciones sociales. Así pues, esta autonomía alimentaria ha evidenciado una serie de prácticas importantes relacionadas con la alimentación y subsistencia, sin embargo, en el marco de las crisis alimentarias que han azotado la región, una de las prácticas más importante que permitió esta soberanía alimentaria estuvo relacionada con la posibilidad de cultivar plantas curativas.

La pandemia, cotidianidades y curación

Al igual que a la mayoría de colombianos, mi cotidianidad y mis planes, incluyendo mi trabajo de campo, se vieron entorpecidos por la llegada del virus Covid-19 a Colombia, en marzo de 2020. La pandemia produjo modificaciones en las dinámicas, el país y la región entraron en crisis. Las noticias televisivas, de radio, las redes sociales se llenaron de pánico, temor, dudas e incertidumbre. El desabastecimiento empezó a notarse pronto, algunas familias se enfrentaron a la falta de ingresos económicos y, por ende, a la falta de alimentos en sus hogares, en la ciudad, en la ruralidad. El hambre empezó a ser parte de los titulares que los periodistas comunicaban desde sus casas en la ciudad. Muchas familias fueron apoyadas por terceros, por grupos que recolectaron comida para brindarle a quienes para ese momento no tenían cómo abastecerse de alimentos, las jornadas y campañas de recolección y apoyo se hicieron frecuentes durante un tiempo, en Miranda, en el Cauca, en Colombia.

Diferente fue la realidad que se vivía en el campo, especialmente dentro de las familias que cultivan alimentos en sus tierras, siendo La Munda un claro ejemplo de esta forma de vivir, y no solo de sobrevivir, durante la pandemia.

En la pandemia nosotros no sufrimos, porque había qué comer, en cambio... ¿Quién salía a comprar caña? Nadie. Aquí hubo mucha gente que venía a buscar la comida aquí. A lo último tenía que decir: ya no vendo más. Porque una crisis de esas, y estaban mis hijos que venían y llevaban, y nosotros también. Le daba tristeza a uno con la gente. "Ay, ¿no tiene un racimito de plátano? Aun cuando unito, unito". "No, es que no hay". A uno le dolía, pero era que ya no había. [...] Anteriormente había mucha comida, nadie pedía que una gaja de plátano, ni un limón, una naranja... (Entrevista, Rosa Angélica Caicedo, 7 de enero de 2022).

En medio del confinamiento, desde un lugar totalmente distinto al de otras familias, desde el casco urbano de Miranda, empecé a pensar en quienes había tenido que dejar de visitar, las palabras de Rosa vinieron a mi mente muy pronto luego de decidir cuestionarme las situaciones de la pandemia.⁴³ Esta reflexión se movió todo el tiempo alrededor de cómo se vivía la pandemia en el campo, en las montañas, pero sobre todo en la zona plana, a solo siete kilómetros del lugar en que viví el confinamiento. Es probable que solo hasta el momento en que tuvimos que estar en confinamiento, sin mayor contacto físico y sin poder tener relación con el exterior, incluyendo el mercado, tener que ir a esperar un turno para comprar comida, y que incluso la comida en los supermercados no fuera suficiente o los precios se elevaran, entendiera realmente lo que Rosa me había reiterado durante los últimos tres años: "la caña no se come". Las palabras de Rosa en 2017 se convirtieron en una especie de premonición, había llegado la crisis, el momento en que la caña no era tan 'rentable', el momento en que los cañicultores no iban a poder comer su cultivo. El tiempo de confinamiento solo fue percibido por los habitantes de La Munda debido al cierre de vías, quitando la posibilidad de ir frecuentemente al casco urbano a comprar los productos que no ofrece la finca, como la carne de res o el arroz, y por supuesto a comercializar lo que debían vender. Sin embargo, los compradores llegaron hasta sus puertas.

⁴³ Para este momento decidí cursar como asistente y de manera virtual un seminario alrededor de la pandemia dictado en el programa de Antropología. Fue dentro de este espacio en el que empecé a cuestionarme las cotidianidades alrededor de la pandemia.

Por supuesto, las formas en las que se vivió la pandemia en el campo, las dinámicas fueron totalmente distintas, el desabastecimiento de alimentos se vivió de otra forma o no se vivió si quiera. Rosa, Juniel, Felisa, la familia Altamirano que habitan la vereda e incluso el municipio tuvieron la oportunidad de comer lo que cultivan, por supuesto no fue caña.

Hubo gente de Miranda que venía a comprar plátano aquí, venían en moto, a veces venían en carro a comprar cositas acá. Vinieron a donde Juniel a comprar mucho tilapia roja que él tenía en esos días, tenía... Y a algunos también les vendía gallinas. La finca tradicional está compuesta por ese poco de elementos, entonces lo que la gente hace cuando se ve en esos aprietos, así como los que pasamos, es tomar esas cosas que tiene ahí, no vender tanto [...] (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

La oportunidad de tener en el patio de la casa un limón, una guayaba, un huevo fue lo que permitió que la pandemia se sintiera de otra forma, y de vez en cuando no se sintiera si quiera. La Munda se convirtió en uno de los lugares a los que las personas del casco urbano llegaban a comprar alimentos, al punto en que se iba agotando la comida, y Rosa con pesar debía decir que no, que su familia también debía alimentarse. Los productos, los cultivos que Rosa y Juniel tanto han defendido durante los últimos años se convirtieron en su ‘salvación’ e incluso la de vecinos. Los huevos, las gallinas, el pescado, el plátano, cada cultivo proporcionó a la familia Martínez Caicedo la posibilidad de alimentarse y no tener que hacer parte de cada titular y noticia que mencionaba el desabastecimiento, el hambre.

Mientras en el casco urbano a las personas les hacía falta comida, los campesinos y campesinas de la vereda tuvieron la posibilidad de consumir, pero también hicieron parte de una práctica que permitió tener mucha más tranquilidad en medio de la angustia: la medicina tradicional. Las prácticas de medicina tradicional han sido renombradas, reconocidas especialmente dentro de los pueblos indígenas y gente negra en otras regiones, como el Pacífico Colombiano, sin embargo, en el interior del país también existen un sin número de prácticas que hoy se consideran tradicionales o ancestrales por parte de las comunidades, prácticas relacionadas con la curación, la partería y la sanación.

Aquí cuando llegó lo del Covid, la gente siempre ha consumido el limón, el limón no nos falta, el limón está siempre y hace parte de la medicina. La gente tomaba sus agüitas de

limón, se hacían una agüita y en la mañana o en la tarde tomaban su agüita. Pero hay una medicina importante que se utiliza y es muy importante, y es que la gente hace zumos de matarratón [...], es medicinal y controla esos problemas, esos virus, esas gripas (Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022).

Rosa practica las curaciones en su familia a base de plantas y frutas normalmente, aprendió de acuerdo a su propia experiencia, practicando muchas de ellas con sus propios males que incluyen la curación de las úlceras que la han aquejado durante los últimos años. Muchas personas confían más en los conocimientos locales sobre el uso de plantas medicinales, como los de Rosa, quien se ha convertido en un referente de consulta a la hora de realizar remedios naturales, dándole un lugar especial dentro de la comunidad e incluso el municipio, al punto en que durante su incapacidad fuera extrañada en la galería municipal, donde constantemente la buscan.

Posterior al confinamiento, cuando parecía que uno de los picos de contagio se elevaba, retomé mi trabajo de campo. En una de estas visitas, Juniel expresó su preocupación por el alto contagio de gripa o probablemente Covid-19 en el casco urbano. Esto evidenció que las prácticas relacionadas con la curación y prevención del virus continuaron incluso después del confinamiento, la pandemia continuaba. En una de mis visitas Rosa me expresó que había estado tomando un jugo especial para subir las defensas. Mientras le ayudaba con algunas cosas de la cocina ella alistaba los ingredientes: zapallo cocinado con lentejas, guayaba y espinaca. Mientras charlábamos preparó el jugo, lo coló y lo guardó en varios termos para poner a enfriar en la nevera. Al llenar el último termo sirvió en tres olletas pequeñas, como del tamaño de una taza, tres porciones, una para ella, una para su nieta Sharit y otra para mí. A pesar de que Sharit no disfruta tanto como Rosa tomar las preparaciones que hace su abuela, recibió sin problema el jugo recién hecho. Por supuesto, probé sin problema la preparación, que para mi sorpresa no sabía nada mal. De la misma forma sucedió en otros momentos en los que Rosa se preocupó por mí e incluso por mi familia, ofreciéndome remedios especialmente preventivos.

La finca tradicional se convirtió pues también en un espacio para la sanación y en el que por supuesto se cultivan los frutos, verduras y hortalizas que funcionaron como base para las preparaciones que permitieron la prevención del Covid-19. El limón, que ha sido uno de los cultivos característicos y el principal ingrediente en muchas preparaciones, era altamente

solicitado. Además, plantas como el limoncillo, el poleo, el anamú, el matarratón, el orozul, el sauco y el eucalipto, plantas utilizadas para las afecciones respiratorias se convirtieron en el centro de atención de las fincas en las que aún se conservan estas plantas medicinales.

Así, la finca tradicional se convirtió en un espacio de suma importancia durante la pandemia. Para muchos colombianos, del campo y la ciudad, la pandemia funcionó como un punto de partida para el aprovechamiento de tiempo y espacio para el cultivo de sus propios alimentos, aprovechando el espacio mínimo que se tuviera disponible. Incluso yo me vi envuelta en la siembra de tomate, pepino y zanahoria, y hasta la cría de pollos de engorde en el espacio que me permitía mi hogar, el lugar en el que viví el tiempo de confinamiento. Mi propio impulso estuvo directamente relacionado con la reflexión que propuse al inicio, la importancia de tener alimentos en casa, y alimentos sanos. Es en este momento donde el fortalecimiento de la finca tradicional, sus cultivos, frutales y plantas medicinales, toma un fuerte impulso a partir de resignificar la autonomía.

La finca tradicional, fortalecimiento pos pandemia y alternativa

Todas las dinámicas producidas por la crisis de la pandemia profundizaron una serie de reflexiones sobre la importancia de la autonomía alimentaria y el lugar del campesinado en el abastecimiento. A pesar de que esto no generó mejoras en las condiciones del campesinado que abastece el país, sí generó la búsqueda del fortalecimiento de la finca tradicional a partir de proyectos propuestos por miembros de la comunidad de la zona plana del municipio

Los espacios que evidenciaron las prácticas de autonomía generaron una enorme reflexión sobre la posibilidad de cultivar y consumir lo que se cultiva. Al mismo tiempo, la pandemia produjo que muchas personas a lo largo del país y la región empezaran a construir sus propios espacios de cultivo, en azoteas, patios y balcones en zonas urbanas⁴⁴. La ruralidad, el campo, la finca tradicional empezaron a tomar otro significado relacionado con el autoabastecimiento para la alimentación de la familia. Las actividades que a diario realizan campesinas como Rosa, Juniel y Felisa tomaron importancia en medio de la pandemia, lugares que antes eran invisibles para

⁴⁴ Las noticias también hicieron énfasis en este tipo de prácticas. <https://www.elpais.com.co/familia/huertas-urbanas-tendencia-que-gana-adeptos-por-cuarentenas-y-tiempos-de-crisis.html>

quienes compran sus alimentos al campesinado, empezaron a visibilizarse debido a la pandemia y la escases de alimentos.

La crisis provocada por el confinamiento obligatorio produjo al mismo tiempo una serie de reflexiones alrededor de la finca tradicional y las prácticas agrícolas y de relacionamiento que se dan dentro de ella. Sin duda, el uso de las plantas medicinales dentro de la finca tradicional impulsó el fortalecimiento de este tipo de prácticas en distintos espacios del norte del Cauca. Al mismo tiempo, se dio el fortalecimiento de las relaciones afectivas con las prácticas asociadas a la finca y las prácticas de autonomía y soberanía alimentaria.

En octubre de 2021, un año después del fin del confinamiento obligatorio, pero no de la pandemia, cuando el distanciamiento físico aún seguía siendo requisito, mi trabajo de campo tomó un camino más amplio luego de conocer el proyecto Palenques Juveniles, promovido por Juan Carlos Balanta, psicólogo de profesión, un hombre negro alto y de gran energía, quien a sus 45 años recuerda su vida al otro lado de la zona plana en lo que hace décadas fueron las tierras del Ingenio Porvenir. En 2020, justo en el inicio de la pandemia y del confinamiento obligatorio iniciara, Juan Carlos comenzó con el planteamiento de este proyecto que permitiría el fortalecimiento de la finca tradicional en las veredas de la zona plana del municipio.⁴⁵ El espacio en el que conocí a Juan Carlos fue un evento público promovido desde el mismo proyecto, realizado en la vereda San Andrés, y desde donde se busca⁴⁶ la recuperación de saberes tradicionales a partir de las voces de los mayores, curaciones, historia y prácticas alrededor de la finca tradicional fueron el centro de atención durante ese día de octubre.

La participación de la juventud en la producción de la finca tradicional ha sido uno de los pilares dentro de las distintas iniciativas que promueven el fortalecimiento de la unidad de producción familiar. Por supuesto, la vinculación de las nuevas generaciones ha constituido un reto para quienes dirigen este tipo de proyectos. Juan Carlos Balanta se ha dedicado en compañía de un pequeño grupo de jóvenes de la zona plana de Miranda al fortalecimiento de las prácticas

⁴⁵ Juan Carlos actualmente, para 2022, se desempeña como psicólogo en el colegio de la vereda Santa Ana, fue dentro de este mismo espacio, y luego de conversar y analizar las distintas situaciones que aquejan a los jóvenes negros que asisten a esta institución es desde donde surge la iniciativa de Juan Carlos de formas de vincular a las nuevas generaciones en las prácticas y dinámicas que involucran la tradición de la gente negra del norte del Cauca, siendo la finca tradicional uno de los principales elementos.

⁴⁶ Hasta 2022 el proyecto continúa en pie, y mi participación dentro de él sigue siendo activa.

ancestrales relacionadas con la tierra y a la recuperación de algunos árboles que se consideraron nativos hace años, prácticas que al mismo tiempo permitan redirigir a los jóvenes que se enfrentan a una serie de problemáticas asociadas a la drogadicción y el embarazo adolescente. Esta iniciativa produjo que a finales de 2021 se diera paso a la recuperación de 25 fincas tradicionales de las planicies del municipio, a la construcción de un vivero en el que se guardan e intentan reproducir las plantas que alimentaron al campesinado negro durante décadas, y a visibilizar los saberes de los mayores, de quienes aún conservan conocimientos y prácticas agrícolas alrededor y dentro de la finca tradicional. Palenques Juveniles ha vinculado a las nuevas generaciones de jóvenes al fortalecimiento de la unidad e producción familiar desde su propia experiencia, esto a partir de espacios como campamentos en los que de manera dinámica y coordinados por el mismo Juan Carlos, se desarrollan actividades en las que se invita al análisis y descripción de la finca tradicional como la conocen los jóvenes, qué siembran, quién siembra, cuándo cosechan.

Uno de los factores que más se ha debilitado alrededor de la finca es la producción agrícola, esto está directamente relacionado con la pérdida de tierra y la reducción de los predios a medida que estos son heredados a las nuevas generaciones. Desde esta propuesta de Palenques Juveniles, se ha promovido el uso de la tierra a pesar de sus mínimas proporciones, es decir, la autonomía alimentaria debe de estar ligada a las prácticas agrícolas independientemente del espacio. Es por esto que, desde la propuesta presentada por Juan Carlos, se ha buscado además del fortalecimiento de las fincas, la creación de huertas caseras para quienes no poseen una extensión grande de tierra, y puedan tener un mínimo de autoabastecimiento. Al mismo tiempo, desde este encuentro de mayores se propuso la elaboración de un libro y/o revista en el que se pudieran plasmar el uso de las plantas medicinales, esto teniendo como punto de partida la importancia que tuvo el uso de plantas medicinales durante la pandemia por Covid-19, y en la que se puedan evidenciar las voces de los mayores y la importancia de la tradición oral y la conservación de este tipo de prácticas de curación.

La participación de las nuevas generaciones en las prácticas cotidianas relacionadas con la finca tradicional es fundamental para que esta se sostenga, un punto que ha sido central en el desarrollo de estas iniciativas. Oscar Emid también ha hecho parte de este proceso de incentivar las nuevas generaciones, especialmente con la vinculación de su hijo menor a las actividades de la finca, de quien dice: "él está observando, no hace cosas de campo, pero está observando. Yo creo que ahí

él también está aprendiendo"(Oscar Emid Cárdenas Altamirano, entrevista, 20 de enero de 2022). Es justamente en este proceso de *aprender haciendo* en el que las nuevas generaciones se han podido empapar de las prácticas relacionadas con la finca tradicional.

El impulso alrededor de este proyecto Palenques Juveniles apoyado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación,⁴⁷ es justamente el fortalecimiento de la finca tradicional desde adentro, desde las prácticas relacionadas con la agricultura y una forma clara de hacerle frente a la constante expansión cañera.⁴⁸ En medio de este proyecto, al final de lo que fue mi trabajo de campo me vinculé a él para hacer acompañamiento al proceso de fortalecimiento y recolección de saberes desde los mayores. Durante este tiempo las diferencias alrededor de las fincas se hicieron evidentes, las veredas vecinas a La Munda se viven de otras formas, las ladrilleras y los trapiches le han quitado el espacio a la finca tradicional, el ingenio ha deteriorado los recursos, el río *Desbaratado* que funciona como límite con el Valle del Cauca, y que hace alusión a su nombre cuando pasa por el borde de lo que es el Ingenio del Cauca, en algunas conversaciones se describe como un *caño*.

Los recorridos por otros espacios distintos a La Munda permitieron enterarme, confirmar lo que solo había escuchado por voces: La Munda es la vereda más fuerte del municipio en lo relacionado con la finca tradicional. Por esta misma razón, Palenques juveniles ha tenido mayor influencia en otras veredas, como San Andrés, La Lindosa y Santa Ana. Es desde las fincas de La Munda que se establece un ‘ejemplo’ frente a otros espacios en los que la caña se ha expandido cada vez más, el paisaje es distinto, los árboles aparecen en mayor cantidad, las fincas parecen más amplias y abundantes. Es importante entender que los procesos son distintos, y que, a pesar de estar dentro del mismo municipio, las formas y transformaciones de la finca tradicional y las prácticas agrícolas se han dado de distintas maneras y en distintos momentos, allí, en esas veredas hay una historia distinta por contar y sobre la que no alcanzarían las páginas en este documento.

La finca tradicional en el norte del Cauca ha tenido una fuerte acogida por distintas entidades como el Grupo Semillas o la propia organización de ASPROFINCA –Asociación de Productores

⁴⁷ Para conocer más acerca del proyecto: <https://todoesciencia.minciencias.gov.co/jovenes-recuperan-los-palenques-caucanos-a-punta-de-ciencia-en-miranda-cauca>

⁴⁸ Desde su inicio hasta principios de 2022, el proyecto ha ido vinculado a nuevos miembros que han apoyado las actividades desde la práctica.

de Finca Tradicional del Norte del Cauca—,⁴⁹ desde donde se ha hecho público el difícil trabajo del sostenimiento de la finca tradicional en un contexto en el que la caña de azúcar se ha apoderado de las tierras y los recursos. Es importante tener en cuenta que a pesar de que desde entidades gubernamentales llegan impulsos que promueven el fortalecimiento de la finca tradicional, su impacto es distinto, especialmente porque las formas de seguimiento y los insumos normalmente no son tomados en consideración por el campesino que sabe qué se da y que no se da en su tierra. Es por esto que la participación de miembros de la comunidad como Juan Carlos Balanta y Yoliman Beltrán son fundamentales para que este fortalecimiento se logre dar desde adentro.

Al igual que Juan Carlos, hace un par de años, como comenté ya en el segundo capítulo, Yoliman Beltrán dio paso a la iniciativa que hoy da lugar al emprendimiento Agroindustria Cacaotera SAS Zomac, que al mismo tiempo permitió la aparición de su propia marca de chocolates Chocotonga, que son fabricados en la planta de producción ubicada en La Munda. Ha sido desde ASPROFINCA que Yoliman y Juan Carlos se han vinculado al fortalecimiento de cultivos que se consideran tradicionales. Es fundamental entender que aun cuando la propuesta de fortalecimiento de producción de cacao lleve en su nombre ‘agroindustria’, la forma en la que se lleva a cabo es distinta a como se ha venido trabajando la agroindustria cañera. La propuesta del cultivo de cacao se remonta a una historia, una tradición que casi desapareció por la escoba de bruja. Estos cultivos de cacao aun cuando ‘amplios’ se dan de manera armónica en medio de la finca tradicional, entre los árboles de árbol de pan y las plataneras.

Las prácticas agrícolas y la soberanía alimentaria hacen parte del pilar más importante a la hora de desarrollar procesos que se piensen el fortalecimiento de la finca tradicional, y esto ha sido una idea que ha tomado fuerza con la crisis alimentaria relacionada con la pandemia. El confinamiento obligatorio significó la escases de alimentos en muchos hogares, pero al mismo tiempo produjo que la finca y el campesinado fuesen espacios y sujetos sumamente importantes a la hora de pensar alrededor del poder autoabastecerse. La soberanía alimentaria, al igual que en otros espacios, en Palenques Juveniles representa el eje central para impulsar la finca tradicional, es desde allí de donde se desprende el discurso que evidencia la importancia de la finca

⁴⁹ ASPROFINCA ha apoyado las iniciativas que promueven el fortalecimiento de la finca tradicional en Miranda, tanto a Juan Carlos como a Yoliman.

tradicional y las prácticas agrícolas. Y, aun cuando los cultivos de pancoger son reconocidos como una característica histórica de la finca tradicional, la práctica del autoabastecimiento y su discurso va mucho más allá de una tradición, y está ligada con todo lo que significa la soberanía alimentaria y las posibilidades que ofrece en contra posición con el extenso cultivo de caña de azúcar.

Por otro lado, al igual que Rosa y Juniel, otras familias de su vereda que se dedican al trabajo en la finca venden sus productos y cosechas en mercados locales y en mercados externos al municipio, haciendo un trabajo dentro de la finca muy similar al de la familia Martínez Caicedo. Estas familias dedican su trabajo a la finca de acuerdo a sus propias necesidades y posibilidades, sin embargo, las actividades están basadas en el manejo propio del horario. La caña, por supuesto, ha significado también una entrada económica importante para algunas familias de la vereda, y la relación con el monocultivo se ha dado de distintas formas, especialmente como proveedores de caña a los ingenios o trapiches, un punto que, a pesar de no ser el enfoque de este trabajo de grado, vale la pena mencionar.

La caña de azúcar ha sido sin duda el impulso económico de muchas familias en el norte del Cauca, y por supuesto en el departamento del Valle. Al mismo tiempo, la agroindustria cañera se ha convertido en un símbolo del ‘desarrollo’ regional, un lugar que como mencioné en el capítulo anterior, ha sido aprovechado para hacerse a un discurso que recuerda en cada espacio cada avance que ha permitido el sector azucarero. Frente a esto, la finca tradicional se ha convertido en una alternativa al desarrollo, teniendo a este último como protagonista en su definición la obsesión por el consumo y la economía de mercado, llevando al deterioro de las condiciones de vida de ciertos sectores sociales, que para este caso son las comunidades rurales (Gudynass, 2011).

Para la gente negra del norte del Cauca, quienes aún conservan su tierra, el desarrollo tiene que ver con un desarrollo que va desde adentro, un desarrollo que se ha relacionado con la finca tradicional y con prácticas que se relacionan con el reciente discurso del Buen Vivir, adoptado por organizaciones indígenas y negras, y para el caso específico, la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca, y otras organizaciones sociales desde donde se han efectuado duras críticas al desarrollo. Este buen vivir se refiere al vivir bien, pensando desde otras nociones alejadas del consumismo y el desarrollo tradicional, para pensar formas de desarrollo

alternativas, y se ha pensado además desde un planteamiento de soberanía alimentaria. Esta forma de cotidianidad asume unas prácticas que se consideran ancestrales y que para el caso del norte plano del Cauca se remiten a la finca tradicional, el fortalecimiento de la finca tradicional y las relaciones sociales y familiares. Frente a esto, una de las formas de vivir bien dentro de la finca tradicional se entrelaza con la autonomía alimentaria, uno de los puntos fuertes de la finca tradicional, y sobre el cual profundizaré en el siguiente apartado.

Si pensamos en las formas en las que se ha dado el discurso sobre el desarrollo económico en la región se piensa comúnmente en la expansión cañera. Frente a este, y a manera de oposición se encuentra la finca tradicional y los discursos alrededor del buen vivir y la soberanía alimentaria. A pesar de que no es el foco de este trabajo, ni de este capítulo, es importante reconocer que la finca tradicional opera como una forma de alternativa al desarrollo que representa la agroindustria cañera, especialmente si tenemos en cuenta los impactos ambientales producidos desde ambos espacios. Y que las iniciativas propuestas por Yoliman y Juan Carlos permiten evidenciar la importancia de la finca, y de un valor que va más allá de un valor monetario.

Los espacios desde los que se promueve el fortalecimiento de la finca tradicional, como ASPROFINCA, promueven al mismo tiempo la conservación de la flora y fauna, promoviendo la reforestación dentro de los predios del campesinado, pero también en las vías que conducen a las veredas. Sin embargo, este fortalecimiento no ha necesitado en ocasiones de impulsos externos a la familia, en algunos casos estas preocupaciones se dan desde el núcleo familiar, desde donde se promueve la conservación de algunas especies de árboles que se consideraban parte del paisaje que acompañaba la finca tradicional, como los cachimbos o frutales como el caimo. Desafortunadamente, algunos aspectos, como las fuentes hídricas se salen de las manos de los campesinos, pues están por fuera de sus predios, y el río y quebradas recorren caminos amplios que vienen de la montaña y terminan en el río Cauca, lo mismo sucede con el aire durante las quemas y las fumigaciones.

La finca tradicional ha implicado una relación distinta con la tierra, una relación en la que se articulan los sentimientos, y en la que la autonomía es el mayor impulso para conservarla. Esta conversación no es un asunto sencillo, por un lado, por los impactos ambientales ocasionados por las quemas y fumigaciones, sin embargo, el que más ha presionado es el discurso alrededor del desarrollo y las presiones económicas indirectas que se ejercen desde las industrias como la

de la caña de azúcar. Por supuesto, la autonomía alimentaria es un factor con el que la caña de azúcar no logra competir, y que está más allá del desarrollo económico de las familias.

Si bien los procesos de fortalecimiento del espacio de producción familiar vienen gestándose desde hace años y desde distintos espacios, podría afirmar que la pandemia significó un punto de inflexión que permite que la finca hoy tenga un significado distinto, y que el lugar de la autonomía alimentaria se haya reforzado. Dentro de familias como la de Felisa y Rosa Angélica, el autoabastecimiento a partir de lo que se siembra son prácticas cotidianas que se dan en el día a día, no estuvieron presentes exclusivamente durante el confinamiento obligatorio, la pandemia e incluso la pos pandemia. Este periodo de tiempo, entre 2020 y 2022, funcionó como un evento en el que se afirmó su vínculo con la tierra, con su finca. Estas son justamente las prácticas cotidianas que permiten la conservación y fortalecimiento de la finca tradicional en medio de un cultivo que ha ido consumiendo la tierra paulatinamente, sin embargo, este fortalecimiento es desde adentro, no asume la necesidad de entidades externas.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo he mencionado distintas prácticas cotidianas del campesinado negro de la vereda La Munda, ajenas a mi diario vivir. Estas prácticas se relacionan con las formas en las que se vive, se cultiva, se cosecha y se siente la finca. Mi primer impulso a llegar a la vereda estuvo relacionado con la molestia que genera no observar más allá, en mi caso tuvo que ver con mi ceguera frente a los impactos ambientales provocados por la caña de azúcar, más adelante pensé en quienes se enfrentan y hacen parte de las cotidianidades de estos impactos. Comúnmente frente a este tipo de problemáticas se piensa y supone alrededor de acciones colectivas, sin embargo, muchas veces las resistencias están en las cotidianidades, en las prácticas, en decidir sembrar esto o aquello, en simplemente no sembrar caña. La vereda no ha tenido prácticas de acción colectiva frente a la constante expansión de caña, es por esto que la resistencia desde adentro es fundamental en este caso.

Sin embargo, las resistencias que habitan la vereda La Munda van más allá de “no sembrar caña”, es el sostenimiento de la finca tradicional lo que produce que esta resistencia sea mucho más fuerte o poderosa, y se dé en la cotidianidad del campesinado. Las historias, los relatos de los y las mundeñas evidencian que las presiones ejercidas por la agroindustria cañera se dan de distintas maneras, y que como mencioné al inicio, las tierras no fueron arrebatadas por la fuerza, sin embargo, esto no quiere decir que haya sido una manera menos violenta. La pérdida de la tierra dentro de la vereda se ha dado de manera paulatina, y pareciera que continúa dándose, acorralando al campesinado negro que cultiva su tierra.

La importancia de las cotidianidades alrededor de la vereda y dentro de ella nos muestra que resistir, permanecer en la finca tradicional implica al mismo tiempo el fortalecimiento de este espacio familiar, un espacio que genera ingresos pero que al mismo tiempo significa la posibilidad de autoabastecerse. Es importante tener en cuenta que dentro de la vereda se gestan una serie de territorialidades, por un lado, el ingenio azucarero, por otro quien alquila su tierra, quien ejerce como proveedor, y por supuesto, quien cultiva la finca tradicional, cada sujeto genera su propia forma de sentir y significar su espacio o territorio. Sin embargo, las formas en las que se percibe o se siente la finca tradicional son totalmente distintas a las formas de

territorialidad que se podrían generar desde los ingenios azucareros, en parte porque no habitan su territorio.

Las dinámicas generadas por la finca tradicional asumen una autonomía que va más allá de la alimentación. Ser campesino y campesina también asume cierto grado de libertad en cuanto al uso del tiempo y el espacio, no dependen exclusivamente de un jefe o patrón, sin embargo, esta libertad no es del todo cierta si pensamos en los limitantes que genera la agroindustria cañera en las formas de trabajar la tierra. La decadencia y casi desaparición del cacao, el fin de los cultivos de papaya y la inexistencia del café son dificultades generadas por la agroindustria cañera. Esto quiere decir que, aun cuando el campesino quisiera sembrar papaya, esta no se daría. Distinta ha sido la situación para el cacao y el café, dos cultivos que se piensan retomar y están en proceso de fortalecimiento. La finca, como su nombre lo indica, es un espacio de tradición y esto tiene mucho que ver con las razones por las cuales aún hoy se resiste. Es a partir de estas prácticas tradicionales desde donde se sustentan los procesos de fortalecimiento de la finca.

Las dinámicas dentro de la finca tradicional funcionan y se mueven en gran medida alrededor de las presiones ejercidas por los ingenios azucareros. Las más de doscientas mil hectáreas sembradas en caña para la producción de azúcar y agrocombustibles han generado enormes impactos sobre el campesinado, generando una serie de conflictos socioambientales que han sido afrontados de distintas maneras, bien sea en la cotidianidad o en acciones colectivas como las que se realizan desde la comunidad indígena nasa que habita el norte del Cauca, la Liberación de la Madre Tierra. Sin embargo, presentar todas y cada una de las formas en las que se le ha hecho resistencia a la caña es un trabajo que podría tomar años y cientos de páginas.

Las voces de los mayores en esta ocasión fueron fundamentales para entender cómo se vivía la finca hace cuarenta o cincuenta años atrás. Es importante recordar que las formas en las que se vivió este tránsito de finca tradicional a cultivo de caña se dio de distintas formas y en distintos momentos a lo largo del valle geográfico del río Cauca, y esto se relaciona directamente con las ubicaciones y las formas en la que la caña ingresó, por supuesto el centro y norte del Valle del Cauca tuvieron una transformación mucho más temprano y sobre distintos aspectos, mientras el norte del Cauca presencié el arribo del actual monocultivo varios años más tarde. La tradición oral ha jugado un papel sumamente importante a la hora de retomar estas historias, pero también ha sido vital en el desarrollo, sostenimiento y fortalecimiento de la finca tradicional, pues ha sido

por medio de esta que se ha dado la transmisión de conocimientos sobre cómo cultivar la tierra, permitiendo el desarrollo de sentimientos relacionados con la finca tradicional. Así, la finca tradicional y la tradición oral constituyen una herramienta que desafía las lógicas capitalistas que la agroindustria cañera ha venido imponiendo.

La unidad de producción familiar constituye un espacio de resistencia que funciona alrededor de unos conocimientos locales y familiares, y unas prácticas tradicionales que están asociadas al mismo tiempo a las formas en cómo se significa el territorio. Estos puntos han sido el pilar de la lucha étnica y territorial que se ha gestado desde organizaciones sociales como ACONC o PCN. La resistencia y cotidianidad que representa la finca, asumen una forma de sobrevivir en medio de la agroindustria cañera, que como diría Scott (2000), podrían nombrarse como una forma de infrapolítica de los desvalidos que parece invisible o que podría considerarse como inexistente mientras pasa desapercibida, y esto tiene mucho que ver con las posibilidades de enfrentarse a un riesgo si se realiza una resistencia mucho más visible, es por esto que “la infrapolítica es fundamentalmente la forma estratégica que debe tomar la resistencia de los oprimidos en situaciones de peligro” (Scott 2000: 235).

Es fundamental ampliar en la historia general de la finca tradicional, de qué formas ha avanzado y se ha transformado y bajó qué dinámicas, si bien existen similitudes, características cercanas, debo reconocer que incluso dentro del mismo municipio, y teniendo como referencia a las veredas vecinas de La Munda, como San Andrés o Santa Ana, las dinámicas de la finca, el paisaje y la relación con las industrias y cultivos que la rodean se dan de otras formas, es por esto que a lo largo del primer capítulo dediqué una amplia presentación sobre la historia y desarrollo de la finca tradicional, y las formas en las que esta ha tenido una decadencia paulatina. Estas transformaciones y evolución determinada en gran parte por la agroindustria cañera impulsan al mismo tiempo unas luchas que durante los últimos veinte años se han denominado como étnicas.

El norte del Cauca plano tiene gran relación entre municipios, sin embargo, y como ya lo mencioné, existen diferencias bastante claras. Por esto, la descripción de La Munda como un espacio particular fue el pilar para entender que la bibliografía queda corta cuando se trata del querer comprender un espacio distinto. Una Puerto Tejada o una Villa Rica narrada en las líneas de Taussig y Nina de Friedemann crearon una imagen que al inicio parecía homogénea, pero que, con el paso del tiempo y mis visitas en campo, cambió totalmente. Las dinámicas que había leído

para entender el norte, fueron distintas al *leer* el campo. Por esto la importancia de un capítulo en que pudiera narrar las particularidades de la vereda. Las economías morales son uno de los puntos fundamentales para entender cómo los sentimientos y las relaciones sociales, familiares y construidas juegan un papel de gran importancia en las dinámicas que involucran la finca tradicional, dentro de ella, pero también por fuera, en el mercado, en los espacios comunitarios, o en algún camino de la vereda. Estas prácticas económicas tienen un lugar crucial dentro de las prácticas cotidianas que a lo largo de este trabajo he percibido como resistencias, y están mediadas en gran parte por sentimientos asociados a la tierra y las prácticas en ella.

Finalmente, la autonomía alimentaria se logró consolidar a lo largo de mi investigación como el pilar del sostenimiento y fortalecimiento de la finca tradicional dentro de la vereda. Esto sin desconocer que muchas de las prácticas que se relacionan con las economías morales están estrechamente relacionadas con la autonomía, la posibilidad de consumir lo que se cultiva se convirtió al mismo tiempo en la posibilidad de compartir lo que se cultiva. Esta autonomía jugó un papel fundamental en medio de una de las crisis alimentarias más fuertes del país. Fue esta autonomía lo que me permitió dar una respuesta a mi pregunta inicial relacionada con las razones por las cuales los campesinos y campesinas han conservado sus fincas tradicionales. Esta respuesta se hizo mucho más evidente durante la pandemia y ‘después’ de ella, cuando me topé con iniciativas como la de Palenques Juveniles, un espacio en el que la autonomía alimentaria tomó gran relevancia, permitiendo el paso al fortalecimiento de la finca tradicional y prácticas productivas que permitan al campesino consumir lo que se cultiva, y repensar los cultivos de pancoger que caracterizaron la finca tradicional a lo largo de su historia.

Es probable que la pregunta que me hizo pensar en la finca, en las problemáticas alrededor de la caña no tenga una respuesta explícita, ¿por qué nos escandalizamos con ciertas formas de explotación o extractivismo? Las relaciones con la agroindustria cañera se dan de distintas formas, y Miranda continúa siendo un municipio con amplia influencia de la caña. Los espacios desde los que se ha naturalizado van desde el casco urbano hasta las veredas, hasta la finca tradicional. Es claro que la finca tradicional constituye una resistencia ante la agroindustria cañera, la particularidad de esta resistencia se remite a que se da de manera cotidiana porque se convive con la caña en el día a día, la caña está allí y permanecerá allí por mucho tiempo. Sin

embargo, la finca le ha puesto un pare, ha frenado la posibilidad de que este monocultivo llegue a todos los rincones de la vereda, del municipio o la región.

Es importante reconocer que, en muchos casos, como en la finca tradicional, las resistencias se dan de otras maneras, y que la cotidianidad hace parte de resistir. Indagar alrededor de las razones por las cuales los campesinos conservan su finca, su tierra, la cultivan y viven de ella me llevó a entender, a plantear la finca como un espacio de resistencia. Sin embargo, esta resistencia no puede ser entendida por sí sola como tal, sino que debe de pensarse alrededor de unas prácticas relacionadas con la finca, muchas veces mediadas por la moral y desarrolladas por un grupo familiar. Es a partir de estas cotidianidades desde donde surgió una posible respuesta, en la mayoría de los casos se remite a los sentimientos que se han construido alrededor de la tierra por lo que ella significa, bien sea una herencia familiar, el trabajo de toda su vida o la posibilidad de consumir lo que se cultiva. Son estas razones y las prácticas dentro de la finca lo que constituyen las resistencias cotidianas a lo largo de este trabajo, unas resistencias que habitan el norte del Cauca desde hace siglos y que desde quienes hemos creado afectos con el territorio, esperamos permanezcan en el tiempo.

Referencias citadas

- Almario, Oscar. 2002 “Desesclavización y territorialidad: el trayecto inicial de la diferenciación étnica negra en el Pacífico sur colombiano”. En: Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann, *Afrodescendientes en las Américas : trayectorias sociales e identitarias : 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- 2013 “El poblamiento, los cambios espaciales y las condiciones para un proyecto moderno, 1900.1940”. En: *Configuración moderna del Valle del Cauca, 1850-1940*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Arocha, Jaime. 2019 “Unidades de producción nortecaucanas (Colombia): modernización y funcionamiento”. En: *Pensar el Suroccidente*. Rojas, Axel y Enrique Jaramillo (Eds). Universidad Icesi: Cali.
- Cabal, Carlos Alfredo. 1978 Norte del Cauca, de la finca y la hacienda a la empresa agrícola. Cali: Cimder.
- Calvache, Olivar. 1999. Surgimiento y evolución del municipio de Miranda primer centenario 1899-199. Miranda, Cauca: Talleres impresos L.A
- Collazos, Evelyn. 2017 “Procesos de industrialización y transformaciones sociales del campesinado en Guachené”. Trabajo de grado, Maestría en Antropología. Universidad del Cauca, Popayán.
- Cuéllar, Mamen y Eduardo Sevilla. 2009 “Aportando a la construcción de la soberanía alimentaria desde la agroecología”. *Ecología Política*, (38), pp. 43-51.
- Da Matta, Roberto. 1999 "El oficio del etnólogo o como tener 'Anthropological Blues'". En *Constructores de Otredad*, pp. 172-178. Buenos Aires: Antropofagia.
- De Roux, Gustavo. 1983 “Descomposición del campesinado: reflexiones en torno a la experiencia nortecaucana”. En: *Primer seminario de latinoamericano sobre campesinado y tecnología campesina*. Clacso.
- 1991 Orígenes y expresiones de una ideología liberal. *Boletín socioecocómico* (22).
- De Roux, Gustavo y Ana Claudia Yunda. 2001 "Procesos, políticas y coyunturas regionales y sus efectos sobre el campesinado". *Anuario De Investigaciones*, pp. 141-152
- Escobar, Arturo. 2015 “Territorios de diferencia: la ontología política de los ‘derechos al territorio’”. *Cuadernos de Antropología Social*. 41, 2015, pp. 25-38
- Friedemann, Nina S. de. 1976 “Negros: monopolio de tierra, agricultores y desarrollo de las plantaciones de caña de azúcar en el valle del río Cauca”. En: *Tierra, tradición y poder en Colombia: enfoques antropológicos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Subdirección de Comunicaciones Culturales.
- Friedemann, Nina de, Jaime Arocha. 1986 *De sol a sol*. Disponible en: <https://centroafrobogota.com/attachments/article/10/De.Sol.a.Sol.380504150.pdf>

- Hurtado, Teodora. 2001 “Política y movimiento social agrario en un contexto de transformación de comunidades negras semirurales”. Informe final del concurso: Globalización, transformaciones en la economía rural y movimiento sociales agrarios. Clacso.
- Hurtado y Urrea. 2004 “Políticas y movimiento social negro agrario en el norte del Cauca”. En: Oliver Barbary y Fernando Urrea, *Gente negra en Colombia*. Colombia: Lealon.
- Jaramillo, Jefferson; Natalia Londoño y Gina Sánchez. 2015 “Agroindustria y finca tradicional en el norte plano del Cauca (Colombia). Perspectivas históricas y claves etnográficas”. *Memoria y Sociedad*, 19 (39), pp. 30-47.
- Larson, Brooke. 1992. "Explotación y economía moral en los Andes del sur: hacia una reconsideración crítica". *Historia Crítica*. (6): 75-97.
- Mancini, Simeone. 2019 “Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca”. En: *Pensar el Suroccidente*. Rojas, Axel y Enrique Jaramillo (Eds). Universidad Icesi: Cali.
- Mejía, Eduardo y Armado Moncayo. 2019 “Origen y formación del ingenio azucarero industrializado en el Valle del Cauca”. En: *Pensar el Suroccidente*. Rojas, Axel y Enrique Jaramillo (Eds). Universidad Icesi: Cali.
- Micarelli, Giovanna. 2018 “Soberanía alimentaria y otras soberanías: el valor de los bienes comunes”. *Revista Colombiana de Antropología*, 54 (2), pp. 119-142.
- Mina, Mateo. (Michael Taussig y Anna Rubbo). 1975 “Fin de la esclavitud y ascenso del campesino libre” y “De campesino libre a esclavo asalariado”. En: *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Publicaciones La Roca.
- Mintz, Sidney W. 1996 Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna. México: Siglo XXI.
- 2008 [1973] “Apuntes respecto a la definición de los campesinos”. En: Vicente Torres (Comp), *Campesinos, lecturas diversas*, pp. 5-37. Cuzco: Qosqo.
- Montoya, Carlos Eduardo. 2013 “La finca tradicional: espacios de resistencia y configuración de la identidad del campesino afro nortecaucano”. Tesis de pregrado en Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Restrepo, Eduardo. 2013 Etnización de la negritud; la invención de las ‘comunidades negras’ como grupo étnico en Colombia. Popayán: Universidad del Cauca.
- Rojas, José María. 2019 “La configuración histórica de la región azucarera”. En: *Pensar el Suroccidente*. Rojas, Axel y Enrique Jaramillo (Eds). Icesi: Cali.
- Scott, James. 2004 [1990] *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- 1985 “Explotación normal. Resistencia normal”. En: Las armas de los débiles. Formas cotidianas de resistencia campesina. Traducción por Gonzalo Millán. Universidad de Yale.

- Taussig, Michael. 1993 “Las plantaciones en el Valle del Cauca en Colombia”. En: *El diablo y el fetichismo de la mercancía*. México: Imagen.
- 1979 “Economía campesina y desarrollo de la agricultura capitalista en el Valle del Cauca, Colombia”. En: *Destrucción y resistencia campesina*: Bogotá: Punta de Lanza.
- 2003 “La ley en una tierra sin ley”. En Herlinghaus, H. y Moraña, M. (eds.), *Fronteras de la modernidad en América Latina*. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.
- 2019 “Evolución del trabajo asalariado rural en el Valle del Cauca, Colombia, 1700-1970”. En: *Pensar el Suroccidente*. Rojas, Axel y Enrique Jaramillo (Eds). Universidad Icesi: Cali.
- Thompson, Edward Palmer. 2000 *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Tobón, Isabel. 2019 Territorio en movimiento(s): ausencias y emergencias en torno a la finca tradicional afrocaucana. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- UOAFROC-FUNDIC. 2010 “Finca tradicional econativa”. AMUNORCA.
- Wolf, Eric. 1971 *Los campesinos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Woortmann, Klass. 2018 “Com parente não se neguceia”: “Com parente não se neguceia”. O campesinato como ordem moral. *Anuário Antropológico*, 12(1), 11–73. Recuperado de <https://periodicos.unb.br/index.php/anuarioantropologico/article/view/6389>
- Zuluaga, Hernán. 2003 “Agroindustria en el norte del Cauca: una mirada histórica”. Revista científica *Guillermo de Ockham*, 6 (2).